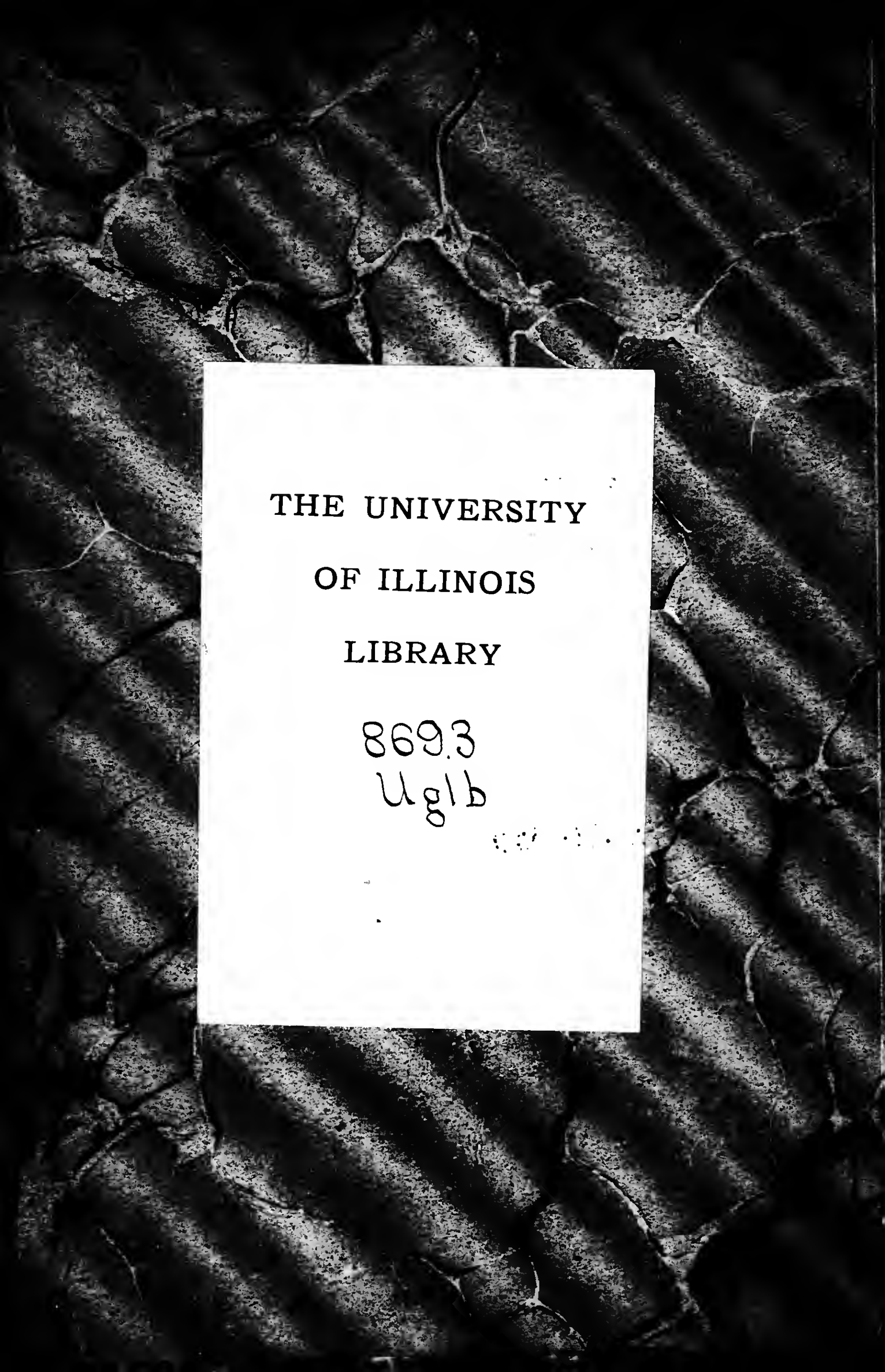


Burbujas de la Vida

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Paisajes Parisenses.
Crónicas del Bulevar.
Cuentos de la Pampa.
La Novela de las Horas y de los Días.
Visiones de España.
El Arte y la Democracia.
Una Tarde de Otoño.
Enfermedades sociales.
La jóven Literatura hispanoamericana.
Vendimias juveniles.
El porvenir de la América latina.

TRADUCIDAS AL FRANCÉS :

Contes de la Pampa.
La Jeune Littérature hispano-américaine.

MANUEL UGARTE

Burbujas de la Vida



PARIS
Sociedad de Ediciones Literarias y Artisticas
LIBRERIA PAUL OLLENDORFF
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

A LOS LECTORES

Cada libro que publicamos es una nueva prueba de confianza en el porvenir. Por eso es que estos artículos, escritos en diferentes épocas, van al público sin otra explicación que su sinceridad. Ellos forman parte, por así decirlo, de la fisonomía moral de un hombre. Y como desde nuestra primera obra, — publicada en 1901, — no hemos cesado de sentir en torno la aprobación y la ayuda creciente de un vasto núcleo de lectores que simpatiza con la acción que venimos desarrollando, cumple á nuestra gratitud entregarles este nuevo pedazo de nosotros mismos. Vuelvan pues á la colectividad y á la vida las páginas que de ellas fueron arrancadas y afronten la plena luz sin vanidad y sin

timidez. ¿Quién puede aquilatar lo que llevan dentro? El escritor, por alto que se encuentre y por seguro que esté de su misión, no es, — como todo ser humano, — más que un insecto pueril que bulle y se agita sin saber su horóscopo hasta que un gigante desconocido le aplasta bajo su pie de sombra y de misterio.

M. U.

París, enero de 1908.

ASPECTOS DE LA CIUDAD



Burbujas de la Vida

El Diario del Porvenir

En estos crepúsculos llenos de ensueño que despiertan poemas interiores y ponen en la fisonomía de los transeúntes no sé qué ingenuidad fresca que contrasta con la sonrisa de sátiro de París, nada es más agradable que deshojar suposiciones entre amigos, ante una mesa de mármol, en la media sombra de la terraza del café.

Bajo las dos filas de árboles verdes, alarga el bulevar oleoso su entrevero de carruajes y sus dos anchas aceras donde se apiña una multitud abigarrada. Por encima de los techos azules, dando fondo alegre á las chimeneas obscuras, aparece el resplandor rojizo del sol que expira. Y la primavera parece estar en todas partes: en el ademán resuelto de los hombres, en los sombreros florecidos de las mujeres y en el atrevido pïar de los gorriones que, familiarizados con París, arengan irónicamente á la multitud desde el techo de los

quioscos llenos de avisos, donde las vendedoras de diarios expenden flores y papel, y dan más frescas noticias que las rosas.

El vermut que brilla en el vaso pequeño no es más que una excusa para poder discurrir al aire libre y descansar fumando un cigarrillo mientras desfilan los tipos de la ciudad por ese cinematógrafo alucinante donde se dan cita al atardecer, desde la Magdalena hasta la calle Richelieu, todas las hermosuras, todas las ridiculeces, todas las grandezas y todos los vicios.

*
* *

— Estas noticias las sabemos ó las suponemos sin necesidad de desdoblar un diario, — exclamó alguien en una mesa próxima, abandonando el suyo y levantándose.

La frase dió nuevo rumbo á la conversación.

De nuestro grupo de periodistas, donde había dos redactores de un gran cotidiano de París, un corresponsal extranjero y un director de periódico ilustrado no partió una sílaba de protesta. Todos convinimos en que el desconocido tenía razón.

— Nuestra prensa parisiense es monótona, mezquina y superficial, — concluyó el más exaltado, arrojando su cigarrillo ; — aparte de las páginas de literatura cada vez menos frecuentes y substan-

ciosas, no nos da nada de lo que necesitamos y nos ofrece todo lo superfluo. Los asesinatos, las catástrofes, las informaciones parlamentarias y los avisos, no bastan para saciar la curiosidad del público más intelectual del mundo y hacer la síntesis de la ciudad más compleja... Abramos cualquiera de estos periódicos... El primero, al azar... ¿Qué nos dice?... ¿Que la escuadra del almirante Rodjestvensky no ha hecho nada digno de mención, que un transeúnte ha estado á punto de ser asesinado en Asnières y que en el Peloponeso ha habido un caso de viruela?... ¿Creen ustedes que vale eso la tinta y las horas que perdemos?... De continuar así, vamos á un desastre indiscutible... Es doloroso que tantos hombres estén ocupados en escribir, componer, imprimir, doblar y distribuir papeles que no dicen nada... Si los periódicos circulan, es porque los comerciantes necesitan envolver en algo sus mercaderías... Pero para leerlos, ¿quién se molesta en sacar dinero del bolsillo?... Aparte de la portera que se divierte con los crímenes del folletín y de los neuróticos que espulgan las noticias de policía para husmear detalles de alcoba, nadie puede hallar en ellos una línea interesante... La *réclame* insolente ha conquistado la primera página y la segunda y todas, haciendo de la hoja impresa un catálogo de mentiras doradas que quieren ser hábiles y que no engañan ni á los ciegos...

Porque, ¿qué hombre de buen sentido puede creer que X ha comprado el diamante del cha de Persia, que en el restaurant Z se come mejor que en ningún otro, ó que el libro de Machin es interesante?... No queda un diario que no se parezca al *Journal d'Affiches*... Hemos entrado en la era del periodismo ultracomercial y soporífero... Todas las secciones, desde el artículo de fondo hasta las informaciones financieras, pasando por la vida social y por los teatros, tienen su tarifa y su traición... Hasta los accidentes sirven para favorecer el desborde... El cronista revela que si el automóvil de Triquitraque se destrozó contra una montaña ó cayó al río, fué porque no llevaba las ruedas Michelin... Los diarios están dirigidos por el administrador. Los guías luminosos se han transformado en vendedores de productos. El capítulo *frais de presse* figura en el presupuesto de todos los especuladores... ¿Adónde vamos de esta suerte?... ¿Qué nos reserva el porvenir?...

Y como, arrebatado por el pesimismo y por los recuerdos del terruño, el buen amigo, nacido en Marsella, gesticulaba tropicalmente, otro, más sereno y más ático, le interrumpió con su ironía.

— No niego que Alphonse Karr y Girardin renegarían de nuestra prensa, — concedió —

pero, ¿sabemos acaso si tantos males no derivan del mismo público que los reprocha? Sus costumbres exigen que se venda el diario á cinco céntimos. Y por esa módica suma quiere que le den grabados impecables, noticias hasta las cuatro de la mañana y un suplemento ilustrado... Poco le falta para pedir que cada lector tenga derecho á una taza de chocolate. Aun vendiendo cien mil copias, ningún papel puede sostenerse si no le ayudan los avisos. ¿Qué mucho que concedan á lo que les hace vivir, la misma atención que á aquellos para quienes viven? Me diréis que los grandes diarios de Norte y Sud América encuentran medio de servirse de la publicidad sin sacrificar el texto, y que lejos de dejarse devorar por los avisos aumentan las páginas de lectura á medida que éstos se multiplican. Pero, ¿á cuánto venden el número? ¿Olvidáis que su precio oscila entre quince y veinticinco céntimos de franco? Seamos equitativos, como no lo podréis ser nunca en Marsella... Es casi seguro que nuestro vecino ocasional no hubiera arrojado el periódico, proclamando su ineficacia, si admitiera la posibilidad de pagarlo mejor. Y sobre todo, si en vez de leerlo en el café, donde nada le cuesta, se acostumbrase á comprarlo personalmente... Porque estos ejemplares que nos ofrece con generosidad no exenta de interés nuestro *limonadier* amable, son el grave perjuicio con que tiene que luchar más de una empresa periodística...

El meridional sonrió, se encogió de hombros sacó su cartera de apuntes y se dió á amontonar líneas como si, atacado en un congreso, preparase en respuesta una argumentación irrefutable.

*
* *

La tarde se diluía en gris sobre las fachadas de los edificios, invadía los negocios en cuyas vitrinas comenzaban á brotar guirnaldas de luz eléctrica, y vertía sobre el bulevar rumoreante una tenue claridad azul que lo idealizaba todo. La ola de los carruajes, detenida á intervalos por el gesto sobrio de un guardián, volvía á reanudar su monotonía multicolor y acariciadora así que pasaba el tropel de transeúntes que aguardaba para atravesar á la otra acera. Los vendedores de baratijas asediaban á los grupos que se rozaban y se escurrían en el amontonamiento, levantando un rumor de mar lejano. Las grandes letras de luz de los anuncios teatrales comenzaban á surgir sobre la sombra creciente. Y en el entrevero fantástico del gran centro, ahito de multitud, de luz y de colores, brotaban roncos, desbaratando la armonía de los grupos, abriéndose hueco, saltando de comprador en comprador, como epilépticos enfurecidos, los primeros *camelots* que voceaban las noticias de la noche...

— Y para plato de resistencia el *canard* —

murmuró desdeñosamente, como si completase un pensamiento hostil, el marsellés entusiasta que después de haber escrito muchas líneas se metía el lápiz en el bolsillo, — ¡ cuanto más lógica resulta mi concepción de la prensa !...

Y como su contradictor ensayara un gesto vago :

— Reíos, gentes incrédulas que creéis saberlo todo por que sabéis ironizar, — continuó en tono zumbón, — yo también he aprendido á tener en cuenta las realidades, pero no ignoro que hay casi siempre en ellas un semillero de imprevisto. ¿ Por qué no había de saber premiar el público un gran esfuerzo leal ?... ¿ Por qué no ha de poder vivir en París un diario digno de la intelectualidad francesa ?... ¿ Queréis que os pruebe que la aventura es posible ?... He aquí las notas que acabo de coordinar, mientras vosotros, hombres prácticos, os entreteníais en arrojar humo y en comentar un estreno de que nadie se acordará mañana...

Y así diciendo, nos presentó una serie de nombres y de cifras que todos rehusamos leer.

— ¡ Que exponga y defienda su proyecto el culpable ! — clamó el director del periódico ilustrado.

Nuestro amigo sonrió otra vez.

— No es un cuento de las mil y una noches, es una realidad posible — adelantó á manera de prólogo — vivimos en épocas en que nada es más familiar que lo absurdo y en que las mara-

villas se codean con nosotros sin que las advirtamos... Aceptemos la base de que un opulento banquero que tiene escrúpulos de conciencia, un yanqui original ó un príncipe que vuelve de Jamaica con los bolsillos llenos de pepitas de oro pone en mis manos los quince millones que necesito para comenzar mi obra... Con esa suma adquiere mi voz una autoridad insospechada y se realiza una revolución en el periodismo universal... Quédense los detalles para gentes parsimoniosas, incapaces de sentir el vértigo de las grandes líneas... Yo no os diré ni cuánto me costó el edificio de la Avenida de la Ópera, ni cuánto el servicio telegráfico, ni cuánto las máquinas traídas de Nueva York, la publicidad monstruosa y la instalación única en el planeta. Imaginemos que *El Parisiense* lanza mañana su primer número... Diez mil hombres pasean en París y en provincias los avisos que pregonan el gran acontecimiento... Inmensos globos dirigibles, acribillados de luz eléctrica, provocan de noche el asombro de los curiosos que creen leer el título del diario en las nubes... En toda Francia circulará mañana gratis el nuevo órgano de publicidad, del cual hemos tirado treinta y seis millones de ejemplares, uno por habitante... Para recibir al día siguiente cinco millones de subscripciones, ocasionar la quiebra de treinta diarios, obligar á los que queden á agruparse en una sociedad de

defensa y determinar la caída del ministerio, sólo contamos con el interés inverosímil de nuestra hoja... El número-programa, repartido gratuitamente el primer día, ha sido una revelación y deja sospechar lo que serán los otros... Del segundo se venderán diez millones de ejemplares á veinte céntimos... ¿A veinte céntimos?, diréis. Sí. ¿Cómo queréis que sea más barato un diario que tiene treinta y dos páginas de texto con ilustraciones en colores, telegramas de todo el mundo y prosa de los literatos y los sabios más notables de Europa?... Queréis saber lo que contiene el número de hoy?... Después del artículo en que León Tolstoi analiza las causas del movimiento revolucionario ruso, del estudio sensacional de Chamberlain sobre los asuntos de Extremo Oriente, y de un capítulo de la guerra, redactado por el mariscal Oyama, vienen las crónicas ligeras de Prevost, Chevassu, Help, Louys, Bourget y Tristán Bernard, que sirven de intermedio entre la gran información europea y las referencias telegráficas mundiales... Nuestros telegramas son verdaderos trozos literarios transmitidos con todas sus comas y debidos á la pluma de los escritores más notables de cada país. Sobre la actualidad española traemos dos columnas, una firmada por Galdos y otra por Blasco Ibáñez... Con Matilde Serao, Ferrero y d'Annunzio bebemos el alma de Italia... Wels nos tiene al corriente de cuanto ocurre en

Inglaterra... Nuestro cuerpo de redacción es un armorial de glorias... La crítica musical está desempeñada por Saint-Saëns, la crítica dramática por Rostand, y la literaria por Lemaître y Mauclair. Nuestro redactor de cosas mundanas es M. de Montesquieu Fezensac... Las modas están defendidas por Liane de Pougi... Hemos abierto varias secciones nuevas: « El gesto de las actrices », redactada por Sarah Bernhardt, con ilustraciones de Sem; « Las corbatas del día », pontificada por Le Bargy; y « Los entretelones de las letras », donde mariposea Lajeunesse. De sport nos informan Edmond Blanc, el barón Rothschild y M^me du Gast. La crónica de los tribunales está confiada á M. Labori, y la de policía al propio M. Lépine, que encuentra más cómodo referir los crímenes que prevenirlos, y ha abierto una campaña feroz contra la prefectura y sus agentes... En el mismo número hemos empezado á publicar cuatro folletines inéditos, uno de Anatole France, otro de Gorki, otro de Rudyard Kipling y, en el género preferido por cierto público, uno de Sienkiewicz... La crónica científica está confiada al D^r Roux, las invenciones á Marconi y la aerostación á cargo de Santos Dumont. Carrière para la pintura y Rodin para la escultura, completan nuestro gran conjunto. Tenemos cien repórteres en París. En el extranjero y en provincias, dos mil corresponsales activos

no dejan escapar nada que pueda ser de interés para el público... ¿ Y la política ?, preguntaréis... *El Parisiense* no es órgano de ningún partido, ni tiene opinión propia en las agitaciones; pero ofrece en dos páginas una gran tribuna abierta á todas las doctrinas donde Clemenceau, Jaurès, Ribot, el conde de Mun, el abate Gayraud, Combes, Brisson, Drumont, Rochefort y Jean Grave publican diariamente sus artículos de lucha... Hoy damos también un manifiestio que el príncipe Victor Napoleón tenía preparado para su próxima tentativa... Nuestros agentes han sabido substraerlo y esto nos ha valido las felicitaciones del nuevo gabinete, del cual entraré naturalmente á formar parte dentro de poco como dueño de la opinión y motor principal de la vida... Demás está decir que desde luego estamos estudiando una ampliación considerable de nuestros servicios. Se trata de hacer de *El Parisiense* un diario universal con ediciones en Londres, Berlin, Viena, San Petersburgo, Madrid, Buenos-Aires, Chicago, Amsterdam, Tokio, Roma y Melbourne... De ahí á transformarlo en diario oficial del planeta, no hay más que un paso, porque nuestra tirada del primer día será duplicada el segundo, y así sucesivamente, como todo lo hace prever... El porvenir nos abre sus puertas...

— Y cuando lleguéis á imprimir los mil millones que ya tenéis seguros, nos invitaréis con

una *bouillabaise* y un cigarro de diez céntimos — interrumpió á manera de epílogo et contradictor, desatando grandes risas.

*
* *

Porque nada es más simpático que la ingenuidad indómita y triunfante con que un meridional hace nacer constelaciones en el mareo de la conversación y del crepúsculo. Nuestro amigo se había exaltado hasta el punto de creer en sus paradojas y enamorarse de los imposibles que suscitaba... Fué lo que justificó la frase del más irónico.

— Estando el proyecto en circulación, nada puede impedir que, mientras componemos el menú, el corresponsal extranjero lo transcriba y lo transmita como anécdota al respetable público.

Es lo que hago.

El paraíso de los animales

Sea porque la extrema civilización trae regresiones inevitables, sea porque los hombres se sienten en los grandes centros más solos que en las selvas inhabitadas, lo cierto es que en ninguna parte se advierte como en París tanta inclinación y tanta ternura hacia los animales. No ignoro que entra en ello una buena parte de esnobismo, y que el *gentleman* adusto que detiene en mitad de la calle al cochero y le increpa porque hizo crujir la fusta, reprochará mañana á ese cochero su modorra si éste no azota al caballo para permitirle llegar á tiempo á una cita. Pero, en general, se puede decir que París es, sin irónica intención, el paraíso de los animales.

Los gorriones de las Tullerías y del Luxemburgo, que se posan sobre los hombros del transeúnte ó picotean á sus pies; los gatos tranquilos que asoman por los tragaluces de las guardillas y acarician la mano á Mimí Pinson, que cose, después de haber almorzado un estribillo y un pastel de cuatro sueldos; los papagayos doctorales que disertan sin tino en las casas obscuras de los barrios pobres; y hasta las focas del Jardín de plantas,

que cogen al vuelo el pan que les arrojan los niños, están diciendo la debilidad del parisiense para con los animales. La presencia del hombre no difunde ya felizmente entre ellos la desconfianza y el temor que acumularon tantas generaciones de cazadores hoscos. Los viejos agravios se desvanecen ; y está de más decir que, en este deshielo de bondades contenidas que evocan la fresca simplicidad de los orígenes, los más favorecidos son los perros, que han sabido llegar al corazón por la inteligencia.

*
* *

La piadosa Severine, que tiene para todos los dolores una lágrima y que es célebre en París, más que por su literatura, por su apostolado, llegó hasta publicar no hace mucho un libro curioso y encantador sobre la muerte de su Sac-à-tout, bulldog ilustre.

No necesito decir que Sac-à-tout tiene en el cementerio de perros de los alrededores de París su nicho blanco con inscripción lisonjera y que alcanzó en su tiempo la relativa celebridad que tantos hombres han perseguido en vano.

Sobre él circula aún más de una anécdota, que Severine no apuntó en su libro por discreción quizá, pero que sus familiares han popularizado en el mundo de los amigos de los perros.

Ésta, entre otras :

Sac-à-tout, como todos los favorecidos por la fortuna, no prodigaba sus simpatías, ni su amistad. Los proveedores de la casa especialmente le inspiraban una aversión tan invencible como injustificada. Pero la hostilidad más viva la guardaba de reserva para la camarera de Severine... El resentimiento debía tener raíces hondas... El caso es que Sac-à-tout pasaba ante ella desdeñosamente, sin atender á su llamado y, lo que es, peor, le ladraba desde lejos, mostrándole los dientes, que brillaban sobre el ocre del paladar.

Severine, que habitaba por aquel tiempo en el bulevar Montmartre, en el mismo inmueble donde está la redacción de *La Libre Parole*, un amplio quinto piso con balcón espacioso lleno de flores, tenía para mayor comodidad su gabinete de trabajo en una pieza contigua al dormitorio. Muy de mañana en peinador, podía pasar así del lecho à su tarea. Sac-à-tout la acompañaba y asistía gravemente, alargado sobre el tapiz, con una pata cruzada sobre la otra, á la tarea intelectual, que parecía seguir con un interés humano.

Sólo se interrumpía de tiempo en tiempo para ladrar en dirección al dormitorio, cuando por la puerta entornada oía el rumor de la sirviente que ponía en orden el cuarto y sacudía los sillones, turbando así el silencio propicio á la escritora.

Sac-à-tout comprendía la situación y la subrayaba con gruñidos que decían su malestar. A

veces levantaba los ojos, como si consultase á Severine sobre lo que convenía hacer...

Hasta que un día no pudo contenerse.

La criada había movido un mueble que hizo más ruido que de costumbre...

Sac-à-tout se levantó colérico, lanzó un ladrido amenazante por la rendija y, con dignidad, como si acentuara la distancia entre dos situaciones, volvió á entrar en el gabinete de trabajo.

Después se paseó nervioso.

El ruido no cesaba...

Sac-à-tout tuvo una idea excelente : con cautela, como si temiera añadir un rumor al trajín de la maritornes, empujó la puerta con la pata hasta que se cerró.

Y satisfecho del resultado, volvió á echarse parsimoniosamente á lo largo del tapiz y á seguir el rasgueo monótono de la pluma que acumulaba cuartillas...

* * *

Yo mismo tuve oportunidad de comprobar un caso análogo hace algun tiempo, en una aldea minúscula de los alrededores de Niza.

Mi perro, Mimo, después de algún intento de hostilidad hacia las gallinas, las vacas y los caballos, convino con todos en que aquello valía

más que las nieblas de París y se plegó de buen grado á las costumbres rurales.

Desde el amanecer salíamos á explorar los caminos tortuosos de la montaña. Los Alpes con sus perspectivas majestuosas, sus torrentes inesperados, sus precipicios solemnes y sus caseríos diminutos suspendidos en las laderas como jaulas, abrían ante la curiosidad todos los encantos de lo desconocido.

Una excursión me entusiasmaba entre todas. Por un sendero escarpado, casi perpendicular, que se perdía en barrancos y bosquecillos, se llegaba después de dos horas de fatiga y muchos trances á una aldea toda blanca, instalada en la cima de un picacho como un águila de nieve. Desde allí se distinguía un horizonte maravilloso, donde el oleaje de las montañas que se escalonaban hasta el límite acababa por dar la ilusión de un mar infinito, batido por la borrasca.

Mimo me abandonaba las grandes líneas del cuadro y se atenía á los detalles. Una piedra, un insecto, un rastro inseguro, bastaban para entretener su inquietud hasta que llegábamos al caserío, donde almorzábamos.

Como la excursión se había repetido muchas veces, ambos conocíamos á fondo el lugar. Mimo como yo, sabía que sólo había dos mesones. En lo que diferíamos era en la manera de apreciarlos. Mientras yo prefería el del Lobo muerto, él mos·

traba una predilección singular por el del Cabrito maravilloso. Por ser en éste el servicio de una lentitud desesperante, yo elegía más á menudo el rival, á pesar de su situación menos pintoresca... Pero Mimo se apoyaba en otras razones que concernían á su seguridad personal : en el Cabrito maravilloso no había más que gatos, que él ponía heroicamente en fuga con un ladrido, en tanto que en el Lobo muerto reinaba un formidable perro de caza que exigía vasallaje.

Más que físicamente, Mimo sufría en su dignidad de parisiense encopetado. Aquel can grosero que le arrollaba á mordiscos y le obligaba á refugiarse tembloroso entre mis piernas, hería todas sus delicadezas interiores.

Cierta vez trató de sobreponerse á su emoción, pero el perrazo le hizo comprender duramente que toda resistencia era inútil.

— Convéncete de que la sabiduría está en no hacer alarde de un vigor que siempre será superado por otro — le decía yo en mis monólogos al viento; — los gatos te han engreído con triunfos fáciles y ahora te dueles de que te corran otros á tí también. Eres, Mimo, un perro injusto, si los hay, y bien merecido tienes el vapuleo, porque si entraras en las posadas sin arrebatos marciales, no caminarías ahora en tres pies, ni te sangraría el rabo.

Pero Mimo desdeñaba la filosofía y se contentaba con la experiencia...

Cuando volvimos al caserío, después de la última derrota, pareció reflexionar profundamente...

Las dos posadas estaban en la calle principal : el Lobo muerto, á la entrada; el Cabrito maravilloso, al otro extremo.

Así que Mimo divisó la muestra roja donde un cazador invencible daba alcance á una fiera de cartón, se dió á marchar lentamente, rozando el muro, hasta que comprobando que me disponía á almorzar ahí, lanzó un gemido sordo...

Al ver que me detenía para acariciarle, cobró audacia ; y, mordiéndome las polainas de cuero, trató de llevarme calle abajo.

Le seguí por curiosidad...

Una vez fuera de la zona peligrosa, se excedió en saltos y llegado al fin de la calle se coló de rondón al jardín del Cabrito maravilloso

Yo entré tras él.

— Bueno — me dije, resignado — todo se reduce á fumar media hora, antes de comer una costilla fría.

Habituado á esperar, apenas di distraidamente un golpe con el bastón sobre la mesa.

Pero, á mi gran estupefacción, el camarero apareció sin tardanza.

Mimo había ido en su busca y le atraía mordiéndole el pantalón.

*
* *

Si esta inteligencia relativa justifica la afección del hombre, nada disculpa el fanatismo de algunos.

En París (lo estamos viendo á todas horas, y especialmente en una exposición canina que inspira esta crónica), abundan los misántropos que, hostiles á la vida, se refugian en adoraciones de de perrera, olvidando que en medio de tanto dolor y tanta angustia ello marca un egoísmo imperdonable y la más penosa desviación del espíritu. Antes que amigos de los perros, los hombres han de ser amigos de la humanidad. Debemos á las obras fundamentalmente altruistas los mejores tesoros del sentimiento y sólo podemos disponer honradamente del residuo. Porque, después de todo, el cariño á los animales no es más que un lujo del corazón — como hubiera dicho sonriendo Alphonse Karr.

Una Entrevista con Jaurès

La ocasión favorable que yo esperaba se ha presentado anoche. Desde luego, nada me hubiera sido más fácil en cualquier momento que conseguir del *leader* de los demócratas una de esas entrevistas artificiales que nunca se pueden negar. Mi representación ante el secretariado internacional y ciertas amistades comunes, me ofrecían la seguridad de una respuesta favorable. Pero escritores y lectores estamos hartos de esas palabrerías fútiles que hacen á veces dudar de la misión de la prensa y de la utilidad de la información. Diluir en media docena de párrafos una pequeña frase cortés, dar alcance á una evasiva, interpretar un silencio y atribuir las propias palabras al presunto « intervistado », son pequeñas travesuras de repórter que no se pueden condenar, pero que á nadie engañan ni sorprenden. Bien sabemos todos que, dadas la rapidez de la vida y la curiosidad del público, hay que recurrir á algunos engaños. Pero lo que se excusa como detalle efímero y caprichoso en medio de la polvareda de una jornada, no tendría perdón, convertido en artículo enviado serenamente desde el extranjero. Por eso no solicité nunca de Jaurés una entrevista.

No quería obligarle á articular esas amables trivialidades envolventes á que recurren todos los políticos, ni ponerme en el caso de tener que referir después una conversación edificada con reticencias amables sobre un paisaje convencional. Sin contar con que todos los hombres, hasta los más altos, pierden su sinceridad fresca ante los dos verdugos de la gloria : el periodista y el fotógrafo. Para sorprender y fijar su fisonomía real, hay que tomarlos de improviso, en mitad de un movimiento. Todo lo demás se reduce á inevitables exterioridades. Jaurés me hubiera recibido amistosamente en su gabinete de trabajo mientras preparaba un discurso, me hubiera ofrecido un asiento junto á la ventana, hubiera sonreído á mis indiscreciones, y tras una conversación breve, y algunas preguntas lisonjeras me hubiera vuelto á acompañar hasta el vestíbulo multiplicando su apretón de manos. Claro está que no era posible pedir más. Si los hombres públicos se abandonaran al primer llegado, dadas las costumbres que imperan hoy, naufragarían antes de las veinticuatro horas. El diputado del Tarn hubiera estado pues completamente dentro de su papel al disimular bajo una floración de sonrisas la reserva que le inspiraba el informador indiscreto. Pero, ¿no estaba yo también en el mío al aguardar una circunstancia casual y favorable como la que se ha presentado al fin anoche?

Cuando llegué á la estacion del Norte, á las siete y cuarto, y me instalé en un sillon del expreso de Bruselas, me hallaba muy lejos de sospechar mi buena suerte. En el andén, atestado de viajeros y de curiosos, reinaba la confusión nerviosa de todas las partidas. Pero los empleados febriles, los vendedores afónicos que voceaban las novedades de la noche, los profesionales de la despedida que desbordaban ternuras y los excursionistas retardatarios que llegaban atropelladamente á última hora, abriéndose paso á empujones como si huyeran de una catástrofe, no interrumpieron mi placidez de *habitué* del ferrocarril. Antes bien, me envolví en la manta hasta las rodillas, encendí un cigarro y me puse á releer la nota que había determinado el viaje.

Porque no era un simple capricho el que me llevaba á Bruselas. El secretariado internacional, lazo de unión entre los socialistas de veinte y cinco países, debía celebrar al día siguiente su asamblea anual. Yo iba como modesto representante de la Argentina. Alemania había delegado á Bebel y á Kautsky, Bohemia á Nemec y á Soucoup, Inglaterra á Keir Hardie y á Hyndman, Suiza á Jean Sigg, Holanda á Troelstra, etc. De Francia debían ir Jaurés y Vaillant... Porque la reunión tenía esta vez una importancia grande. En ella se esperaba resolver la actitud del socialismo universal en caso de una nueva guerra francoale-

mana. Los asuntos de Rusia, el conflicto sueco-noruego y el sistema de votacion en los congresos internacionales que completaban la orden del día, pasaban, naturalmente, al segundo plano, ante la amenaza pavorosa de esta segunda lucha armada entre las dos grandes naciones, lucha que bien pudiera determinar una conflagación europea, poner en peligro todas las libertades y detener bruscamente el avance de la evolución social. Por eso habia despertado la conferencia tanto interés entres los hombres de ideas avanzadas. Se comentaban todas las hipótesis. Y la actidud posible de Jaurès era objeto de las discusiones más vivas...

— Trataré — me dije — de hablar con él á solas dos minutos.

Pero no me disimulé que en el vértigo de una jornada tumultuosa no resultaba muy fácil la aventura. Jaurès, rodeado de amigos y solicitado por mil asuntos graves, encontraría difícilmente diez minutos para mí. Aun suponiendo que lo deseara, le sería casi imposible. La experiencia de París, de Lille y de Amsterdam, me lo decía á voces...

Sin embargo, confié en la casualidad... Y tuve razón, porque aquélla se adelantó hacia mi en forma de sorpresa... Jaurés subia en ese mismo instante al tren que acababa de ponerse en marcha.

Un saludo, y nos instalamos en el vagón.

¿Quién no ha visto un retrato de Jaurès?

Sólido, más bien bajo, de cara rosada y barba gris, tiene en los ojos vivísimos no sé qué reflejo bondadoso que se coordina con el desenfado del traje y con la gesticulación familiar. El jacquet, el sombrero y la corbata ignoran la moda, pero de todo el hombre se desprende cierta delicadeza particular, que es como un reflejo de su espíritu. En las conversaciones privadas habla dulcemente, casi con timidez, y su voz poderosa que entusiasma y agrieta á la multitud en las asambleas públicas, cobra una especie de pudor velado, como si temiera afirmar superioridades. Pero así que toma contacto con el pueblo, así que siente hervir en torno un mar de cabezas, así que sube los escalones de una tribuna, ya sea en la cátedra, ya en el parlamento ó en una sala oleosa de arrabal, aquel ser tan blando y tan deferente se transforma y se agiganta. Sus gestos cobran una amplitud que impone. Su palabra, que llega á la vez al sentimiento y á la razón, provoca grandes corrientes de entusiasmo y arrebata á los grupos y los deslumbra. Su silueta sólida y pesada se inmaterializa y se hace elegante. Se diría que dentro de aquel ser afable y modesto hay otro épicamente grandioso que sólo surge al conjuro de los grandes conflictos.

Sin embargo, si se observa bien, pocos políticos presentan tanta unidad de carácter, de pen-

samiento y de acción, como este discutido propagandista. La aparente dualidad que acabamos de hacer sentir, no es más que un espejismo sugerido por nuestras costumbres y nuestra manera de encarar las cosas. Imaginamos que quien ejerce una influencia tan segura, exterioriza una acción tan brillante, y pesa de tal modo sobre las decisiones de sus contemporáneos, tiene que mantener en la vida familiar una invariable vibración trágica y resultar en todo momento una especie de Júpiter tonante, una máquina removedora de infinitos. Nada más artificial que esa concepción simplista. Aunque lleve dentro de sí el presentimiento de las inmensidades, un hombre es siempre un hombre, es decir, un animal sujeto á exigencias subalternas é inmediatas, distraído por hechos fútiles y sin consecuencia, solicitado por la vida menuda que nos sitia en todo momento, aun cuando imaginamos bogar en pleno azul. Y la sinceridad de mostrarse así, humano, á pesar de todos los talentos y todos los triunfos, es una de las prendas que hablan más en favor de un gran carácter. Los que representan á todas horas su personaje de inmortalidad, los que se imponen una actitud nebulosa que ofusca á los pobres de espíritu, no son más que incompletos que ocultan sus deficiencias simulando perfecciones. Los temperamentos sólidos que saben lo que pueden y lo que significan, se

abandonan buenamente á su tendencia natural, porque, en vez de tener la vanidad de parecer, tienen la confianza de lo que son.

De ahí que nada resultase más simpático que la simplicidad bonachona con que Jaurés se acurrucó en un ángulo del coche, desenvolvió una manta vieja, puso el sombrero sobre el enrejado, sonrió en su barba conventual y se dispuso á comenzar la charla.



— De la conferencia de Algeciras no puede salir la guerra, — me declaró el leader de la fracción colectivista, — porque en realidad ninguna nación tiene interés en precipitarla. Los reaccionarios de Alemania, como los de Francia, no ocultan, es verdad, su deseo de recurrir á los argumentos últimos; pero los reaccionarios no son más que una minoría, tanto de este como de aquel lado de la frontera. El pueblo, la masa, es hostil á todo choque, porque sabe que las grandes convulsiones sólo favorecen (en general) á los proveedores de los ejércitos, á los grandes industriales y á los políticos imperialistas. Sin contar con que, aparte de los sacrificios de sangre y de dinero que impone, la guerra compromete dentro de cada país la libertad y las conquistas democráticas. Imaginemos á Francia vencedora, por

ejemplo. Dadas las pretensiones y los ideales de cada partido, no es difícil prever que las instituciones republicanas peligrarían bajo el sable del general victorioso, que soñaría resucitar las pompas de Napoleón y plantar de nuevo nuestra bandera en todas las capitales de Europa. Supongamos, por el contrario, un triunfo alemán. Los laureles fortificarían el orgullo del kaiser y afianzarían en la Europa Central el actual orden de cosas, deteniendo las aspiraciones democráticas y proclamando la debilidad y la impotencia de las instituciones republicanas. De manera que, fuera cual fuera el resultado, una guerra resultaría en el momento actual y desde nuestro punto de vista un retroceso. En vano nos repiten que el pueblo vencedor entraría en una era de prosperidad deslumbrante... La verdad es que los dos combatientes quedarían extenuados y que aun aquel que obtuviese todas las ventajas necesitaría el esfuerzo de muchos años para reponerse. Una guerra sería hoy una catástrofe irreparable y ningún hombre sensato la puede desear...

Jaurès se interrumpió un instante, y yo insinué:

— Sin embargo, hay en Francia un partido que trabaja en favor de ella.

— Y este partido se divide en dos — estableció Jaurès, — igualmente peligrosos: el que desea una alianza con Inglaterra para descalabrar á Alemania y el que ambiciona un acuerdo con

Alemania para pulverizar á Inglaterra. Todo ello proviene de un estado mental curioso. El grupo tradicionalista que sueña establecer la hegemonía francesa en Europa, cree que para conseguir esto basta humillar á otra nación. No cuenta con las coaliciones posibles contra el vencedor, que resultaría lógicamente un peligro para los otros países, ni se pregunta si es prudente jugar los destinos de una colectividad á cara ó escudo. Porque una guerra es un terreno desconocido de donde puede salir el triunfo ó la derrota. Nuestros imperialistas (también los hay en Francia), no creen en la posibilidad de extender el prestigio y la influencia del país por los medios pacíficos, que son, sin embargo, los más eficaces y los menos aleatorios en estas épocas El partido llamado « colonial », compuesto de hombres de capital y de ambiciones que piden nuevas zonas donde desarrollar su actividad, no quiere renunciar á una dominación sobre Marruecos y trata de ensanchar las proporciones del asunto, dispuesto á todo. Pero la Francia, como nación, no tiene inmenso interés en dirigir sola la policía de ese país ni en obtener muchas más partes que los otros en la empresa bancaria que se está negociando...

Jaurés se envolvió mejor en su manta vieja... El tren acababa de detenerse en una estación. A través de los vidrios empañados vi una confusión

de sombras que hervían bajo la luz blanca de los focos eléctricos...

— Pero — insistí — la política de M. Delcassé era entonces la traducción directa de los deseos de esos grupos.

— Lo era, pero no completamente. M. Delcassé perseguía un gran sueño ambicioso : aislar á Alemania é imponerle condiciones. Dueño absoluto dentro de su ministerio durante varios años, estuvo á punto de desencadenar una sorpresa. Felizmente hubo tiempo de evitar las consecuencias de su orgullo. Porque la política exterior de Francia debe traducir los anhelos colectivos y ser pacífica y conciliadora dentro de la dignidad. Lejos de comprometer las fuerzas del país en una aventura, conviene servirse de ellas para realizar en el seno mismo de la agrupación la justicia necesaria...

*
* *

El tren rápido corría en la noche perseguido por una luna redonda que vertía su claridad sobre los campos. De largo en largo atravesábamos sin detenernos una minúscula estación cuyo haz de luces parecía rayar los vidrios y nos hundíamos otra vez en las tinieblas de donde surgía á veces, desteñido y pequeño, el campanario de los villorrios apacibles, dormidos á ambos lados del viaducto y agazapados junto á los rieles y los hilos

del telégrafo que los ponen en contacto con las ciudades enormes. En la soledad vasta de la llanura que dejaba entrever su fertilidad alimentada por tantas generaciones de campesinos obstinados, me pareció ver surgir en un galope de pesadilla las visiones espantosas de la guerra... Aquellas comarcas felices que se abririan con el alba á la labor fecunda, podían ser sorprendidas de pronto por la avalancha de un ejército que barrería la vida, como una tempestad implacable desencadenada por la ambición y la locura de los hombres...

— Pero la paz me parece inconmovible — confirmó el optimismo reconfortante de Jaurés, como si respondiera á mis pensamientos íntimos, — las elecciones de abril robustecerán en la Cámara el prestigio de la mayoría... Estamos en pleno período electoral y es posible formular previsiones... Yo creo que los partidos avanzados ganarán terreno...

Y orientada la conversación hacia la política nacional, Jaurés me habló de sus conferencias de propaganda y me refirió una anécdota tan típica, que no puedo resistir al deseo de transcribirla aquí.

Parece ser que una de estas últimas noches, en una reunión contradictoria, mientras Jaurès defendía ante los electores de cierta circunscripción el programa y los candidatos del partido, se hizo notar entre la multitud un interruptor obsti-

nado que pretendió cortarle la palabra. Lejos de volver á la prudencia ante los murmullos de reprobación del auditorio, el hombre siguió gritando más y más, hasta que levantó la indignación de la sala. « ¡ A la calle! » gritó la multitud. Y cuatro ciudadanos resueltos se adelantaron para reconducirlo en la debida forma hasta la puerta. Pero el disidente, que los vió venir, tuvo una mueca de mono, lanzó un grito agudo, y como un marinero sobre un mástil, trepó ágilmente por una de las columnas del local hasta la altura del techo... Demás está decir que lo cómico de la aventura desarmó la hostilidad de todos. El público, el orador y hasta el mismo causante del desorden, se dejaron llevar á una alegría desbordante. Y Jaurés, al referirme el caso, volvía á desatar sus risas francas :

— *Ce pauvre gamin* — decía, entre compasivo y alegre, — *a dû se fatiguer beaucoup là-haut... Et il aurait pu descendre... Parce que, quand la foule rit, ses rancunes tombent...*

Cuando llegamos á Bruselas, antes de las once, el andén de la estación estaba solitario. Y muy pocos pudieron sospechar que el hombre modesto que se inclinaba bajo el peso de su maleta obscura era el famoso tribuno de celebridad universal.

Un Congreso del Libre Pensamiento

No será de extrañar que en una ciudad como París tan excitada y tan removida por el proyecto de ley que acaban de aprobar las Cámaras, alcance una importancia segura el congreso del libre pensamiento que se habrá realizado cuando esta carta llegue á su destino. Desde hoy cabe prever que será la asamblea un verdadero acontecimiento. Por eso he creído útil conversar con las dos personas más indicadas para ocuparse del asunto : el senador francés Petitjean, presidente de la comisión organizadora, y el diputado belga Furnemont, secretario de la Federación internacional de librespensadores. Pero antes de contar mi entrevista con estos dos amables hombres públicos, séame permitido decir dos palabras sobre el congreso en sí.

Desde luego no es la primera vez que los librespensadores del mundo se dan cita en una ciudad y discuten los temas que se relacionan con su doctrina. El congreso que tuvo lugar en Roma el año pasado está todavía presente en la memoria de todos. Pero lo que da esta vez una resonancia particular al asunto es, no sólo el reciente triunfo del Estado sobre la Iglesia en Francia, sino también la importancia trascendental de los proble-

mas que se van á tratar este año y el renombre indiscutible de los llamados á tomar parte en los debates. El químico Berthelot en nombre de Francia, el profesor Sergi en representación de Italia, Ernesto Haeckel por Alemania y muchos otros sabios de diversos países van á discutir el plan de una nueva Enciclopedia, á dar las bases de una moral laica, á desentrañar las condiciones y las consecuencias de la separación de la Iglesia y del Estado, á organizar la propaganda universal del libre pensamiento y á delimitar las relaciones de éste con el pacifismo y el progreso social. Alrededor de tan ancha base se ha preparado una fiesta para que los liberales del mundo fraternicen durante una gran semana triunfal en que serán recibidos por los concejos municipales, inaugurarán estatuas, asistirán á un banquete de dos mil cubiertos y crearán una agitación que tiene que influir naturalmente sobre la vida. Por eso y porque el próximo congreso universal del libre pensamiento tendrá lugar en nuestra ciudad de Buenos Aires, creo que pueden resultar interesantes los juicios y las previsiones de mis dos amigos ilustres.

* *

El doctor Petitjean es reservado en la cortesía y cortés en la reserva. Bajo su levita cuidada pal-

pita la voluntad de un hombre robusto y ágil, de mediana estatura y de ademanes sobrios. La barba, más blanca que gris, envuelve una cara toda rosa y toda afable donde « ironizan » dos pequeños ojos muy vivos. Tratado de cerca, tiene mi interlocutor silencios acariciadores, frases felices y mucha llaneza en la manera de ofrecer la mano. De lejos, aparece un tanto hostil... Su celebridad en las antesalas (¿ he dicho que es senador ?) deriva sobre todo de los puntos suspensivos de sus párrafos. Es el hombre que sabe dar mayor alcance á una sonrisa. Pero no por eso desdeña la exactitud y la prudencia. Porque si padece también de la manía infantil y tradicional de los médicos que aun en medio del diálogo más indiferente imaginan en el quc les habla un caso agudo de neurosis, no ignora que otros pueden hacer uso de perspicacias igualmente aventureras y se mantiene á la defensiva escondiendo su meridionalismo bajo una lentitud artificial.

— Todo va saliendo á maravilla, — me dice ofreciéndome un taburete en la gran habitación atestada de circulares y de folletos donde trabajan febrilmente diez secretarios ; — el congreso será como ninguno. De Francia hemos recibido treinta mil adhesiones. Los grupos feministas, las sociedades científicas, las universidades populares, las cooperativas, los centros libertarios, los núcleos antimilitaristas y hasta algunos sindicatos y so-

ciedades de socorros mutuos, acuden en masa á traernos el apoyo de toda una población consciente. Podremos estar orgullosos de nuestra fiesta. Cuando los representantes de la fracción libre de cada nación inauguren frente á la basílica célebre el monumento del caballero de la Barre quemado en 1766 por no haberse descubierto ante una procesión, algo sutil y al mismo tiempo podereso va á salir de Paris para desparramarse por el mundo...

— ¿ Y los delegados extranjeros ? — me permití interrumpir — ¿ serán también muy numerosos ?

El Dr. Petitjean tuvo uno de esos gestos casi imperceptibles, pero elocuentísimos que son la esencia du su carácter.

— Todas las naciones estarán presentes — repuso — y algunas delegaciones, como la de Bélgica, vendrán en trenes expresos y hasta con sociedades corales. Tendremos un delegado chino... Demás está decir que las diferentes repúblicas de la América del Sud, tan resueltas y tan atrayentes, estarán representadas con brillantez. A la cabeza de ellas, como V. sabe, la Argentina...

El delegado agradeció con un saludo y el cronista volvió á empezar :

— Y para el congreso de Buenos Aires, ¿ qué previsiones podría V. formular ?

— Varias. Entre ellas una personal : que estoy resuelto á asistir á él. Nada va á ser más interesante que esa excursión colectiva al continente

joven para activar allí la circulación de la buena savia. Sin contar con los beneficios que ello traerá á la idea por que luchamos, se me ocurre que esa gran asamblea universal, congregada en la capital de un nuevo mundo, tiene que abrir también insospechados horizontes de intercambio comercial á los productores y consumidores de todos los países. Porque nosotros no somos simples sectarios, sino hombres de ideas avanzadas que lo abarcan y lo comprenden todo. Los delegados franceses por lo menos, serán en su casi totalidad hombres públicos ó grandes industriales que, sin quererlo quizá, darán al viaje una doble significación. Nada puede impedir que fuera del fin esencial que nos conduce, observemos en torno y descubramos posibilidades y exigencias que desde lejos nos escapan. Unos lucharán al volver en los parlamentos por modificar las tarifas aduaneras; otros crearán en su industria nuevas corrientes comerciales, y la visita de orden político tendrá al fin, como todo en estos tiempos de unificación y de síntesis, sus resultados generales...

*
* *

Para ver á Furnemont tuve que volver á estar en contacto con esa ciudad maravillosamente sonriente y hospitalaria que se llama Bruselas.

En el camino desde la stación hasta el café

donde pedimos los dos grandes vasos de cerveza rubia, pude observar lentamente á mi compañero

León Furnemont, diputado y consejero municipal de Bruselas, hombre de fortuna, fundador de varias cooperativas y secretario de la Liga internacional del libre pensamiento, es uno de los intelectuales más estimados de su país y, después de Vandervelde, el que mejor traduce el alma de esa democracia activa que va ganando terreno é imponiendo sus concepciones á la nación. De estatura mediana, más bien flaco, nervioso, de ojos muy vivos, es, con su barba en punta, un tipo original y simpático. El traje negro que lleva con descuido y el sombrero de paja que da no sé qué perfil juvenil á su cabeza donde abundan los cabellos blancos, hacen de él una figura campechana y atrayente, que cabe con la misma autoridad en el café elegante donde comimos por aventura, y en la Casa del Pueblo donde tomamos el café más tarde en compañía de un grupo de electricistas.

— Nuestros congresos del libre pensamiento — me declara Furnemont — no pueden asustar ya á nadie. En otros tiempos tuvimos que luchar contra terribles obstáculos Hoy todo concurre á darles brillo. Y el que tendrá lugar en París será seguramente el de más resonancia entre los realizados hasta ahora. No en vano ha habido un ministerio Combes y una Cámara capaz de votar la separación

de la Iglesia y del Estado. París es hoy nuestra Roma laica. En ella se reunirán dentro de algunas semanas los emancipados de todo el mundo para afirmar su deseo de desligar definitivamente la tradición de la vida... Y de ese acercamiento de los mejores espíritus surgirá más vigorosa la voluntad de todos...

— ¿Piensa V. ir á Buenos Aires para el congreso?

— Iré; y aprovecharé el viaje para conocer el interior de la República Argentina. Es un país que me interesa y me atrae más que muchos de Europa, porque veo en él no sé qué audacia juvenil llena de promesas... A mi juicio, el congreso de Buenos Aires será un acontecimiento ruidoso y comentado. Por la primera vez en la historia una ciudad sudamericana servirá de punto de cita para discutir asuntos de interés universal. Ello equivale á incorporar á Buenos Aires á los grandes centros de Europa y reconocer oficialmente su importancia y su categoría... Lo único que tememos es que las autoridades, mal aconsejadas por algún grupo enemigo, pongan trabas á la realización del congreso ó dificulten su obra...

Aquí se imponía una aclaración incidental :

— Es innegable — le dije — que algunos gobiernos nerviosos y expeditivos han dado á ciertas regiones de Sud América una reputación

enojosa que autoriza los temores formulados. Pero cabe afirmar que en este caso no tendremos que lamentar ningún tropiezo. La posición y la autoridad de los organizadores, entre los cuales figuran las firmas de Augustín Alvarez, Pablo Barrenechea y Juan Balestra, así como la celebridad de muchos de los delegados extranjeros que se aprestan á concurrir, haría imposible toda tentativa de mal humor. Antes bien, se puede predecir que el poder facilitará, dentro de los límites que le impone su abstención teórica, la tarea de los congresistas y hará gala del más amplio liberalismo. No faltarán desde luego los que insinúen medidas prohibitivas. Pero la casi unanimidad del país sabrá practicar la amplia hospitalidad que se impone. Y es casi seguro que más de un adversario hará abstracción de sus preferencias de doctrina y callará sus rozaduras para no pensar más que en la necesidad de recibir cortesmente á un núcleo de ilustres delegados extranjeros. Puede V. tener la convicción de que la actitud de las autoridades será ampliamente alentadora. Aunque se sientan molestadas por el matiz político avanzado que inevitablemente imperará en el congreso, pugnarán por imponerse una sonrisa, porque no ignoran el remolino que el menor gesto brusco podría producir en la opinión nacional y en la europea...



— Siendo así, — reanudó Furnemont, — nada se opone al éxito de esa primer reunión de libres pensadores en el Nuevo Mundo... Será un congreso histórico que nos permitirá ver de cerca un país extremadamente simpático. Me han dicho que en Buenos Aires hay ahora un millón de habitantes...

— Exactamente...

— A pesar de eso me asombra que tengan ustedes una prensa inverosimil que no puede ser comparada más que con la de Londres ó la de Norte América...

Y terminada la *interview* en la terraza del café invadida por el crepúsculo, seguimos conversando de cosas varias, que se esfumaron lentamente, como el humo de los cigarrillos.

*
* *

De las dos breves entrevistas se deduce una moraleja que conviene precisar en medio párrafo.

Los pueblos de la América del Sur empiezan á abandonar su papel de eternos espectadores, para compartir con los de Europa la dirección de la vida. Ya no se les considera como una dócil sucesión de ceros destinados á corear las resoluciones tomadas sin consultarlos. Al empuje de una juventud preparada y resuelta que logra horadar los muros antes impenetrables del mundo

viejo, nuestros países se incorporan al movimiento universal y empiezan á ocupar dentro de él el puesto que les corresponde. Una vez reconocida su personalidad moral por Europa, sólo les queda la tarea de aumentar su prestigio hasta igualar el de los demás países. Lo difícil era hacer tomar realmente en cuenta nuestras banderas jóvenes. Obtenida esa satisfacción, las otras vendrán de por sí, porque sólo dependen de nuestro esfuerzo. Y la América del Sur tendrá que agradecer este primer triunfo colectivo á Buenos Aires, que ya empieza á ejercer una justa hegemonía intelectual sobre el resto del continente.

Los entretelones de los entretelones

Porque Coquelin funda un asilo para los cómi-
Bartet pierde un collar, ó compra Le Bargy nueva corbata, todo Cabotinville, desde la Comedia Francesa hasta el último concierto desconocido se agita, bulle, repite viejos epigramas y se entrega sin medida á los más bulliciosos comentarios. Es que los últimos ejemplares de los niños hombres y de los hombres niños se han refugiado en los entretelones de la escena. Aunque parezca paradoja, nada es más pueril, más simple y más ingenuo que el alma de los actores. Si la sometemos á un análisis, sólo encontramos en muchos casos noventa gramos de vanidad y diez de necesidad de ganar dinero. De ahí que sea relativamente fácil penetrar esos corazones que á veces parecen complicados y que sólo son mal comprendidos. El apresuramiento con que se regocijan ó se ofenden, la buena fe con que lo aceptan todo, la inverosímil susceptibilidad de que dan prueba, las alegrías ilógicas y los abatimientos injustificados en que caen á menudo, toda su actuación, toda su vida, tanto pública como privada, hacen de ellos un amasijo de ingenuidades. Sobre todo

en París, donde la vida, en exceso vertiginosa, acaba por descompaginar los temperamentos mejor equilibrados.

En Italia y en España pueden existir actores sanos, seres normales, con los mismos defectos y las mismas virtudes de los demás hombres. Pero en Francia es casi imposible. ¿Cómo mantenerse intangible y alto en este vértigo indefinible de la teatralidad bulevardera, donde las satisfacciones, las lágrimas y las intrigas pasan cinematográficamente y los años huyen y las vidas arden, y cada cual se confunde y naufraga en una vorágine que se lo traga todo, hasta el porvenir? Los nervios, excitados, se crispan; los cerebros, fatigados, divagan; el espíritu agota sus energías; y, enfermos del mal de las ciudades, pierden los cómicos la noción de las proporciones, se hinchan, se creen el centro adonde converge el interés común, y á fuerza de pretender elevarse acaban por caer en la futilidad de los niños.

Cuando hace algún tiempo se enfadó Sarah Bernhardt con Catulle Mendès á causa del drama *Médée*, que se representó después en la Comedia Francesa, hubo una semana de suposiciones locas. Cada cual interpretaba el asunto á su antojo y la imaginación, galopando sobre imposibles, llegó á escalar las cimas de lo grotesco. La inimitable intérprete de *La Dame aux Camélias* ha tenido siempre cierta debilidad por el reclamo y el poeta

la tiene también, aunque más velada y más sobria. De suerte que toda la polvareda que levantó el incidente estuvo lejos de ser enojosa para ambas partes. Pero en los centros donde se elabora el *potin* de entrebastidores y en los cafés donde se reunen los princesillos del teatro, la cosa cobró proporciones de acontecimiento y, quieras que no, resultó que Sarah y Mendés se habían declarado una guerra á muerte. Este último, que escribe en el *Journal*, no cesaba de repetir en sus crónicas que la Bernhardt era la primer actriz dramática del mundo, y que en cada nuevo papel estaba más joven y más hermosa que nunca. Es una manera de disimular su despecho, decían los que se las daban de bien informados. Y en cuanto á la famosa juventud, corroboraban otros, nos parece más que paradojal á los sesenta. De todo lo cual parecía resultar que Mendés, convertido en humorista, hablaba de la luz para evocar la noche.

Faltas son de la vida y no del teatro, diría el poeta. Aunque el teatro contribuye grandemente á fomentar los defectos de los hombres. Bien lo sabe Réjane, que es hoy el tema de las murmuraciones del bulevar.

Su disgusto con Porel, que es el empresario del Vaudeville, y su divorcio, son cosas privadas que á nadie debieran interesar mayormente. Los motivos son íntimos, el hecho es personal y no hay

razón para discutir en los periódicos un incidente de alcoba. Pero hay de por medio una comedia, *La Montassier*, comedia que el empresario quiere reservar para su teatro y comedia que la actriz desea ir á répresentar en otro. El primero sostiene su derecho de director, la segunda el suyo de intérprete, y como la cosa ha sido llevada á los tribunales, los diarios no se ocupan por así decirlo de otra cosa.

Los que salen ganando son los autores de la obra que con tal *réclame* se preparan un estreno sensacional. Porque sea en un teatro ó en otro, desde luego se puede predecir que las localidades se venderán los primeros días á precios inaccesibles. La curiosidad es el imán de la escena. Y Porel, sin darse cuenta quizá, la alimenta sin eposo con actos como la proclama que lanzó al público del Vaudeville. Para explicar á los abonados la partida de Réjane y hacerles admitir la presencia de una nueva actriz que no consigue hacerla olvidar, ha imaginado, según dice, todo un programa de reformas que rejuvenecerán su teatro y le darán un interés nuevo. *Question de Boutique*, como dirá seguramente el domingo el *Cri de París* que es la revista de la *blague*. Sin embargo, ello no impedirá que el empresario se siga defendiendo y contratando actrices del mérito de Simone Le Bargy, la esposa del célebre Le Bargy, la cual debutará

con una pieza nueva de Henry Bernstein, *La Rafale*.

Bernstein, es hoy el autor á la moda, decía alguien el martes último en el ensayo del Atenée (tiene otros tres actos aceptados en el Gymnase), pero no conseguirá apoderarse completamente de París como el afortunado Donnay, de quien anuncia ahora el Antoine una nueva comedia, *Oiseaux de passage*.

Porque Donnay es hasta ahora el único que ha conseguido llevar al teatro la sutil atmósfera de la vida ultraparisiense, sin caer en pornografías y sin desdeñar la sentimentalidad. Capus es superficial; Mirbeau, conceptuoso. Si descartamos á Hervieu, cuyo *Dédale* triunfó hasta hace poco en el Teatro Francés, y á Sardou, que resbala amenudo hasta el melodrama, no queda más que el autor del *Retour de Jérusalem*. Y ya es mucho. Que no siempre hay en cada país un autor dramático que traduzca fielmente los claroscuros del alma contemporánea.

De Donnay, naturalmente, como de todos, se ríe la picaresca crónica de los camarines y los entreactos. ¿Quién puede vanagloriarse de haber explorado sin tropiezo los círculos del infierno de la celebridad? No hay excepción para nadie. Cuando no se dice que *Le Prince Consort* de Xanrof y de Chancel es de un escritor pobre y desoonocido (segunda edición del caso Willy), se

afirma que el papel de Jane Granier en *La Citoyenne Cotillon* es una jubilación y un eclipse.

El talento consiste en dejar decir y seguir haciendo, que ya vendrá la justicia, aunque más no sea en el artículo necrológico de los críticos de arte. Sólo que no todos son suficientemente optimistas para resignarse al silencio, y algunos, como Urbain Gohier, se dejan llevar á manifestaciones lamentables.

El drama de Gohier, *Le Ressort*, que prohibió la censura, es literariamente, muy flojo. Al salir de una representación privada que se dió de él hace algún tiempo, todos estaban contestes en afirmarlo. Pero la política, que hoy se mezcla en todas las cosas, lo convirtió por un instante en arma de oposición. De ahi que haya merecido el interés público. Como lo han merecido igualmente ótros de diverso valor prohibidos también por la censura: *Ces Messieurs*, de Ancey; *Decadence*, y alguno más. Estos últimos acaban de ser autorizados y ya tienen, naturalmente, la victoria segura. Porque nunca interesa tanto una comedia como cuando las autoridades la prohiben.

Tan cierto es esto, que hay más de un autor novel que desea ese contratiempo para salir de la obscuridad. Siempre ha pasado lo mismo y nadie ha olvidado la aventura de cierto drama de Victor Hugo que confirmó la aparente para-

doja. ¿Que por qué existe entonces la censura? Funcionarios hay en los ministerios que sabrán responder; lo único seguro es que, como medio de propaganda, supera á los carteles de tres colores.

Después de la venida á París del Circo Barnum, la manía del cartel se ha desarrollado de una manera alarmante. Lejanos teatros de arrabal que antes vejetaban en el misterio se permiten ahora el lujo de empapelar la ciudad y de obsesionar á los transeúntes con sus solicitaciones. Esto resulta lógico, puesto que el teatro se mercantiliza más y más todos los días, al punto de que unos empresarios emprendedores, han concebido la idea peregrina de fundar un *trust*.

Ya son dueños de cuatro teatros serios y de tres *music-halls*. Como proyectan nuevas adquisiciones, nadie puede prever dónde se detendrá esta fiebre centralizadora. Aunque algunos tienen para sí que por más activos que sean los audaces especuladores las cosas no pueden acabar satisfactoriamente, porque todo tiene un límite, hasta el *bluf*. Sea lo que fuere, los hermanos Isola son hoy los reyes de la Bolsa teatral y la pesadilla de los cómicos sin contrata. Todos los *cabots* sin ubicación y sin dinero que aperitivan de cuatro á seis en los cafés del bulevar San-Martín, les asedian y les persiguen suponiendo que los directores de tanta sala de espectáculo

tienen que llevar siempre en el bolsillo una plaza vacante y un sueldo disponible.

Ignoran que no todo son rosas en el oficio de empresario y que mientras una sala hace fortuna hay tres que apenas ganan para pagar las luces. Los teatros atraviesan una época de crisis y puede decirse que, hoy por hoy, sólo triunfan en realidad las *Revistas*.

Las *Revistas* son crónicas retrospectivas llenas de malicia y de ingenio, hervideros de *blague*, espectáculos pomposos y pueriles en que la misma malla de color de rosa figura á menudo la cámara de diputados, la Estrella Polar, un tranvía, y el conflicto entre Porel y la Réjane. Los sucesos y los detalles salientes de los meses últimos, todo lo que la atención pública marcó con lápiz rojo en las gacetas, desfila en un portentoso carnaval de caricaturas inverosímiles y monstruosas sobre las cuales el *compère*, de una bufonería elegante, arroja inagotables puñados de sal mora.

El asunto Humbert, el nuevo uniforme de los soldados, el casamiento de un ministro, Santos Dumont, el discurso de Rostand, el Metropolitano, la actriz de turno y cien casos conocidos, permiten hacer una ensalada de retruécanos que, al compás de una música aderezada con retazos, en el deslumbramiento de la escena florecida por labios de mujer, arranca al público con el aplauso y la sonrisa los cinco francos netos de la entrada.

París adora estas farsas multicolores llenas de desnudeces y de sátiras que exteriorizan su espíritu superficial y no interrumpen la digestión de los *viveurs* que charlotean en el *avant-scène* saboreando su cigarro. Pero esos labios lascivos, esos ojos, esas flores de pesadilla que apretadas en falanges ansiosas de cuerpos juveniles salen de entre bastidores con el corazón tendido hacia el aplauso, ¿qué buscan en la sala atestada de curiosos? ¿Buscan una ilusión, un triunfo personal ó el despecho de una amiga? Desde los entretelones, en el abandono de los entreactos, cuandoel telón cae como una muerte que separa dos existencias, las he visto lamentablemente triviales, cómicamente terrestres bajo los vestidos de *trompe-l'œil* hechos de gasa inferior y de galones de oro falso. Con las caras desfiguradas por los afeites, las mallas llenas de arrugas y los descotes sudorosos, arrojaban los cetros de cartón, aceptaban citas venales ó disputaban con una compañera por una baratija de tres sueldos. Pero esa cruda fealdad reinante tiene incomprensibles atractivos para algunos. Y toda *Revista* lleva al teatro verdaderas avalanchas de profanos admiradores que se extasían ante las sonrisas de las figurantas.

Satélites de estrellas más ó menos luminosas, los fracs de corte inglés desfilan por las salas de espectáculo como si fueran ellos mismos personajes de revista. Son los que corean las murmura-

ciones de los cómicos... « Se dice que si Balthy, flaca y fea, se ha decidido á aparecer en la revista del Moulin Rouge junto á Marville, la más hermosa mujer de París, es porque sabe que el encanto reside en el *esprit* más que en los ojos, y que hasta la misma Marville empieza á convencerse de ello, puesto que está celosa de aquella á quien aventaja ; se dice que las danzas griegas inauguradas en el teatro Mathurins por Carolina Otero han sido un fracaso ruidoso y que no tardaríamos en volverla á ver en sus originales bailes andaluces si fuera posible suponer que Carolina Otero tiene talento; se dice... » se dice todo lo imaginable y hasta lo absurdo. Pero no caben en un capítulo, ni aun en síntesis, todas las frases de *debinage* teatral que mariposean en la atmosfera.

Un momento histórico pe la Política Francesa (1906)

El asunto Dreyfus que, resuelto definitivamente después de tantas indecisiones culpables, ha determinado con la rehabilitación del inocente una especie de apoteosis de los defensores de la justicia, fué durante estos últimos diez años y seguirá siendo aún por algún tiempo, el eje y el motor principal de la política francesa.

En general, los fenómenos que dan á este país la fisonomía audaz que seduce y apasiona, no son más que consecuencias de las luchas pasadas, y resultantes de ese conflicto inicial. Si la burguesía democrática y evolucionista ha llegado á desalojar del gobierno á la burguesía autoritaria y conservadora, si apuntan reformas inmediatas que hace algunos años ni se sospechaban siquiera, y si ha habido en la nación como un terremoto moral que ha conmovido las capas profundas y ha sacado á la superficie los deseos que dormían en el fondo de su espíritu, todo ello es corolario de la tragedia que nadie puede olvidar. Sin el asunto Dreyfus, los partidos avanzados, que se apartan abiertamente de la mentalidad vieja, no hubieran llegado

á apoderarse tan pronto de los destinos de la nación. A ese proceso sin precedentes le deben su triunfo ruidoso y su instalación en el gobierno.

Pero los que han llegado á las alturas cabalgando sobre un programa democrático no pueden menos de mantenerse con él y por él, dado que el fin no era reemplazar á los hombres, sino hacer triunfar determinadas doctrinas. De suerte que una de las cosas más interesantes en el momento político actual es saber hasta qué punto están resueltos los radicales á cumplir sus promesas y en qué medida y radio entienden darles forma.

Es lo que vamos á empezar por decir sucintamente, al ensayar esta ojeada general sobre la política francesa.

*
* *

Si fuera posible aventurar comparaciones á un siglo de distancia, avanzaríamos que, así como los moderados y los progresistas que acapararon hasta hace poco el poder con ayuda de los reaccionarios sólo resultaban una continuación anacrónica de los primeros girondinos, los radicales que acaban de apoderarse de él no son, después de todo, más que una degeneración lamentable de los últimos dantonistas. Pero los comentarios no hacen más que desvirtuar los hechos y vale más presen-

tar la situación en cuatro frases escuetas.

Vencida la reacción monárquica y clerical; saneado el ejército, antes atado á la suerte de aquellos partidos; alentada la magistratura en su obra de independencia; realizadas algunas reformas humanitarias, y abierto el horizonte al porvenir, claro está que quien debía fatalmente heredar las responsabilidades del poder era el partido radical, cuyo programa había sido apoyado por mayorías triunfantes en repetidas elecciones. Además, el partido radical es el que por traducir las aspiraciones de una fracción minúscula de la alta burguesía, de casi toda la burguesía pequeña y de una parte irresoluta del proletariado, está, hoy por hoy, en el vórtice de los conflictos, de las pasiones y de los intereses de la Francia contemporánea. Su programa inseguro le permite contemporizar con los deseos de sus diversas categorías de adherentes. Porque, si al proclamarse guardián celoso de la propiedad individual, se presenta ante los tímidos como el único capaz de salvar el orden actual amenazado por los socialistas, al pregonar el impuesto sobre la renta, acompañado de reformas importantes se anuncia entre los avanzados como el más diestro para arrancar las concesiones urgentes.

De esta dualidad nació su fuerza. Pero de ella nació también la posibilidad del fracaso que la amenaza ahora.

Al pasar de la oposición al gobierno, no ha podido, en un país en que todos los ciudadanos saben tener una opinión personal, romper de lleno con su tradición y con su programa. Los hombres talentosos y considerables que se hallan á su frente tampoco han abrigado, por otra parte, esas intenciones. Todo hace creer que, dentro de su concepción filosófica, son sinceros y consecuentes consigo mismos. Pero desde la altura no pueden menos que vacilar y medir el vacío de la contradicción que les dió vida. Ante la urgencia de obrar se refugian en detalles y aplazan indefinidamente la realización de lo que prometieron. Parece que, aplastados por los mismos bloques de que esperaban servirse, estuvieran destinados á perecer sin haber construído.

Resuelta, por lo menos en principio, la cuestión religiosa con la ley de separación (los detalles de aplicación, sin dejar de ser importantes, son secundarios), comprenden la necesidad de abordar el capítulo de las reformas económicas; pero no se atreven á intentarlo, retenidos como están por el clamoreo de sus dos clientelas diferentes. Si se mantienen en la inmovilidad, perderán su prestigio en los barrios obreros y se verán abandonados por los electores pobres. Si se lanzan á realizar sus proyectos, tendrán que luchar contra una masa considerable de sus propios partidarios y que afrontar la guerra sin cuartel de los partidos

de reacción, que mientras los vean conciliantes no estarán lejos de contemporizar con ellos secretamente, para evitar males mayores, tratar de detener el incendio y dar jaque á la revolución.

Más que un asunto de ambiciones personales es, pues, un conflicto de responsabilidades históricas el que detiene el pensamiento y paraliza la voluntad de los hombres que están en el poder. Ante ellos se abre un dilema emocionante : ó se limitan á pequeñas modificaciones de fachada, y rotas sus relaciones con la masa popular, caen prisioneros de los conservadores que parecerán respetarlos primero para devorarlos mejor después, ó avanzan resueltamente hacia el porvenir... y entonces no se puede fijar el límite en que se detendrán, porque, urgidos y cercados por los colectivistas, acabarán probablemente por ser un instrumento transitorio utilizado por ellos.

De ahí esta penosa perplejidad entre dos bancarrotas y de ahí que la mayoría que gobierna empiece á dividirse en dos fracciones que ya parecen enemigas y que se librarán ruda batalla en la próxima legislatura : aquí los que, capitaneados por MM. Bourgeois, Clemenceau, Sarrien, etc., entienden practicar una política relativamente moderada y en cierto modo conciliante, y allá los que, apoyando el pensamiento de MM. Combes, André, Pelletan y Bertaux, proclaman la necesidad de proceder con energía.

Es una escisión que bien pudiera anunciar cambios muy bruscos. Porque el porvenir del país parece oscilar entre dos hipótesis : un retroceso violento ó un escalonamiento de audacias hacia lo desconocido.

*
* *

La situación ha sido, naturalmente, fomentada y preparada, en parte por los grupos monárquicos, imperialistas ó simplemente conservadores, reducidos á recuperar por medio de habilidades parlamentarias la influencia que les retiró hace poco el sufragio universal. La táctica tradicional del vencido ha sido dividir al vencedor; y esta vez, como siempre, la tarea ha sido fácil. Pero los reaccionarios, que esperan detener así el ímpetu de la Francia moderna y preparar una lejana restauración de todos los pasados, se han dividido también entre sí. Mientras trataron de destruir la la unidad del partido que estaba en el poder, todos se encontraron de acuerdo; pero, después de la escisión moral de que hemos hablado, se planteó el problema de saber á cuál de las dos fracciones debían apoyar indirectamente, y empezaron á diseñarse discrepancias que, á primera vista, pueden parecer imposibles, pero que, en realidad, no lo son.

La política, como el billar, tiene combinaciones

complicadas que, si á los ojos de un profano parecen absurdas, resultan sabias é ingeniosísimas después.

Los partidos retardatarios, enloquecidos por el empuje de la democracia, y sobre todo, por lo que las victorias de ésta dejan entrever para el porvenir, oscilan entre dos tácticas antagónicas. Los unos, los prudentes, se inclinan á aceptar en apariencia los hechos consumados y á sostener en secreto al gobierno, con el fin evidente de desligarlo de las fracciones avanzadas que pueden sugerirle y hasta imponerle mayores atrevimientos; y los otros, los audaces (porque hasta en los grupos conservadores los hay) son partidarios de agravar las cosas, de dejar el campo libre á la violencia y hasta de favorecer bajo cuerda las peores agravaciones, en la seguridad de que todo exceso trae una reacción y de que esa reacción no puede menos que serles favorable.

Éstos les echan en cara á aquéllos la timidez y la falta de pericia que les lleva á consolidar con su complacencia semejante estado de cosas; y aquéllos reprochan á éstos la temeridad que les empuja á desencadenar los desastres y á jugarlo todo á una carta, confiados en reflujos que bien pudieran no producirse.

Y como las divisiones son siempre más profundas entre los vencidos que entre los vencedores,

dado que el éxito aplaca las acritudes y la adversidad las aumenta, no es difícil prever que las dos corrientes que se hacen sentir hoy en el campo conservador se separarán más y más en el porvenir, dando nacimiento á una situación curiosa que vamos á examinar sucintamente.

En el umbral de la próxima legislatura se decidirá la batalla que comenzó en las postrimerías de la que acaba de extinguirse. M. Clemenceau opondrá su individualismo y sus dilaciones á la impaciencia realizadora de los grupos avanzados capitaneados por Jaurés. Y todo indica que asistiremos á un espectáculo sin precedentes.

El radicalismo, cuyas energías se han enfriado en las alturas, no podrá menos que presentar proyectos incoloros que estarán en contradicción con sus campañas ruidosas de otros tiempos y se verá obligado á aceptar, más ó menos ostensiblemente, el apoyo de los rezagados y de los tímidos, desilusionando así paulatinamente á los que de buena fe creyeron en él. Una fracción de los monárquicos, nacionalistas, conservadores, ó como quiera llamárseles, aprovechará entonces la ocasión para realizar la maniobra á que nos hemos referido y hacer irremediable la separación entre el ministerio y los elementos avanzados. De suerte

que se abrirá un paréntesis de incertidumbre. ¿Caerá el radicalismo en la trampa, ó arrojará el lastre incómodo para volver á elevarse hacia la pupularidad en previsión de las próximas elecciones? Porque tres años en la vida política de un pueblo son muy poca cosa; y aun contando con póstumas rectificaciones, el sufragio universal de 1910 tendrá siempre en cuenta lo que sus mandatarios hayan hecho ahora. Dada la perspicacia y el talento político innegables de las personalidades que nos ocupan, parece imposible suponer que se anulen ellas mismas. Pero, así como en las leyendas religiosas los dioses ciegan á aquellos á quienes quieren perder, en las alturas del gobierno el orgullo labra la ruina de los que se obstinan en perdurar. Y á mi juicio, el ministerio Sarrien-Clemenceau, que ya nos ha dado algunas indicaciones sobre su actitud futura, no sabrá substraerse á su destino, porque, sobre tales hombres, el ataque, lejos de disuadirlos sólo consigue hacerles acentuar la actitud que se les reprocha.

Sin contar con que, considerando las cosas desde el punto de vista de los que gobiernan, resulta casi imposible que procedan de otro modo. Mis convicciones colectivistas y mi fidelidad á un ideal filosófico no me impiden trazar este cuadro con perfecta imparcialidad y reconocer que si los radicales rechazaran la ayuda de los conservadores y atacaran atrevidamente su encadena-

miento de grandes reformas prometidas, se quedarían casi sin partido, porque ante la realidad imperiosa toda la burguesía pequeña y toda la fracción de la alta burguesía que los acompaña, se detendría bruscamente ó se volvería contra ellos. Sólo les seguiría hasta el fin lo que podríamos llamar la sección popular del radicalismo y la masa de los revolucionarios, encantados de encontrar al fin una brecha para hacer entrar sus ideales. Aunque los radicales se resignaran á perder así lo mejor de sus tropas para continuar siendo fieles á un programa electoral, su reinado no sería de larga duración. Apoyados exclusivamente por grupos colectivistas y por elementos que se confundirían con ellos, acabarían por resultar inferiores á las esperanzas que hicieron concebir. Y aun en el caso de que consintieran en ir más allá de su convicción serían derribados y suplantados fatalmente por los que, en lo que respecta á la propiedad y otros asuntos capitales, son partidarios de las soluciones decisivas.

De manera que los radicales, que representan la opinión de la mayoría de su partido (3.000.000 de votos en las últimas elecciones), no podrán menos que aplicar su programa con extrema lentitud y moderación, contemporizando indirectamente con los resabios del pasado. Y como otra fracción importante del partido sostiene, como hemos visto, la política contraria, asistiremos á

una primer separación: los elementos que están en el gobierno acentuarán su timidez y los otros agravarán su audacia. Este fenómeno podría coincidir con la escisión moral del partido conservador, que se dividiría en dos fracciones: una conciliante é inclinada á apoyar al gobierno para evitar, según ella, males mayores: y otra radical, resuelta á facilitar el triunfo de los revolucionarios, para intimidar al país y hacer posible una contrarrevolución, que iría quizá hasta restablecer una monarquía absoluta.

De modo que bien pudiéramos ver en las Cámaras el espectáculo, al parecer inaudito, de un grupo heterogéneo compuesto de radicales y conservadores, combatido por otro grupo heterogéneo compuesto de conservadores y radicales. En el fondo no habría tal contradicción y todos serían, de acuerdo con su temperamento, consecuentes consigo mismos: allá, los radicales, defendiendo su equilibrio, y los conservadores impidiendo el triunfo de la revolución, y aquí, los mismos radicales, tratando de permanecer fieles á su programa y los mismos conservadores tejiendo una intriga peligrosa para reconstruir su predominio.

Claro está que el gobierno tratará de evitar esta situación resucitando la cuestión religiosa, que ha servido tantas veces para reunir á los grupos republicanos y atenuar sus divisiones.

Pero, á pesar de la encíclica del papa y de las circulares de M. Briand, el asunto está resuelto definitivamente. La democracia no puede inmovilizarse indefinidamente en una lucha, que sería inútil, desigual y poco generosa, contra determinada categoría de creyentes. Su esfuerzo debe limitarse á asegurar la aplicación serena é implacable de la ley que hace de la religión una cuestión privada é individual. Perseguir nuevas agravaciones, sería caer en la injusticia y confesar el deseo de prolongar conflictos que ya han concluído, con el fin de aplazar eternamente la solución de los problemas sociales.

Porque la verdadera batalla se librará en la próxima legislatura, alrededor de la propiedad. El proyecto de impuesto sobre la renta, que ha preparado el ministro de finanzas, M. Poincarré, no es más que una habilidad para salir del paso, pero dará pie á un debate general que planteará la cuestión en toda su amplitud.

*
* *

Tales son los términos en que se presenta la la situación política de Francia en vísperas de la nueva reunión del congreso. Nuestras previsiones se realizarán, ó no. Nada es más difícil que ver los hechos á algunas semanas de distancia y prever la posición que ocuparán los hombres y los

partidos en los entreveros complicados y confusos de la política. Pero una cosa es indiscutible: el aniquilamiento de los moderados de todo matiz y el predominio de los que defienden soluciones definitivas. La lucha es tan general, que hasta los mismos contemporizadores se sienten ganados por el vértigo de las intransigencias que están en la atmósfera. En un sentido ó en otro, todos aspiran á resolver de lleno los conflictos y todos defienden conclusiones bruscas. Ante el peligro que les hace correr la influencía creciente de los elementos ultra-avanzados, los conservadores se hacen cada vez más monárquicos y más intolerantes; y los republicanos, inquietos ante la violencia con que se anuncia la reacción, se inclinan cada vez con más encono á completar la obra de 1793. De suerte que el gobierno actual, que por su composición y por las circunstancias especiales que hemos apuntado más arriba no puede ser, en ningún caso, un gobierno de acción, está destinado fatalmente á ser aplastado entre los dos extremos. Será un nuevo episodio del portentoso drama social que se viene desarrollando en Francia desde el día en que comenzó el asunto Dreyfus. Lo que el porvenir nos reserva no lo puede saber nadie. Quizá es la República Social. Quizá es la Dictadura.

Curiosidades Grafológicas

La ciencia, la filosofía, el conjunto de puntos estratégicos ganados á lo desconocido por la audacia serena y razonadora de los hombres, alejan cada vez más á la humanidad de las interpretaciones antojadizas y de los fantásticos sistemas de inducción por medio de los cuales trató en otros tiempos de descifrar la finalidad de las cosas y la idiosincrasia de los individuos.

La tendencia experimental ha dado el golpe de gracia á las supersticiones subalternas. Las adivinas y los magos, como los astrólogos y los alquimistas, han pasado definitivamente á la historia. Apenas si alguna maritornes triste cree aún en la eficacia de los filtros para asegurar la fidelidad de la persona amada y solicita á bajo precio nuevas aclaraciones sobre el papel misterioso de la sota de bastos. En general, las gentes acogen con una sonrisa indulgente las excentricidades más ó menos ingenuas de los « deletreadores de misterio ». La realidad nos ciñe y nada puede luchar contra ella... Pero las ideas, y, sobre todo, las enfermedades de las ideas, no mueren: se transforman. La curiosidad insatisfecha se re-

signa difícilmente á esperar la elaboración de las certidumbres científicas... De ahí la precipitación que reencarna antiguas aberraciones bajo una forma superior y compleja, muy propia para conciliar el deseo de « irréel » con nuestra necesidad de someterlo todo al análisis. Y de ahí, en fin, entre otros ensayos paralelos, la boga creciente de la celebrada grafología, que de arte de sociedad aspira á convertirse en severa escudriñadora de nuestros sentimientos más intimos.

Claro está que, practicado por gente de preparación indiscutible y de situación social al abrigo de toda sospecha, este nuevo resbalón hacia lo maravilloso no puede molestar á nadie. Antes bien, resulta un anacronismo feliz que entretiene el espíritu y lo distrae de la severa gravedad de la vida. ¿ Quién puede creer que retrogradamos á la edad de las cavernas porque media docena de sectarios amables se entretienen en medir las dimensiones de las palabras y en discutir la inclinación que damos al palo de la *t*?

Por eso voy á contar á propósito de las discusiones que ha provocado la carta de un abogado célebre, cierta aventura grafológica original ocurrida hace pocas semanas.

* * *

Don F. Michel de Champourcin, redactor de

El Liberal de Barcelona y escritor de exquisito talento, tuvo la idea ingeniosa de enviar varios autógrafos de escritores españoles y americanos á la presidenta de la Sociedad Internacional de Grafología, la célebre baronesa Ungern-Sternberg, autora del « Essai sur le mensonge », de « Ecritures normales et médiumiques d'Hélène Smith », de « Nietzsche im spiegelbilde seiner Schrift » y otras obras que han dado la vuelta al mundo. M^{me} Sternberg contestó favoreciendo á *El Liberal* con seis esbozos grafológicos. Entre ellos el de X*** que decía así :

« Ahí tiene usted un grafismo de toda hermosura, que acumula la distinción del espíritu, del corazón, de la voluntad y del sentimiento artístico. Pero en él se nota la falta de gradaciones y el prejuicio realista, características divulgadas por el apoyo siempre igual del rasgo, sin ninguna diferenciación entre los llenos y los perfiles. A este relieve de la escritura debe corresponder la plasticidad de los seres que su imaginación engendra por entero. Estas creaciones tendrán siempre la fuerza en su activo, con la delicadeza en menos. Y es que X*** es demasiadc masculino para ir nunca á introducirse en la piel de una mujer verdaderamente mujer, es decir, felina (chatte) y no heroína. »

Champourcin envió el recorte á X*** acompañado de una hermosa carta, espesa de entusiasmos. Según él, la grafología era una ciencia indiscu-

tible que venía á curar todos los males. Urgía aceptarla y adherirse á ella. « ¿ Cuál es — concluía — su opinión al respecto? »

X*** contestó que su incredulidad no era combativa y que se hallaba poco inclinado á refutar el diagnóstico de la baronesa Sternberg, á quién no conocía personalmente, pero de quien había leído páginas cautivantes. « El retrato tiene perfiles que me parecen vivientes — concedió en síntesis — pero me niega la sensibilidad sutil que nos permite seguir el ritmo tenue y rapidísimo del corazón de la mujer. Y yo creo ser ante todo un sentimental... Esta orientación interior ha sido olvidada por la baronesa Sternberg que sólo ha descubierto en el autógrafo las cualidades de resolución -- de energía puestas al servicio del resorte fundamental. »

La carta se publicó y la presidenta de la Sociedad de Grafología imaginó quizá en ella cierta malicia irreverente. Lo cierto es que, herida en su amor propio, disparó á X*** desde Weimar una picante anécdota :

« Cierta vez interrogué á un sabio famoso sobre su cualidad principal y me contestó muy seriamente que era el dominio de sí mismo. La respuesta me asombró y el resto del auditorio contuvo á duras penas la risa, porque la distintiva de nuestro amigo era precisamente la contraria. Su irritabilidad y su violencia le habían valido el titulo de

« malotru ». Entonces estudié su letra inclinada y angulosa y descubrí las huellas de una fuerte reacción contra una tendencia natural más fuerte todavía. Nuestro orgulloso erudito había tomado nota de sus triunfos, pero no de sus derrotas... »

Planteadas así las cosas, no era posible guardar silencio y se abrió un fuego graneado de razones que terminó con la amenaza más amable : « Para castigar al escéptico, voy á desecar en público su carácter de acuerdo con el esquema de mi invención. »

*
* *

Quince días después recibió X*** la silueta grafológica que transcribo :

1. Imaginación. — Creadora, poderosa, viva.

2. Intelecto. — La concepción va seguida inmediatamente de una realización lógica y enérgica. Toda criatura y toda situación se dibujan en su espíritu con perfiles netos y concisos. En lo que se refiere á la delicadeza interior se la concedo, pero le niego la sutileza, porque la fuerza y la sutileza se excluyen recíprocamente.

3. Crítica, *esprit*, *humour*, buen carácter. — La seriedad de la imaginación impide el *humour* y la alegría. Le falta esa frivolidad de la inteligencia llamada *esprit* que tanto abunda en Francia. Su crítica trata de ser objetiva y se equivoca á menudo.

4. Cultura intelectual. — Le faltan atavismos de cultura. Todo su equipo intelectual es ganancia almacenada por una memoria mediocremente fácil, pero tenaz.

5. Aptitudes artísticas. — En cuanto se refiere al predominio de los sentidos, como artista es un « visual » y un « objetivo », á menos de que esta última facultad esté atrofiada por el abuso del tabaco. Su visión artística se distingue por la intensidad del colorido, por la fuerza de los contrastes y por un matiz pintorescamente épico.

6. Energía. — Corre por sus venas una poderosa savia de energía que no ha sido aguada por esa intelectualidad de los ascendientes que acaba á menudo por engendrar el desdén y la decadencia. Suyas son todas las virtudes masculinas : firmeza, resolución, valor, combatividad. Su terquedad en la reacción prevalece sobre su obstinación en la idea.

7. Actividad. — Su actividad es razonada, continua, ordenada. No se dispersa ; y sin embargo, la vivacidad que lo empuja parece desmentir esa concentración.

8. Perseverancia. — Se le puede definir : una persistencia encarnizada que sostiene y estimula el combate.

9. ¿ Predomina el corazón ó la cabeza ? — Es el caso de recordar la frase de Joubert : Los grandes pensamientos vienen del corazón.

5

10. Personalismo ó egoísmo. — Hay en él una buena amalgama de personalismo y de altruismo. Es un hombre que muestra una energía contenida y sin embargo provocadora, porque cuida poco de evitar antipatías. Pero su lealtad no está contaminada por la venalidad. Cuando se entrega á una causa, lo hace con todo desinterés.

11. Benevolencia, altruismo, capacidad de sacrificarse por el prójimo. — Amigo de sus amigos, antagonista de sus adversarios. Afectuoso y dispuesto á sacrificarse por los primeros, reserva para los otros el rencor. Procede con lentitud y reflexión. La venganza, manjar de los dioses, la prefiere fría.

12. Inconstancia ó fidelidad. — Cuando un imaginativo ama, no puede abstenerse de crear un personaje á imagen de su ideal. Y la agraciada no puede guardarle rencor por ello, siendo así que su invención es superior á las realidades que sirveron de punto de partida. No es versátil.

13. ¿Apasionado, sentimental, frío ó moderado? — No es un sentimental sino un apasionado, concentrado más bien que expansivo. Su sensibilidad intelectual afina su sensibilidad expansiva. Y su afectividad no es á flor de alma, ni á flor de piel.

14. Celos. — En este punto imita á Felipe II, á quien hizo decir Schiller : « Así que empiezo á sospechar, ceso de temer. »

15. Su ideal de mujer. — Es un ser viril ante

todo, y por lo tanto aprecia todas las delicadezas: ternura, fidelidad, sensibilidad, sumisión.

16. ¿Paciente ó violento? —Al lado de la bondad y de la paciencia que en épocas normales constituyen el fondo de su carácter, hay una violencia salvaje que duerme.

17. Orgullo. — Orgulloso y cortés, poco flexible.

18. ¿Expansivo ó reservado? — La rectitud y la lealtad son naturales en el fuerte que entra en la vida lleno de confianza y de expansión. La experiencia le enseña después la reserva. Pero siempre se negará á la disimulación, á la perfidia ó á la duplicidad sin dejar de inclinarse á la prudencia.

19. Seguridad de sí mismo. — Nunca seréis traicionados, ni por él, ni por su palabra. Es ordenado como todos los grandes trabajadores.

20. ¿Vanidad ó timidez? — La conciencia del *Yo* trae el orgullo del nombre. Pero ese orgullo no toma nunca la forma del desdén. Consciente de su valor, no se compara con nadie.

21. Asimilación. —El imperio sobre sí mismo refrena una impetuosidad casi brutal. Su rudeza original se ha convertido en adaptabilidad. Ni se dobla por debilidad, ni se obstina por terquedad.

22. Susceptibilidad. — Reacciona contra ella constantemente. Maneja la materia bruta de sus energías y es el estatuario de sus actitudes.

23. Vivacidad. — Su gran vivacidad halla un contrapeso en la gravedad de la actitud, la cual

deriva de la conciencia de una misión especial.

24. Curiosidad.— La curiosidad trivial no es su defecto. Pero es un curioso de psicología, un sediento de cultura. Un día vendrá la saciedad y ya no leerá por miedo de desformarse.

25. Temperamento. — La gama de sus sensaciones abarca la emotividad colérica y melancólica.

26. Economía. — Ni gastador, ni avaro. Da con circunspección. La necesidad del lujo y de la vida elegante no le talonea. Esos instintos no están en él. Hay probabilidades para que consiga hacerse una fortuna por su sobriedad de gustos.

27. Espíritu y materia. — El ejercicio de la intelectualidad, auxiliar de la razón, ha limitado el poder de sus instintos que, lejos de anularse, le han abierto otras válvulas de escape.

28. Evolución. — Por su energía, su combatividad y su fiereza, que tiende á imponer opiniones, me parece llamado á desempeñar un papel en la política. Su agresividad estará en su elemento.

29. Simpatías. — No las llama de una manera irresistible, pero una vez que las ha ganado, las conserva.

30. Síntesis general. — Sobre un fondo ancestral de fuerza que pide empleo, florece una imaginación realista y una inteligencia poderosa. En la base reside un temperamento melancólico y colérico á la vez. De lo cual resulta una impresionabilidad profunda y vibrante á la que se aban-

dona el artista durante la inconsciencia de la creación para manejarla luego cuando la reflexión se impone. El retrato moral se condensa en una línea: una pasión razonada.

*
* *

Claro está que la delicadeza más elemental impidió á X... discutir ó rectificar en público las apreciaciones lisonjeras ó erróneas que abundan en el estudio grafológico que acabamos de leer. Pero lo hizo privadamente, en forma de carta confidencial. Y ello dió pie á una actitud curiosa. La baronesa Sternberg, convencida de la infalibilidad de su sistema, declaró que X... no sabía una palabra de sí mismo y se dejó llevar por la fascinanción de su arte hasta el punto de lanzar el proyecto más inverosímil: « No le he visto á usted nunca — escribió — no ha llegado jamás hasta mi ningún retrato de usted; sin embargo, me siento capaz de deducir de su escritura su aspecto físico; y como los rasgos de la fisonomía son más tangibles que los del carácter, tendrá que inclinarse usted al fin ».

Téngase en cuenta que no se trataba de un juego de salón, donde está permitida la fantasía. M^me^ Sternberg tiene, entre los adeptos del arte grafológico, una reputación que no puede ni debe comprometer. Sus artículos de la *Graphologie*

gische Monatsheftė nos la presentan como la cabeza directora de este movimiento semicientífico que empieza á cobrar una relativa importancia. De suerte que, impresionado por tanta firmeza, X... esperó con interés la pintura.

Hela aquí :

« De la letra de este autor deduzco que es él de corpulencia sólida, más bien rechoncho, musculoso, pero no obeso. Tiene la cabeza bien plantada sobre los hombros, el pescuezo más bien corto y la nuca poderosa. Parece un atleta ó un luchador. La energía debe transparentarse en una quijada poderosa, pero la barba, más bien redonda, no avanza á la manera de los anglosajones. La boca, la quijada y la barba, tomadas en conjunto, no tienen nada de macizo, aunque traducen la resistencia y la agresividad.

« Los cabellos son de un color castaño obscuro, abundantes, duros, ondeados y poco sedosos.

« Tiene los ojos negros y graves de un observador. Parece mirar á lo lejos, porque no es miope y se siente atraído más bien por el conjunto que por los detalles. Por eso se mueven poco los ojos en las órbitas. La mirada investigadora denuncia la concentración mental. Penetra, investiga y graba las impresiones.

« Los labios son llenos, bien dibujados, sin que el inferior denote sensualismo.

« Su gesto es reservado ; sus músculos faciales

poco móviles. De suerte que su mímica no es variada; pero, á veces, resulta expresiva.

« Para un meridional, gesticula poco. Su palabra se distingue por la precisión, la concisión y la abundancia. Como orador es persuasivo. Tiene voz de barítono, sonora y vibrante.

« Su andar no tiene la desenvoltura de buen tono del hombre de mundo, aunque ostente cierta gracia varonil que cuadra con el ritmo de sus movimientos.

« Su mano debe ser « motriz », es decir, enérgica, dura y al mismo tiempo elástica al tacto. La forma de los dedos es mixta : el pulgar ancho y dominador, el medio y el anular cuadrados, y el índice y el meñique cónicos... etc., etc. »

* * *

¿ Cómo ocultar que nos sobrecoge cierto asombro al comprobar que en una página de garabatos están encerradas todas esas cosas ? ¿ Una *a* más ó menos abierta, una *z* sin rabo, ó una *m* galopante bastan para dejar entrever el retrato físico y moral de un individuo ?...

— Si yo pudiera ser imparcial, murmuré, trataría de comparar á X... con las siluetas... Pero ello es imposible, porque el X... de tan peregrina historia, no es otro que el que escribe estas líneas.

Sólo el lector puede fallar...

Lo único que yo quiero añadir es que, como hasta

nuestras decepciones suelen ser útiles por la enseñanza que nos traen, me ha parecido interesante referir la pequeña aventura. Supongo que por ello no me condenará la baronesa Sternberg á garrote vil, ni me guillotinará mi amigo Michel de Champourcin en un artículo de *El Liberal* de Barcelona.

El buen público, siempre dispuesto á aceptar lo maravilloso, sacará quizá provecho del incidente superficial. Las arrugas de la mano, la borra del café, el carácter de la letra ó el mazo de naipes, pueden ser pretextos atrayentes para animar la conversación en las reuniones íntimas; y nada impide que nos entretengamos en hacer castillos microscópicos con mondaduras de misterio, á condición de que no les demos más importancia de la que realmente tienen en sí. Pero, pretender que accionando un picaporte vamos á entrar en relación con los habitantes de Marte, ó que para conocer el alma de un hombre basta observar cómo enciende los cigarillos, es caer en un mareo precursor de las más peligrosas abdicaciones. La única arma de que disponemos es la razón. Sepamos servirnos de ella para barrer los rastros de la edad en que predominó el instinto. Después, trataremos de explorar todas las sombras. Pero no cedamos á la tentación pueril de razonar la sinrazón y de vestir á la moderna los viejos errores, aunque dispongamos del esquema de la baronesa Sternberg.

Hojas del diario de un transeúnte

. . . .

Diciembre 17. — Hoy, al salir de la Cámara de Diputados, después de una sesión borrascosa, comprendía que no son eternas esas genuflexiones de la voluntad que apagan tantos entusiasmos bajo las bóvedas de un hemiciclo. La interpelación ha sido un triunfo. Y al propio tiempo, en uno de esos viceversas de la memoria, evocaba la imagen de aquella última jornada del gabinete cuando soplaban vientos de motín y las tropas bajaban lentamente por las avenidas al sordo trotar de sus caballos, mientras los agitadores se hacinaban en la plaza, royendo cóleras y en el palacio de los representantes burbujeaban las ambiciones, los odios y las intrigas, con un hedor de estanque removido por una sola ambición incontestable: *el triunfo*. El desenlace de la epopeya de aquel ministerio fué terrible. Un general insurrecto escaló la tribuna con una arenga que era una proclama, el abate Gayraud apostrofó desde su asiento, y el conde de Mun entresoñó el comienzo de una restauración. Un ministerio que parecía salvado á las seis de la tarde, cayó á las nueve, después de una sesión de siete horas

empleadas en tejer la telaraña de una intriga. Los sobrevivientes del boulangismo pusieron su barca á flóte. Y los grupos oleosos remontaron los bulevares á son de carga, mientras las redacciones de los periódicos victoriosos se cubrían de luces y las otras se perdían en las tinieblas.

Domingo 18. — Se habla mucho de Holanda. El eufemismo y el rebuscamiento de la vida actual exigen temas nuevos. De ahí que un país casi perdido entre las brumas del norte — un país pequeño y aseado como una casita burguesa — sea objeto de tantas conversaciones. Y sin embargo... podríamos decir que los autores del *Banquete de la guardia cívica* y de *La Ronda* son las únicas cabezas que descuellan sobre los molinos de Flandes. República con Thermidor, imperio con Bonaparte, vasallo de Carlo Magno y de Carlos V, Flandes se inclina hoy ante una mujer demasiado fea para ser joven ó demasiado hermosa para ser reina. Desde lejos, en el galope de la imaginación, nos lo fingimos como un país fantástico, caparazonado de ensueños y coronado de poesía, sableado por canales llorosos y empolvado de brumas grises ; pero... la vida es un haz de ilusiones. Y las *Mil y una Noches*, son el catecismo del alma.

Lunes 19. — Al regresar del Bosque por el camino plantado de árboles que tiritan en mitad del invierno, en la avenida raspada por los carruajes,

las bicicletas y los ómnibus, tengo la visión de una vuelta de Trajano, cabalgando sobre una victoria, en medio de una ciudad prosternada.

Es el emperador de una república, que regresa de una cacería, comprando voluntades con sus saludos, en un trotar de coraceros, un brillar de espadas y una suntuosidad rastacuera que desborda la imaginación. Mientras el cortejo se pierde aclamado por las multitudes en el fondo de la avenida erizada de látigos, me alejo pensando que el prestigio de los fuertes no emana de ellos, sino de la pompa que les rodea. Despojemos á los poderosos de su palacio, su ceremonial y sus alabarderos, sentémosles á comer en una mesa redonda á dos francos por cabeza y serán hombres como todo el mundo. El pueblo es como esos niños que creen que los comediantes son seres superiores porque taconean la escena vestidos de oropel, morisqueteando gestos graves. Cuando la muchedumbre abre calle, arrollada por las tropas y se arremolina aclamando al magnate que pasa, aclama los uniformes, el lujo, la *mise-en-scène*, todo lo que la deslumbra y la maravilla, pero no al hombre. Si le encontrara en una taberna, le ofrecería tabaco para atascar la pipa.

Martes 20. — Me tomó por el brazo, al cruzar el gran patio de Louvre, — el gran patio del Louvre que, todo blanco bajo la luna, parecía recordar en aquella noche de invierno las viejas intrigas y

reverencias cortesanas, con una sonrisa irónica de gentilhombre — me tomó por el brazo y me dijo: — « Estoy enfermo. Los pensamientos torbellinan en mi cabeza, arrastrando jirones de pasado. La razón pone á veces todo en su sitio, pero el trabajo se reanuda para interrumpirse en seguida. A menudo, para poder continuar la labor de una idea, me veo obligado á hablarla; de lo contrario, el viento de las otras me dispersa y me pone en la necesidad de hacer dos veces el mismo camino para volver á encontrarme. Creo que mi estado es debido á la preponderancia de mi corazón sobre mi cerebro. Siento más de lo que pienso. Soy un ser contradictorio: me pronuncio contra el sentimentalismo y soy más sentimental que nadie. Quizá no estoy de acuerdo con mi doctrina, pero mi doctrina está de acuerdo con mi razón. » Nuestras sombras se prolongaron, flacas y enormes, sobre el muro. Las seguí con los ojos. En el silencio del gran patio desierto, gesticularon un instante y luego se fundieron en una sola que se alejó, grotesca, bajo la luna.

Miércoles 21. — Es innegable que entre las naciones, como entre los individuos, hay algunas que presumen de aristocracia, muchas que arbolan *bank-note* de burguesía y no pocas que se resignan á encasquetarse el hongo del proletariado. Las primeras tratan á las segundas como un marqués del Hipo al banquero de las Tres Usinas: con un

desdén imperceptible que no desarma nunca. Pero la dos se ponen de acuerdo así que se trata de oprimir á las terceras y repartirse sus territorios como bienes de vasallo. Felizmente la resistencia de la Abisinia, el triunfo del Japón y hasta la evolución de Siam que comienza á vestir ideas europeas y á usar arte, sancionan lo que pudiéramos llamar una descentralización. El mundo estaba antes entregado á la influencia exclusiva de un continente que, por una ironía de las cosas, es el más pequeño de todos. Parecía que nada podía existir fuera de él. Y hoy, desmintiendo la especie de que los continentes restantes han sido creados para aprovisionarlo de esclavos, azúcar, trigo y colmillos de elefante, vemos surgir, en uno de esos bruscos cambios á que nos tiene acostumbrados el destino, el Japón en Asia, nuestras repúblicas en América y la histórica y vieja Etiopía en ese continente desgraciado donde tantas rapacidades han encontrado su botín. La Abisinia da lecciones de clemencia y de valor; la América del Norte impone sus máquinas á todos los pueblos; y el Imperio del Sol, limitado en otro tiempo al comercio de baratijas exóticas, nos ofrece una literatura y una civilización que se enroscan, formando un nervio original y fecundo. ¡ Bah! me decía hoy leyendo una correspondencia de Addis, pronto se convencerán los pueblos de que el talento, la industria, la inventiva, el refinamiento, no son

dones exclusivos de los habitantes de una región determinada, sino patrimonio de la humanidad, hueso del mundo, semilla que ha caído en todas las tierras y que ha dado fruto en unas antes que en otras solo á causa del clima moral en que se ha desarrollado.

Jueves 22. — Recibo un libro del mexicano Zuloaga. Es una traducción de los cuentos de Mendés, una de esas traducciones que hoy se llevan tanto, suficientemente caprichosas para ser queridas, pero demasiado infieles para ser legítimas. Los cuentos de Mendés son hermosos, aun en romance. Son los misales de un amor exclusivamente parisiense, lleno de tonos y medios tonos intraductibles, y aun incomprensibles fuera del medio en que han nacido. Delicadeza en el desenfado, idealización de la materia, y, como pudor, uno sólo : el pudor de lo feo. Abriendo el libro al azar, encuentro un cuadro delicioso. «Cuando se presentó en la pista un bien perfilado caballo negro sin brida, freno ni silla, que piafaba y burbujeaba espuma, Lila Biscuit arrojó el gran manto que la envolvía y apareció en el circo toda desnuda, iluminada por las luces del gas, sin traje ni velo, y se lanzó sobre el bruto toda coloreada de nieve y de rosa. Pero nadie se enfadó; porque era un divino espectáculo ver á la linda joven recostada sobre las ancas negras del animal, al galope, con los cabellos mezclados á la crin. » El prologuista

de Zuloaga se espanta ante la crudeza de estos cuadros, arguyendo que las siluetas primaverales que sonríen desde el fondo de todos los cuentos de Mendés no son las más propias para predicar la virtud en un corro de colegialas. Echa de menos los puntos suspensivos de Perez Escrich. Y al hablarnos de la moral con una unción que huele á almizcle de capilla franciscana, olvida que el cardenal de Richelieu, — que no era fracmasón, ni naturalista, — no desdeñaba entrar al taller de los pintores, descorrer las cortinas que ocultaban los modelos y asistir á la copia de la carne viva, proclamando que en el arte no puede haber inmoralidad. Así pensaban los grandes artistas místicos de la Edad Media y así pensaron quizá tambien los Apóstoles, en cuyos Evangelios encontramos más de una imagen cruda que haría sonreir á Pierre Loüys. Pero la hipocresía de nuestro siglo no se detiene ni ante las Escrituras. De ahí que se haya fabricado un Evangelio para uso de las escuelas, como se ha fabricado un Rabelais, y hasta un Cervantes.

Viernes 23. — Leo las memorias del señor Gorón, — antiguo jefe de policía de París, — funcionario que no abandonó sus viejas costumbres de periodista, y periodista que no echa en olvido sus prejuicios de funcionario. Son reminiscencias de corchete que sólo valen por las llagas que desnudan y por los objetos de conmiseración que pre-

sentan, sin saberlo, á las almas sensibles. No basta que una cosa sea abominable para que tengamos el derecho de insultarla : debemos combatir esas delicadezas de estómagos bien alimentados. Es necesario estudiar las causas y el método de ela boración de esas pasiones, costumbres, vicios ó miserias que la multitud corona con el adjetivo de repugnantes. Muchas derivan de nosotros mismos. Son nuestra obra. Para consolarnos de haberlas engendrado, las abofeteamos con nuestra repulsión, como un padre cobarde aborrece al hijo contrahecho que atrae las miradas de los curiosos. Tengamos por lo menos la audacia de nuestras llagas. La prostitución es el resultado de los vicios de todos : usamos de ella y no tenemos derecho á condenarla. ¿ Qué decir del poderoso que habiendo seducido á la criada, á la institutriz ó á la parienta pobre y habiéndolas dejado con un niño en mitad del arroyo, declama contra el vicio y se indigna cuando una mujer hambrienta se le ofrece en el bochorno de las calles obscuras ?

La humanidad, menos generosa que los animales, se encarniza con los muertos.

. . . .

Una escuela de vocaciones

Nada más difícil que descubrir en el dintel de la juventud la orientación que conviene á nuestro carácter y el género de actividad que encuadra con nuestras aptitudes. Si algunos demuestran desde la niñez una vocación decisiva, los más salen al mundo perplejos y medrosos, sin saber qué elegir.

La tarea de desentrañar las concordancias que pueden existir entre una profesión y nuestro espíritu exige, por lo demás, algunos conocimientos que el niño no puede tener. Porque así como los gustos inconciliables coexisten dentro del mismo hombre, dentro de la misma profesión abundan las ventajas y las desventajas contradictorias. ¿ Cómo pesarlas si se ignora la vida? De ahí provienen, en muchas ocasiones, esos descorazonamientos y cambios bruscos que desmoralizan al individuo y comprometen su porvenir. Los que han elegido un estado, seducidos por un detalle, y advierten luego en él un rasgo que les disgusta ó descubren una incompatibilidad que les hiere, se encuentran ante el dilema de volver la espalda y empezar una nueva lucha en otra órbita ó continuar vege-

tando en la misma contra su voluntad y su deseo.

En los dos casos se condenan á un conflicto doloroso: en el primero porque es difícil amoldarse á cada instante á nuevas situaciones y porque perdido el ímpetu de la primera juventud no queda ánimo para acometer empresas que requieren la flexibilidad de los primeros años; y en el segundo, porque es duro imponerse un género de actividad contrario á nuestras preferencias y persistir en él á pesar de la voz interior que nos habla de otra cosa.

Por eso es que la educación patriarcal que dominó hasta hace poco en el viejo continente y fué llevada al nuevo por los colonizadores, constituía un verdadero atentado contra la civilización y el progreso. Los padres que elegían la profesión á que debían dedicarse sus hijos, sin tener en cuenta los gustos y la inclinación de éstos, obraban como un naturalista que dijera á un gato « serás elefante ». La buena voluntad y el espíritu de obediencia no pueden detener las corrientes interiores, ni vencer las imposibilidades físicas; y aunque los niños pusieran todo de su parte, continuaban casi siempre siendo ineptos para el oficio á que se les destinaba. ¡Cuántos médicos han resultado entre nosotros excelentes criadores, y cuántos abogados se han revelado poetas después de reconquistar la libertad! Si se les hubiera dejado seguir su vocación

desde el primer instante no huberian perdido un tiempo precioso en aprender cosas que no les han sido después de ninguna utilidad, ni hubieran puesto en peligro la hacienda ó la salud de sus conciudadanos esgrimiendo un título que les da derecho á resolver cosas ajenas á sus aptitudes.

Pero — dirá el lector — si el niño no está preparado en la mayoría de los casos para descubrir su vocación y si el padre no debe sugerírsela tampoco, ¿cómo se puede orientar la actividad de la juventud en los primeros tiempos?

Para no escoger entre dos soluciones igualmente nocivas ó injustas, cabe suscitar una intermedia que los concilie. Veamos cómo.

Aceptemos la primera hipótesis, la del padre que elige la profesión á que su hijo se debe dedicar. Desde luego, salta á los ojos la injusticia de la imposición. Cada hombre se pertenece y no es posible admitir que otro se substituya á él para decidir la orientación de su vida. Pero establecido el punto de derecho social y salvados así los principios, no es posible negar que el padre, por conocer la vida y tener honda experiencia, puede saber en muchos casos mejor que el hijo lo que éste necesita. De suerte que nos encontramos, como ocurre á menudo, ante un conflicto entre la teoría y la práctita. Aquélla nos dice que sólo el niño debe elegir su profesión, y ésta nos asegura que sólo el padre puede saber cuál es la que le

conviene. A primera vista parece difícil desatar el nudo. En realidad no es así.

Estas oposiciones de la naturaleza y del derecho son casi siempre aparentes. En la mayor parte de los casos nacen de nuestra educación unilateral que nos impide ser flexibles y diestros para amalgamar y fundir en una verdad equilibrada las aproximaciones de la idea preconcebida. La mayor parte de los conflictos que comprobamos en torno nuestro provienen de que tomamos las cosas en bloque y nos lanzamos ciegamente en una dirección ó en otra, sin reparar en que nuestra convicción contiene tantas partículas de verdad y de error como la del adversario. Cediendo á nuestro temperamento, no vemos en cada solución más que las ventajas de aquello que coincide con nuestro carácter. Pero si logramos vencer el ímpetu, el horizonte se ensancha y descubrimos el matiz. Así en este caso.

Los autoritarios concluyen que el padre debe imponer rumbo á la actividad del hijo, y los evolucionistas proclaman que conviene dejar á éste en plena libertad. Pero muy pocos vislumbran que el derecho innegable de la concepción de los unos y las ventajas evidentes del sistema de los otros, pueden reconciliarse y fundirse en un procedimiento racional.

Dado que el obstáculo que se opone á la aceptación de la benéfica experiencia del padre es la

ausencia de derecho, y puesto que la causa que hace inaceptable el sagrado derecho del hijo es la falta de experiencia, tratemos de eliminar lo malo de ambas partes para condensar lo bueno en una sola.

No depende de nosotros favorecer al padre con el derecho que no tiene, pero sí está en nuestras manos ofrecer al niño la experiencia que dará ojos á su derecho, por medio de una educación preparatoria, una exposición amplia y una noción general de la vida.

Al obrar de esta suerte no intentaremos una conciliación vana y oportunista del pasado con el espíritu nuevo. Haremos justicia final. Porque por más revolucionarios que seamos, no podemos dejar de reconocer que hasta en lo peor de lo que nos preparamos á destruir hay trozos indispensables. La verdadera clarovidencia consistirá en asimilárnoslos, rodeándolos convenientemente para que pierdan su virtud ofensiva.

* * *

Por eso merece aplauso la tentativa de Mme Blanche Schweig. Sin aspirar á grandes síntesis filosóficas, su Escuela de Vocaciones es una tentativa feliz para satisfacer en parte la necesidad bue hemos apuntado. Está limitada á cierto círculo, pero no deja de tener una importancia se

gura, capaz de dar pie á las más atrevidas ampliaciones.

M^{me} Blanche Schweig ha escuchado la lamentación de los que han sido llevados ciegamente por la casualidad hacia un oficio ú otro y ha oído las quejas de los que por consejo de la familia se han alejado de lo que les era simpático. En todo ello ha descubierto una indicación. Esas existencias disminuídas ó anuladas le han sugerido la idea de fundar cursos de orientación profesional y de abrir una escuela donde se expondrán ante un auditorio de interesados las condiciones corrientes, las aptitudes necesarias y los resultados económicos de cada género de actividad. Así podrá conocer la juventud los inconvenientes y las ventajas, sin afrontar las decepciones y así se atenuará un tanto el conflicto frecuente entre el estado y la vocación.

Claro está que en esta primer tentativa no han sido abarcadas todas las ramas de la actividad del hombre. No es fácil descubrir profesionales suficientemente cultos y desinteresados que consientan en dar una vez por semana una pequeña conferencia. Unos se excusan pretextando fatiga, otros se declaran incapaces de hablar en público. Pero estos primeros obstáculos serán vencidos y todo anuncia un porvenir brillante á la Escuela de Vocaciones.

En el apresuramiento por vivir que nos invade

y nos electriza, no hay tiempo de tantear varias cosas. Los que dudan, los que después de haberse lanzado por un sendero vuelven sobre sus pasos y saltan de una rama á otra sin encontrar lo que desean, están destinados á fracasar lamentablemente. La vida y el porvenir pertenecen á los resueltos que esgrimen una afirmación y marchan directamente hacia un punto del horizonte. Para triunfar hay que tener la energía de romper las vallas que se oponen al paso y vencer los descorazonamientos que nos asedian. La victoria es la apoteosis de la perseverancia. La voluntad es el remo de la existencia. Y Hércules mismo, para realizar sus trabajos, necesitó más su decisión que sus músculos.

Descubrir nuestra vocación, sólo es escalar la mitad de la montaña; la otra mitad exige un báculo varonil que no vacile ante ningún obstáculo. De ahí que resulte más difícil persistir que emprender; y de ahí que la segunda etapa sea una enorme ampliación de la primera. Sin embargo, el hecho de no ignorar hacia qué punto del horizonte tienen que dirigir su esfuerzo, simplifica notablemente el sacrificio necesario y provechoso de los jóvenes. Los que después de saber lo que quieren sepan querer lo que pueden, experimentarán, pasada la inevitable fatiga de la ascensión, el goce supremo de haber doblado la dificultad para trepar sobre ella. Los demás quedarán á lo

largo del camino, víctimas de su educación y de su propio abandono. Porque para completar la « Escuela de vocaciones, sería necesario abrir una « Escuela de la voluntad »...

En casi todas las circunstancias el hombre puede dirigir los acontecimientos, y muchos lloran las derrotas que han preparado con sus propias manos.

La Ambición

El ministerio que M. Clemenceau ha constituido con la audacia tranquila que es la distintiva de su carácter no es precisamente una paradoja como se obstinan en afirmar los periódicos conservadores, pero es una prueba de la inquietud y del apresuramiento por vivir que nos invade. Esos hombres de cuarenta á cincuenta años que al rodearle saltan por sobre la razón, abandonan su pasado y se lanzan ingenuamente á conquistar glorias pasajeras y honores temporales, son victimas quizá de la ciudad y del siglo, pero lo son más aún de su ambición.

M. Clemenceau es un político genial, imperioso, elocuente, lleno de seducciones y espeso de ardides. Su influencia, su prestigio y su rápida fortuna le convierten en punto de atracción. A los sesenta y cinco años, después de una interrupción larga, ha sabido reanudar su carrera con el mismo brío y la misma decisión de que supo servirse en 1885 para combatir á Ferry y á Freycinet. Pero su reaparición en las alturas provocó un inquietante remolino de esperanzas y de avideces. Tras del jefe victorioso que se aprestaba á ensayar

dentro de la democracia la más atrevida de las dictaduras, se lanzaron en confusión todos los sedientos, todos los precoces, todos los poseídos dispuestos á sacrificar cualquier cosa en aras de la elevación y del éxito.

Sólo los hombres que parecen destinados á ejercer una dominación durable y que saben descollar de una manera brusca, consiguen despertar entre los más jóvenes esta fiebre extraña que electriza y que ciega. Pero los méritos innegables de M. Clemenceau no podrán hacerle perdonar la confusión y el vértigo á que ha dado origen. A su voz se metamorfosean los caracteres y las doctrinas y ha surgido del fondo del estanque parlamentario toda una floración nueva que merece ser estudiada porque es el producto transitorio de la conjunción del mundo que se va con el que viene.

Los que á causa de sus doctrinas habían vivido hasta ahora lejos del poder, han aprovechado la feliz posibilidad para dar rienda libre á los anhelos de muchos años. Y la sorpresa, el orgullo, la insaciabilidad propia de los que empiezan á disfrutar de cierta consideración y cierta influencia, les han llevado á utilizar todos los recursos para encaramarse.

De suerte que en la aurora de un gobierno que dice ser de reparación y de equilibrio social, vemos renovados en parte los procedimientos de la sociedad de ayer por los mismos que se

proclaman constructores de la de mañana. Lejos de mí la idea de condenar implacablemente las debilidades inevitables de los hombres. El ser humano, por grande que sea su perfección, siempre es víctima de persistentes instintos atávicos. Sin embargo, no es posible dejar de lamentar la precipitación que ha inducido á algunos altísimos talentos á perjudicarse en el porvenir para procurar al amor propio una pequeña satisfacción inmediata.

Por eso conviene examinar sumariamente, al correr de la pluma, la estructura y la solidez de la pasión que los guía.

*
* *

La ambición es indudablemente el gran motor del progreso. En sus dos fases, ambición de gloria y ambición de bienestar, constituye la palanca irreemplazable que acciona la civilización.

Supongamos una humanidad que ignore la ambición, y asistiremos á un desastre. El hombre, reducido á no sentir más que necesidades del momento y ajeno á todo esfuerzo persistente y durable, será una pobre bestia efímera.

La aparición de la ambición es, pues, el primer anuncio de nuestra superioridad sobre las otras especies y el origen de la hegemonía visible. La inteligencia misma (fuerza inspiradora que exige

para su utilización del auxilio de otras cualidades) parece haberse desarrollado al calor de ese instinto voluntarioso de dominación y preeminencia.

De suerte que la ambición no puede ser condenada por los hombres, dado que de ella deriva cuanto nos rodea. Sin el instinto de descollar, de ser célebre, de persistir en la memoria de las razas, ni hubieran avanzado las ciencias, ni hubiera triunfado el arte, ni se hubiera descubierto el Nuevo Mundo. Y sin la voluntad de vivir cómodamente, de asegurarse el porvenir y de acercarse á la felicidad, no tendríamos las casas, las calles, los tranvías y cuanto es obra de nuestras manos. La ambición es, en definitiva, una pasión útil para las colectividades. Los paises, como los Estados Unidos, donde el hombre es muy ambicioso, son casi siempre los más ricos y adelantados; y las regiones donde se ha difundido en su forma más aguda el renunciamiento y el abandono, son fatalmente las más atrasadas y pobres. Lejos de alzarnos, pues, contra la ambición, admitimos que conviene alentarla y difundirla por todos los medios.

En la primera de sus formas sobre todo. La ambición de la gloria fortifica y agiganta lo mejor que llevamos dentro. Podrá, como todas la grandes fuerzas, suscitar errores y hasta producir catástrofes, pero es el móvil altruista que ha dado lugar á los heroísmos, las generosidades y los

gestos más sublimes. La tentación de la celebridad, el anhelo á la estatua, levantan al hombre y le sugieren la idea de sacrificarse en beneficio de sus conciudadanos. Se me dirá que entra en esta generosidad una buena dosis de egoísmo. Pero aquí cabe declarar que el egoísmo, como todas las pasiones, es maloó noble según el uso que hacemos de él. Y el hecho de ponerlo en juego para conseguir sanciones honoríficas lejanas acordadas por los mismos á quienes se trata de favorecer, marca ya una etapa altísima, superinmaterial, de la ambición del hombre. Cuando todos sepan alzarse á tanta altura, el mundo será casi perfecto. Y como una honrosa distinción concedida á todos no honra ni distingue á ninguno, no será difícil eliminar al fin el último germen malo y hacer que los hombres sean altruistas sin ningún interés, como el sol es ardiente y como el agua es húmeda.

En cuanto á la ambición de bienestar, salta á los ojos que acabará por desaparecer á medida que la ambición de gloria se fortifique y difunda. Claro está que si en una sociedad individualista en que cada uno vela por sí y en la que nadie puede esperar nada de los demás tiene que existir el deseo inmediato de ganar dinero para procurarse con él determinadas satisfacciones personales, en un mundo solidario y armónico donde cada cual dispone de lo necesario y donde todos trabajan para cada uno y cada uno para

todos, esa tendencia carecerá de razón de ser.

Aquí conviene advertir que el mecanismo interior de esta forma subalterna de ambición es el mismo de la otra : hacer un favor á todos para obtener en cambio un beneficio personal. Los que se ocupan del bienestar ajeno construyendo edificios, creando empresas de transportes y embelleciendo ó facilitando la vida con el fin de procurarse la felicidad personal ó su llave sagrada, la riqueza, accionan los mismos resortes que los que enuncian doctrinas libertadoras, difunden el bien y trabajan en favor del engrandecimiento del conjunto con la esperanza de alcanzar las consagraciones de la historia. Es verdad que en el primer caso se recibe más de lo que se dá y en el segundo se dá más de lo que se recibe. Pero el esqueleto es idéntico como armazón, aunque los resultados y los móviles, — pequeños aquí y allí grandiosos,—difieran completamente en definitiva.

Los que condenan la estrechez relativa de estos móviles olvidan que de una religión, de una sociedad y de una escuela basadas sobre las recompensas y los castigos no ha podido nacer desgraciadamente una mentalidad más alta.

*
* *

Sentadas estas bases, cabe encarar la ambición (como hemos visto á propósito del egoísmo) según

el uso que hacemos de ella. Porque se puede decir en general que no hay pasiones buenas ni malas. Lo que las clasifica es casi siempre la aplicación que les damos.

Ambicionar el poder, la popularidad y la gloria en cambio del bien que hacemos ó con el fin de lograr realizar más completamente ese bien, no es lo mismo que ambicionar la gloria, la popularidad, etc., sin mayores preocupaciones altruistas, por las simples satisfacciones pecuniarias ó de amor propio que nos procuran.

Los que proceden de esta última manera han debido equivocarse al elegir. Estaban preparados para la ambición de bienestar y se colaron aturdidamente en el esquife de la ambición de gloria. De ahí su inquietud y su prisa por alcanzar el premio antes de haberlo merecido, y de ahí el espíritu de su obra utilitaria que desmiente el necesario altruismo del orden de ideas en que están empeñados.

Es verdad que otros se equivocan á la inversa. Preparados por su carácter y su empuje para la ambición de gloria, escogen, urgidos por circunstancias momentáneas, el camino de la ambición de bienestar. Pero ciertas particularidades no se desmienten. Y en medio de la lucha en favor de la prosperidad personal dejan ver siempre su verdadera tendencia superior. Barnum fué un ejemplo en favor de lo que decimos. La fortuna

relativamente pequeña que dejó al morir no está en proporción con la popularidad mundial que supo crearse. Resulta evidente que su inventiva, su genio aventurero y su audacia le destinaban para otra cosa...

Ambicionar la gloria no es encaramarse, no es tratar de obtener en el menor tiempo posible el mayor número de ventajas pasajeras, no es pretender superioridades y preeminencias efímeras. Ambicionar la gloria es ser mejor que lo que nos circunda. Los que confunden el éxito con la inmortalidad están destinados á desaparecer de la memoria de los hombres, después de una minúscula celebridad momentánea. Porque la gloria no se acumula pacientemente con destrezas personales y con egoísmos superpuestos, dado que no es una cosa material y tangible, sino una resultante de nuestra conducta, una proyección de nuestro altruísmo, un reflejo parlante de nuestras altas gesticulaciones. Los ilusos que sólo ven el efecto sin comprender la causa que lo determina y se empeñan en provocar artificialmente algo que se asemeje á él, se lanzan á la conquista de un imposible. Sólo el desinterés, la largueza, la generosidad creadora y bienhechora de los hombres puede levantar, á mayor ó menor distancia, los remolinos de admiración y de aplauso que anuncian la llegada de la celebridad.

Por eso es que en estas épocas en que la pasión

se va depurando hasta transformarse, de egoísta que fué al principio, en algo útil y benéfico para todo el género humano, debemos tener la ambición de « hacer » y no la de « obtener ». Lejos de obstinarnos en « conseguir », empleemos todo nuestro vigor en « crear ». Tratemos de dar más de lo que recibimos y no de recibir más de lo que damos, que cuanto mayor sea la desproporción altruista, mayor será el triunfo final. Y si somos verdaderamente ambiciosos, pugnemos por ser completamente desinteresados.

*
* *

Los políticos que han servido de pretexto á esta ligera disertación no lo han pensado así. Tal vez imaginan realizar actos útiles para todos. Pero las realidades están contra ellos. Y se transparenta que la preocupación que los empuja no es la de la justicia y la verdad.

Claro está que no hacemos alusión á las abstracciones líricas y tradicionales. Bien sabemos que la justicia y la verdad no son á menudo más que la expresión de las conveniencias, del egoísmo natural y del deseo de seguridad de las colectividades. Pero como el fin de la vida del hombre no puede ser otro, mientras no descubramos nuevas ignotas perspectivas, que el engrandecimiento y la perdurabilidad del conjunto, ese egoísmo su

perior es el más benéfico y el más digno de encomio.

Ya hemos dicho que limitarse á perseguir el bien personal, es prolongar moralmente un estado primitivo; y que fundir los propios intereses con los de la especie á que pertenecemos, trabajando en pro de una felicidad colectiva, es alcanzar un estado más alto, preparatorio de nuevas y brillantes ascensiones.

Por eso los hombres que por su ilustración y sus cualidades dirigen el ímpetu ó presiden los gestos de nuestras modernas democracias, no deben confundir nunca la justicia y la verdad, que son los intereses comunes, con el deseo y la avidez, que son los intereses particulares. El jornal de gloria que reciben en cambio del bien que realizan debe bastar para recompensar el esfuerzo.

Porque, á menos de que necesitemos todavía del rigor como las bestias y nos sintamos incapaces de ser buenos sin la amenaza infernal y el látigo religioso, tenemos que adivinar, en esta etapa superior, innegables concordancias entre la felicidad universal y la nuestra. La ambición debe tender á aumentar el bienestar y la alegría de la especie, mediante sacrificios momentáneos y triunfos sobre sí mismo que nos serán pagados al fin en calderilla de gloria.

CONVERSACIONES Y VISITAS

I

Jean Finot

En la redacción de *La Revue*, de 2 á 3. La sala está atestada de visitantes que esperan el momento de ser recibidos.

Hay allí profesionales de cabello largo y corbata Lavallière, mujeres flacas con traje negro y *bandeaux*, principiantes nerviosos que releen su manuscrito antes de presentarlo, y hombres distraídos que examinan la biblioteca ajenos á lo que les circunda.

Se abre una cortina y aparece la cara jovial y afectuosa de Charles Simond.

Me hace pasar y me ofrece un asiento.

— Satané tourbillon, — me dice á guisa de saludo, — nous savons tout ; vous avez apporté le désordre dans votre pays, on vous a mis en prison, vous vous êtes sauvé, et vous voilà de nouveau parmi nous. Bon sang d'espagnol. Serrez-moi la main et racontez-moi tout ça !

Joven á los sesenta años, después de haber publicado una deliciosa historia de París, que está en todas las bibliotecas, Charles Simond es un conversador agradable y docto.

Pero un criado avisa que Jean Finot me espera, y como los minutos del director están contados, me apresuro á seguirle por el corredor alfombrado de rojo.

Una cabeza expresiva, con dos ojos de una vivacidad sorprendente ; una fisonomía sagaz de vencedor indómito que ha sabido subyugar las cosas; una boca que habla con el silencio, que expresa millares de matices en un minuto, que lo prevé y que lo adivina todo; un talento fresco y macizo, que está acumulando una obra durable y nueva: tal es el director de la revista parisiense más interesante y más libre.

— Es natural, — me responde, — que esta cuestión de razas, que estoy tratando ahora con particular atención, les interese á ustedes en América, donde se puede decir que se ha fundido y se ha reconciliado la humanidad. En mi reciente polémica con el profesor Richet, he afirmado una vez más que no hay diferencias orgánicas imborrables entre los habitantes de los diferentes continentes. Viendo estas cosas de cerca, á la luz de la antropología, resulta infantil la superioridad que se atribuyen los europeos. Son dolicocéfalos con índice superior á 76, los hotentotes y los negros krus; los muchicongos y los bacongos alcanzan á 73 ; los achantis y los papuas de la Nueva Guinea tienen un índice cefálico de 74, ni más ni menos que los esquimales, los corsos y los portugueses.

La subdodicocefalia reúne bajo un mismo techo á los turcomanos, á los chinos del norte, á los belgas flamencos, á los fueguinos, á los sicilianos y á los vascos españoles. Los mesocéfalos son pueblos tan diversos como los bororos de la cuenca del Amazonas, los normandos, los provenzales, los franceses del departamento del norte y los indios Crou. Los habitantes del Lemosín ó del Perigord tienen igual índice cefálico que los nahuquea del Brasil y que los battas del lago Toba... Ya vé usted á qué quedan reducidas las superioridades de razas. En realidad, no hay razas propiamente dichas en Europa. ¿Dónde está la raza francesa? ¿Somos realmente galos? ¿Qué queda del núcleo primitivo? ¿Predominan, por lo menos, las distintivas de los abuelos? Los pueblos se han entremezclado, se han influenciado mutuamente y todo indica que nos encaminamos á una fusión más completa. Las naciones que presentarán más vigor en el porvenir serán aquellas que hayan reunido y asimilado más fragmentos diversos. Es necesario evitar en los países, como en las familias, la consanguinidad. De suerte que ustedes en América, lejos de lamentarse de la diversidad de razas, deben felicitarse por ello. Es una circunstancia que les asegura grandes probabilidades de triunfo.

Después hablamos de Buenos Aires.

— Me interesa mucho la Argentina — declara M. Finot — porque sé que hacen ustedes enormes

progresos. He visto algunos números de *La Nación* : es un gran diario que da una altísima idea del país.

Después de agradecer en nombre de la dirección el elogio del autor del *Roman de la race française*, nos despedimos, llevando la impresión más agradable. M. Finot, cuyos libros han sido traducidos al español, al inglés y á casi todas las lenguas, es uno de los raros franceses que hablan de nuestros asuntos sudamericanos con una preparación indiscutible.

A la salida estrecho la mano á Edouard de Morsier cuyos notables estudios sobre literatura extranjera tienen que ser familiares á mis lectores.

— Bonsoir...

— A bientôt...

Y me parece que aquel hombre jóven que prosigue su carrera con tanto talento como voluntad me deja un poco de su energia entre los dedos.

II

Camille Mauclair

Una de las figuras más simpáticas de las letras parisienses es sin disputa el autor de las *Idées Vivantes*.

Cuando un crítico de vastos ideales, de ilustración segura y de serena audacia surge en medio del acatamiento común armado de su franqueza brusca y de una concepción personal del arte, se puede decir que nueva modalidad se diseña, que ignotos moldes se forman y que detrás de la penumbra gris aparece algo hermoso y desconocido. Aunque no traiga una originalidad en los labios, el que ataca lo existente da nacimiento, aún sin quererlo, á un nuevo ideal. Porque las posibilidades de ideas, lo desconocido de pensamiento es tan infinito, que siempre hay detrás de lo que parece concluyente nuevas zonas inexploradas que ocultan á su vez otras y otras y que parecen saltar sucesivamente á la luz, al conjuro del gesto destructor. La humanidad ha vivido desgarrando los círculos concéntricos de papel que le imponían sus limitaciones. Cada uno de ellos le ha parecido el último... Pero un investigador, mo-

desto ó inmortal, ha venido siempre á horadar con un alfiler ó á barrer con un gesto la decoración vetusta. Y al comprometer ó aniquilar lo que juzgaba absurdo ha dejado inducir ó ha revelado lo que debía venir después.

Mauclair marca en la crítica un esfuerzo tan revolucionario, y por lo mismo tan fecundo, que casi se puede decir de él que es un revelador.

Por eso me sobrecogió, al llamar á la puerta de su pequeño chaletde San Leu Taverny, cierto respeto amistoso. Yo había visto ya á Mauclair otra vez, en mi casa, algunos días antes, cuando se presentó inesperada y democráticamente, después de un cambio de cartas en que nos dijimos, yo mi admiración, y él su afecto. Pero otra cosa era encontrarse con él en su retiro, en su ambiente, en su laboratorio. De aquella vivienda clara y sonriente, semi-oculta entre los árboles, se desprendía un misterio evocador. En el silencio y la inmovilidad de las perspectivas, bajo el cielo sin nubes, parecía errar algo sutil y obsesionante... Los instantes de espera despertaron en mí no sé qué inquietud ansiosa que me atenaceó los nervios... Pero una voz amiga me interpeló desde el jardín y una cara sonriente surgió de pronto entre el follaje...

Imaginaos una melena peinada y una barba rubia, iluminadas por dos ojos llenos de azul, de resolución y de franqueza, y tendréis la primera

impresión del jóven maestro. Alto, robusto, con cierta timidez insegura en la expresión, Mauclair sonríe amenudo y no pontifica jamás. A los treinta y tres años es una figura importante dentro de la literatura francesa, pero no parece apercibirse de ello. Interroga, discurre, duda y se abandona como lo haría un principiante. Sólo en la firmeza de ciertas afirmaciones y en el rayo de sol de la mirada denuncia á veces el convencimiento que tiene de su valer.

Así que estuvimos en su gabinete de trabajo me ofreció un cigarrillo y se desató la conversación.

— No es una interviú, — le dije, — apenas deseo una pequeña impresión, una silueta. ¿Cómo dió usted los primeros pasos en la literatura?

Mauclair sonrió con modestia y se resignó á hablar.

— Nací en París el 29 de noviembre de 1872, — me dijo, — y mi historia es la de todos los jóvenes que se lanzan á la conquista de la gran ciudad. Mis primeros maestros fueron Mallarmé y Maurice Barrés. En música Schumann. En pintura los impresionistas, con quienes fuí educado... En 1891, comencé á colaborar en las revistas. Primero en la *Revue Indépendante*; después en la *Revue Blanche*, en la *Revue Bleue*, en el *Mercure*, la *Renaissance*, la *Universelle* y en todas las otras.

En 1893, publiqué *Eleusis*, conversaciones sobre

la vida interior; en 1894, mis poemas, *Sonatines d'Automne;* en 1895, una novela fantástica, *Couronne de clarté;* en 1896, un ensayo sobre Jules Laforgue y una colección de cuentos, *Les clefs d'or;* y por fin, en 1897, mi primer gran éxito, *L'Orient vierge*, novela épica del año 2000... Después han aparecido, con alternativas de trabajo febril y de descanso, mis tres novelas modernas: *Le soleil des morts*, *L'ennemie des rêves* y *Les mères sociales*, un drama en cuatro actos, *Le génie est un crime*, un tomo de critica, *L'art en silence* y mi libro sobre el impresionismo que se publicó primero en inglés y que recién fué traducido al francés dos años más tarde. Todo esto hasta llegar á 1904, que fué el año más sonriente.

En 1904, además de mi libro de crítica, *Les idées vivantes*, y de mi historia oriental, *Le poison des pierreries*, publiqué una colección de poemas, *Le sang parle*, un estudio sobre Fragonard, una decena de cuentos bajo el título de *Les Danaïdes*, una novela, *La Ville Lumière*, y un folleto de circunstancia, *Les camelots de la Pensée*. Este año ha aparecido un tomo sobre Rodin, un volúmen de crítica, *De Watteau à Whistler*, y un libro de cuentos: *Trois femmes de Flandre*. ¿Que más puedo decirle á usted? Que he dado en Bruselas, Amsterdam, Monte-Carlo, el Havre y París más de sesenta conferencias, que colaboro en las principales publicaciones del extranjero y que, revo-

lucionario y demócrata como el que más, estoy mezclado al movimiento renovador que metamorfoseará la vida. Mis críticas sociales de *l'Aurore* delimitaron mis ideales políticos. En mis cuentos del *Journal* y del *Gil Blas* he seguido insinuando las mismas esperanzas. Todo ello no ha sido obstáculo para que el gobierno me haya distinguido con la cinta de la Legión de honor. Es verdad que, en Francia, no hay exclusiones de partido, y conservamos, á pesar de todo, con la sonrisa, la amabilidad de Grecia.

Los pájaros piaban aturdidamente entre los árboles del jardín como si discutieran cosas imposibles.

— Pero ya hemos hablado demasiado de mí, — interrumpió Mauclair, levantándose, — vamos á admirar este cielo y estos panoramas... ¿No sabe usted, que desde mi balcón se vé la torre Eiffel?...

III

J.-Paul Boncour

Cuando regresé á París, después de mi último viaje á la Argentina, solicité una entrevista con M. Waldeck-Rousseau. El antiguo presidente del consejo de ministros, gravemente enfermo, no recibía más que á sus allegados. Sin embargo, conseguí que me fijara fecha.

Desgraciadamente el mal que le llevó después á la tumba le tenía sujeto á crisis inesperadas, y cuando me presenté en la rue de l'Université, el eminente hombre de estado había sufrido una recaída.

En el despacho sobrio y severo, atestado de libros y de expedientes, me recibió su secretario particular, M. J.-Paul Boncour, abogado distinguido y escritor de talento.

Me explicó lo que ocurría, me presentó sus excusas y quedamos en que aguardaríamos la curación del enfermo.

El desenlace es conocido.

Muerto M. Waldeck-Rousseau, Boncour recibió, por decirlo así, como legado, la reputación del gran hombre. El fué quien, en un célebre artículo

del *Fígaro*, puso las cosas en su lugar y defendió la memoria del ausente; él fué quien corrigió las pruebas del libro que quedaba en casa de Charpentier, *Politique française et étrangère;* y él fué quien hizo, en fin, la guardia alrededor de aquella « persona ausente » que, en las extrañas épocas de lucha porque atraviesa el país, quedaba librada á todos los caprichos y á todas las interpretaciones.

Una conferencia con Boncour resultaba, pues, interesante. Conversar con él, era casi evocar el espíritu de M. Waldeck-Rousseau. Mi amigo Saint-Georges de Bouhélier nos hizo fraterniza, una tarde y al día siguiente, á las 6, en torno de una lámpara verde que esparcía su claridad discreta sobre la cuidada mesa, donde todas las cosas estaban en su sitio, conversamos amistosamente sobre lo que convenía saber.

Contra todas mis suposiciones, Boncour resultó un hombre sobrio, preciso, más enamorado de la verdad que de sus simpatías.

Empezó por declararme que M. Waldeck-Rousseau no era, ni con mucho, un avanzado. Si abrió la puerta á las reformas, fué porque « sintió » que era imposible hacer de otro modo. Su carácter y sus preferencias le llevaban más bien á mantener lo existente. Había nacido conservador, pero había nacido también clarovidente. Y allí donde otros se entregaban al instinto de ro-

sistir, él comprendió que urgía aflojar la rienda. ¿Que erró en sus previsiones? ¿Que desencadenó un movimiento que no pudo gobernar después? Es muy difícil pronunciarse á tan poca distancia. Además, ¿fueron los partidos avanzados, ó fué su enfermedad la que le venció? Si el gran hombre de estado hubiera podido disponer de todos sus recursos y hacer frente á la lucha, ¿continuaría el desbordamiento? M. Boncour piensa que no. Y aunque personalmente es partidario, como casi todos los jóvenes, de la audacia política y de las reformas completas, cree que, de haber vivido M. Waldeck-Rousseau, ni se mantiene M. Combes en el poder, ni triunfa, en la forma en que se presenta ahora, el impuesto sobre la renta.

Yo he escuchado á M. Boncour, pensando en la movible y versátil incertidumbre de los acontecimientos. ¿Cómo saber lo que hubiera ocurrido, cuando apenas podemos precisar y extraer las lecciones de lo que ocurre? Rehacer la historia, es entrar en lo desconocido con una linterna de suposiciones.

IV

L.-Xavier de Ricard

Como hijo de uno de los edecanes del príncipe Jerónimo Bonaparte, M. L.-Xavier de Ricard estaba en excepcionales condiciones para escribir esa *Histoire mondaine du second Empire* que acaba de aparecer y que es hoy el libro á la moda. Más que la historia, son los entretelones de la historia. Hay bocetos admirablemente delineados, como el de M. de Morny ; está la explicación de ciertas intrigas, y hay, sobre todo, mucho « ambiente », que es lo que encanta en estos libros. El éxito me sugirió la idea de pedir á Xavier de Ricard una entrevista.

Pero la casualidad se encarga á veces de simplificar las cosas. Cuando yo tomaba la pluma para escribirle, Ricard entraba en mi despacho. La entrevista se tornó en charla amistosa y hasta el asunto cambió, porque la razón de su visita era más importante que las andanzas de la emperatriz Eugenia.

— Yo soy, como usted sabe, — me dijo, — un sectario de la idea latina. Desde hace diez años vengo haciendo propaganda en favor de una

coordinación, de un acercamiento entre los diferentes pueblos de ese origen. Las naciones de América me interesan sobre todo, porque, como más jóvenes, son más accesibles á las ideas generosas. Quizá sean los latinos del Nuevo Mundo los que den á los del antiguo el ejemplo de la unión.

Y me habló de un importante proyecto de propaganda gradual y creciente, que expondría con las objeciones que despierta, si no temiera falsear la índole de esta obra.

— Ante todo — le dije — sería necesario fundar una gran revista en París, una revista que resultase el centro de irradiación de la concordia y la fraternidad en America, y que fuese el primer órgano autorizado de la inevitable confederación... No ha de faltar un gobierno clarovidente que, bajo el peligro del norte, comprendiendo la importancia que tendría esa publicación mensual, la haga posible mediante una ayuda eficaz.

— El optimismo es el talón de Aquiles de los poetas — murmuró Ricard, irónico.

Pero Ricard es, en secreto, tan optimista como yo ; y es seguro que también cree en el milagro.

El porvenir dirá.

V

Jean de la Hire

Cuando los periódicos anunciaron las *Mémoires d'un Don Juan*, Jean de la Hire era ya una personalidad importante dentro de la jóven literatura parisiense, pero no había conquistado aún la aureola popular y los aplausos de los maestros. De ese libro data su celebridad y su fuerza definitiva.

¿ Recordais la *Fisiología del matrimonio* de Balzac? Jean de la Hire ha hecho la disección del donjuanismo con una maestría que sólo puede ser comparada á la del autor de la *Cousine Bette*.

La obra sin dejar de ser una novela, es también y sobre todo un estudio amable y profundísimo de esa modalidad vanidosa del carácter que lleva á ciertos hombres á pretender imitar hoy, sin la excusa del medio, las travesuras trágicas del héroe de Zorilla. Nadie ignora que nuestras ciudades están repletas de jactanciosos bobalicones untados de literatura y desprovistos de escrúpulos, cuya única actividad consiste en exhibir buenas fortunas. Sonrientes, egoistas, orgullosos y vulgares, obstruyen las avenidas y los paseos, implo-

rando la limosna de una mirada, husmeando en derredor, y llevando la vanidad pueril hasta el punto de caminar varios kilómetros detrás de una mujer que no los mira con el único fin de hacer creer á los que pasan en la posibilidad de un secreto. Los salones y la atmósfera propicia de los saraos y los *dîners en ville*, han cultivado también extrañamente esta degeneración lamentable, convirtiendo en. epidemia á la moda lo que en los comienzos sólo fué una excepción y una originalidad. Desde el fátuo elegante que se deja cortejar como una dama, hasta el tonto bestial que ultraja en la calle á las señoras, hay cien matices igualmente absurdos de la misma clase de locura. Porque no se puede calificar de otro modo esa megalomanía sentimental que primero unilateraliza y luego anula el valor social de los hombres, confinándolos en un orgullo subalterno que dura lo que dura un espejismo juvenil.

Jean de la Hire ha visto todo esto, lo ha sentido, lo ha vivido casi (porque sólo podemos avalorar y condenar con fundamento lo que personalmente hemos ensayado) y seguro de su razón, dueño de su equilibrio, lo ha analizado brillantemente en uu volúmen que es leal representación de una de las peores enfermedades de la época.

—No vengo á arrancarle á usted una confesión' — le dije al entrar, — bien sé que los escritores abandonan gustosamente á los políticos los place-

res hipotéticos de la oficiosa información. Pero una charla familiar sobre literatura en estos momentos en que tanto se discuten las nuevas tendencias puede ser muy bien una manera de escribir un artículo sin tomar la pluma. ¿Quiere usted darme su opinión sobre el movimiento actual?

Jean de la Hire sonrió con malicia detrás de los lentes.

— ¿Sobre el movimiento actual? — repitió, como si le costara decidirse...

Viendo que yo confirmaba con un gesto, apoyó los codos en la mesa de trabajo, juntó los dedos finos á la altura de la boca, y comenzó, sonriendo, sus frases breves.

— Como soy un meridional y un sensitivo, amo la naturaleza, la púrpura, las corridas de toros y los países exóticos. Los artistas fríos y ensimismados, artificiosos y *poseurs*, no me han interesado nunca. Me encanta la audacia, la fuerza, el ímpetu de lo que respira realmente. ¿Que soy « plebeyo » para algunos? Bien está. La plebe es el fondo de reserva de la vida, el orígen de toda obra, el depósito de porvenir. Ser plebeyo es ser sólido y ser ingenuo... Sin contar con que á igual distancia de la vulgaridad y del preciosismo hay un terreno altamente humano y humanamente ideal que es el que conviene al escritor. No existe arte fuera de la vida, todo lo que existe en la vida no es arte, y el que maneja una pluma tiene que

establecer cierto equilibrio para llevar á cabo su obra de poner en contacto á la humanidad con todos los sueños y todas las razones. Mi psicología del donjuanismo no es una obra llena de arabescos inverosímiles y de inútiles rebuscamientos de expresión y de intriga, sinó un pequeño esfuerzo de observación sincera. A eso debe tender hoy, á mi juicio, la literatura. Basta de engaños y de mistificaciones. El artista no es más que un hombre que vé y que siente los conflictos y las perplejidades de sus contemporáneos. Las escuelas extravagantes que malograron hasta 1890 el esfuerzo de tantos jóvenes, han pasado definitivamente á la historia y sólo quedan ahora algunos rezagados que si persisten en su paradoja lo hacen, más que por convicción, porque se han internado tanto en la sombra que les es imposible volver atrás. Alzada su personalidad relativa en, con, por, y sobre un error, todo indica que á pesar de las claras evidencias tienen que obstinarse en éste, dado que de no obrar asi se adelantarían á su caída. La literatura natural recupera el terreno que había perdido. Y todo anuncia que los escritores de mañana sabrán cultivar su ensueño sin desdeñar la vida.

Jean de la Hire conversa con una fluidez encantadora, sin saltos bruscos, sin impaciencias, sin vacilaciones, como si recitara un cuento sencillo y delicado. Mientras él hablaba yo rememoraba la carrera rápida de ese afortunado meridional

que llegó á París y se impuso en poco tiempo, como si trajera en la frase la eficacia imperiosa del sol. Su gesticulación al propio tiempo abundante y sobria, su palabra cautivante, su sonrisa afectuosa y el reflejo irónico de sus vivaces ojos emboscados detrás de los lentes, debieron prestarle muy poderosa ayuda. Pero esas prendas exteriores no bastaban. Para romper la muralla de silencio y posesionarse de la celebridad fué necesario el talento indiscutible que todos le reconocen hoy al fin. Porque entre los hombres de las generaciones nuevas, entre los que tienen al rededor de treinta años, muy pocos han alcanzado un éxito como el autor de *Mémoires d'un don Juan.*

Cuando poco antes de despedirme le hablé de la *enquête* que hice en Francia para LA NACIÓN sobre las nuevas tendencias de la literatura, Jean de la Hire me felicitó, y al excusarse por su silencio tuvo una frase admirable.

— Lo que me asombra, — me dijo, — es el interés con que siguen ustedes en ciertas regiones de la América del Sud el movimiento intelectual de Europa y sobre todo el de París. Tienen ustedes tales aptitu desde asimilación y se apasionan de tal suerte por nuestra vida que saben nuestras cosas mejor que nosotros mismos. *Je vois venir le moment où les Parisiens, pour se documenter sur Paris, devront se rendre en Amérique.*



IDEAS Y HOMBRES

Las Razones del « Arte Social »

La literatura no reside exclusivamente en la forma, como la pintura no reside en el *métier*, ni la música en la destreza sutil que pueda tener el compositor para utilizar sus estudios de armonía. Cincelar frases, describir sensaciones y bosquejar conflictos con el único fin de « hacer belleza », es como acumular en un cuadro una confusión de brazos perfectos, de caras expresivas y de trozos impecables que no corresponden á ninguna figura ó grupo. Toda obra tiene un principio, un fin y un propósito. Claro está que no nos referimos á la hojarasca de los *ensayos*, *esbozos y apuntes* que son como el « ya ven ustedes lo que yo podría hacer si quisiera » de los que están convencidos de no saber hacer nada. Hablamos de las obras de aquellos que tienen algo que decir y lo dicen completamente. Nadie escribe por el placer de alinear palabras y colocar imágenes. A menos de caer en la incoherencia, el autor no puede menos que llevar siempre un hilo central, un propósito definido, una finalidad prevista. De suerte que los mismos que se declaran fanáticos del arte

por el arte, empiezan por desmentir fatalmente y desde los comienzos la rigidez de su doctrina.

Bien sé que el hecho de combinar fríamente los episodios de un argumento novelesco no implica dar una tendencia al capítulo ni imponer un rumbo filosófico á la obra. Pero esta primera concesión hecha á la razón, ¿no es acaso un mentís que se dan á sí mismos los que proclaman que nada quieren saber con ella?

Además, es imposible escribir sin que lo que escribimos llegue á influenciar, directa ó indirectamente, el espíritu del lector. Todos los escritores que predican la excelsitud del arte retórico y aristocrático sin mezcla de inquietud contemporánea, han hecho, sin desearlo quizá, obras que son en cierto modo una propaganda en favor de determinada modalidad de vida. ¿Qué resulta *Aphrodite*, de Pierre Loüys, sino una incitación á los placeres y un ataque, involuntario, pero vigoroso, contra todas las restricciones religiosas, sociales ó filosóficas que levanta contra la lujuria, la prudencia y el espíritu de conservación de las sociedades? ¿Qué son en su esencia los versos melancólicos de Verlaine, sino himnos á la confusión interior, á la pereza volitiva, á la incertidumbre enferma y á las cobardías del hombre ante la naturaleza y ante sí mismo? ¿Qué dejan en el espíritu del lector las novelas ultramodernas

de Jean Lorrain, sino un fermento de curiosidad venenosa, una inquietud perversa y un deseo agudo de codearse con todas las desviaciones de la ansiedad sexual? Y si el arte es arte puro cuando difunde estas ideas disolventes y guía á las multitudes por el camino de las negaciones, ¿por qué ha de trocarse bruscamente en arte didáctico y deleznable así que, más viril, abre nuevos horizontes de esperanza ante los espíritus y empuja á los hombres hacia la justicia?

Tan sectario y partidario resulta, en último caso, lo uno como lo otro; y no habiendo razón para que la novela que ataca el matrimonio civil sea considerada como arte superior, y la que lo justifica como arte ínfimo, no hay razón tampoco para poner escarapela á la belleza y decretar que sólo la sirven los que se desinteresan del progreso y se obstinan en mantener el actual estado de cosas.

Sería monstruoso establecer que el arte debe callar y someterse á los intereses que dominan en cada momento histórico, cuando todo nos prueba que desde los orígenes sólo se ha alimentado de rebeldías y anticipaciones. Su espíritu descontento, lastimado por la mediocridad, se ha refugiado siempre en las imaginaciones para el porvenir. De suerte que querer convertirlo, con pretexto de prescindencia, en lacayo atado al triunfo transitorio de determinada clase social,

es poner un águila al servicio de una tortuga y desmentir la tradición gloriosa de la literatura de todos los tiempos.

*
* *

— No sois poetas, sois propagandistas — nos dicen los partidarios del arte por el arte, pretendiendo hacer alusión á la independencia de razonamiento con que hablamos de una humanidad reconciliada al calor de la justicia.

— Y vosotros, ¿qué sois — podríamos preguntarles á nuestra vez — sino propagandistas también y mantenedores celosos del error vetusto que perdura? Vuestra indiferencia hecha de temor á lo desconocido, de pusilanimidad ante las ideas y de resignada costumbre no es, en definitiva, más que una complicidad que unifica vuestro espíritu con el de los grupos que dominan. La mejor prueba es que, así que apunta una oportunidad, prorrumpís en himnos, homenajes y epitalamios á los poderosos, marcando de este modo vuestra adhesión á lo que ellos representan. Vais á la zaga de lo que os jactáis de mirar con desprecio. Y las declamaciones puramente teóricas que formulais en momentos de malhumor contra la vulgaridad del mundo en que vivís no son más que confirmaciones de vuestro estrecho pırentesco con él; porque, si en realidad os molesta esa mentaad

vulgaridad, ¿qué es lo que os impide luchar por modificarla? ¿O sois acaso como esas doncellas temerosas que lloran porque se han advertido una pulga, sin atreverse á quitársela de encima?...

Pero interrumpamos estos diálogos familiares y aproximativos que podrían dejar suponer una animosidad que no tengo.

De acuerdo con mis convicciones, condeno el artificialismo y la *pose* de los « exquisitos ». A mi juicio, lo primero que el escritor debe á los que le leen es la sinceridad. Tratar de seducir al público con actitudes y con frases que contradicen el pensamiento es tan poco honrado como vender una droga por otra ó pagar una deuda con un billete falso.

Sin embargo, reconozco que algunos de los que hoy defienden la doctrina del arte por el arte lo hacen cediendo á espejismos de su idiosincrasia. La falta de combatividad, cierta tendencia femenina á no advertir más que los detalles de las cosas, una enojosa localización de lecturas, y la ausencia de bases sólidas, de concepciones generales y de sistema en la educación, les han impuesto cierta incertidumbre, cierta resignación ante lo establecido y cierta falta de confianza en el poder renovador del hombre. Hacen arte como los pájaros gorjean á través de los hilos de oro de la jaula; y no se sabe (no lo saben ellos mismos) si cantan porque son felices ó si cantan

porque sufren, como no saben tampoco la manera de salir de su encierro, ni la explicación de las cosas que les rodean.

Esa insuficiencia que les coloca en una situación secundaria y transforma en instrumentos á los que debieran ser instrumentistas, ha dado nacimiento en ciertos círculos al prejuicio oprobioso de que los poetas y los escritores son hombres incompletos, fragmentariamente bien dotados, mancos y cojos de la inteligencia, niños grandes que hacen maravillas con la pluma, pero que, en conjunto y personalmente, resultan inferiores á los demás hombres. Claro está que si se recuerda el esfuerzo intelectual de la especie desde los orígenes y si se recorre con el pensamiento la cadena de cimas que va desde Homero hasta Zola, pasando por Dante, Tasso, Milton, Cervantes, Shakespeare, Goethe y Víctor Hugo, la opinión pueril de que acabamos de hablar se derrumba por su propio peso. Pero el horizonte de la literatura está obstruído casi siempre para los ojos de la mayoría por un enjambre de reputaciones locales y momentáneas que viven lo que dura una paradoja y que usurpan durante su paso fugaz el pedestal que merecen los grandes precursores y á veces algunos contemporáneos. De ahí la tendencia de las colectividades á juzgar la divina misión del escritor por los defectos de los ejemplares subalternos que tienen en torno suyo, trans-

formando lo que es insuficiencia incidental de los individuos en requisito indispensable para formar parte del conjunto. Contra ese modo de ver trata de reaccionar hoy en América una juventud atrevida que sólo busca inspiraciones en su sinceridad orientada á los cuatro puntos cardinales.

Todo verdadero escritor es una montaña. Desde su cumbre, coronada con sol y abofeteada por los vientos, se ve, se oye y se domina todo. Su obra refleja el borbotar de una generación, de una época y de una humanidad, con todas sus pasiones, sus iras y sus ternuras, enroscadas alrededor de un ideal vasto capaz de fascinar y retener á los hombres. Los que se refugian en detalles, en destrezas de estilo y en rarezas enfermizas son como los que, no pudiendo entrar al teatro, se contentan con sentarse á la puerta del mismo. Pero el Escritor (con mayúscula) ha sido siempre una sensibilidad infinita colocada en el vértice de los conflictos de su tiempo, y su obra una enciclopedia de las ideas del siglo en que fué concebida. Por eso es que, sin cobardías y sin jactancias, debemos tener los jóvenes la temeridad y la altivez de ensayar nuestras fuerzas antes de declararnos vencidos. Si la obra resulta superior á los músculos de que disponemos para realizarla, cumple á nuestra lealtad confesarlo, sin tratar de disimular la impotencia con paradojas. Si triunfamos del imposible, nuestro grito de alegría marcará una nueva victoria

del hombre. Pero en ningún caso debemos ceder á la tentación pueril de desdeñar lo que no alcanzamos ó de marcar con nuestra debilidad un límite á la fuerza de los otros.

*
* *

Uno de los pocos escritores sudamericanos que creen aún en la reliquia del arte por el arte me escribía, en serio, hace algunos meses:

« Antes que todo, soy un artista orgulloso de la sensibilidad que me concede un derecho divino sobre una multitud de seres provistos de nervios bastos. Para mí el arte y la democracia se excluyen. El arte es una bella inutilidad, y al combatir se deforma. El arte es un lujo de la naturaleza, como las rosas y los crepúsculos. Sólo los aristócratas pueden comprender la belleza de las unas y de los otros. Los pensadores fríos son los que deben defender teorías, pertenecer á agrupaciones, formar ligas, afiliarse á partidos y promover revoluciones. Los artistas, si queremos ir á esas luchas, no debemos ir como artistas. El artista tiene que ser libre. La vida, tal y como es, es excelente. No urge mejorarla. Hay que tomarla como un espectáculo interesante. Todo — bueno y malo, bello y feo, — es motivo de nuestra hambrienta curiosidad. Seamos epicúreos. »

Nuestra generación, que ha acabado en América

con el reinado de la improvisación y ha comenzado ante la plena vida una obra vasta, expuesta en volúmenes uniformes y disciplinados, no puede menos que sonreir ante estas anticuadas interpretaciones de lo que en la Francia de 1880 sirvió de excusa á la pereza orgullosa y al egoísmo subalterno de un grupo desprovisto de orientación y de voluntad.

Encarar la vida en forma de espectáculo interesante es tan imposible para el hombre como observar el planeta desde lejos, á la manera como observamos la luna. La tierra y la vida nos poseen. Formamos parte de su conjunto. Y si á veces logramos sobreponernos á ellas con la imaginación, por nuestros nervios y por nuestros sentidos les pertenecemos siempre. Para que la vida fuese un espectáculo tendríamos que ignorar el amor, la justicia, la ambición, la ternura, el miedo, el interés, la esperanza, el hambre y cuanto constituye la personalidad viviente... Pero el artista, lejos de ser una momia ó una estatua, es precisamente el producto de suprema sensibilidad nerviosa. Y esa sensibilidad sólo palpita accionada por lo que la circunda. De suerte que cuanto más nos hundimos en la vida y más luchamos, sufrimos y acumulamos sorpresas y sensaciones, tanto más bien dispuestos estamos para hacer obra de arte; y cuanto más nos alejamos de ella, tanto más nos empantanamos en ese convencionalismo esté-

ril que ha sembrado de fracasos el campo de la literatura. Si queremos convencernos de que la vida no es un espectáculo, basta recordar la obra de Musset, Petrarca, Byron, Becquer, Rudyard Kipling, Wells, Tolstoy, Gorki, Sudermann, Galdós, Blasco Ibáñez, France, Mirbeau y hasta Verlaine que escribió páginas tan íntimas como la canción inolvidable que preludia :

Les sanglots longs
des violons
de l'automne...

Porque lo más curioso es que los pocos simbolistas ó decadentes que han tenido talento (Verlaine, Moreas, Regnier, etc.) han desmentido casi siempre con sus obras las doctrinas de la escuela que parecían dirigir.

Por eso sorprenden las exageraciones de los retardatarios que en España y en América fingen desdeñar la vida y la humanidad para refugiarse dentro de cofres de ensueño escondidos en el corazón de las orquídeas. Hacen gala de un desequilibrio tan persistente, que parecen estar esperando que alguien se encare con ellos y les diga :

— ¡ Basta, señores, de Verlaine, de Moreas y de Mallarmé ! ¡ Demasiado nos han atormentado ustedes los oídos con esos nombres ! — Admiramos al primero, aplaudimos la brusca evolución del segundo y estimamos cuanto asoma de com-

prensible en el último. Pero estamos lejos de enamorarnos de un Olimpo donde no hay más que dioses menores. No pretendáis vendernos vuestras reminiscencias anticuadas por invención novísima. Bien sabemos todos que sólo podéis ensayar un remedo de lo que otros intentaron inútilmente en Francia hace veinte años. Basta de princesas imposibles, de instintos perversos, de lujurias estridentes y de originalidades de manicomio. Basta de fingimiento, basta de artificialismo, basta de teatro. Queremos aire, queremos luz, queremos naturaleza. Preferimos el vino generoso de nuestra radiosa Andalucía al ajenjo adulterado con que os envenenan desde París. Somos sanos, somos vigorosos, somos jóvenes y pretendemos vivir y crear normalmente, bajo la gloria del sol, entre el clamor de las asambleas oleosas, donde hace espuma la audacia y el ímpetu de la multitud, junto al hervidero de las verbenas alegres, en la soledad reconfortante de los trigales amarillos que son el oro imperecedero, bajo la atmósfera propicia de los salones, en la Cámara, en el Museo, en el café, en el arroyo, en todas partes menos en vuestros sótanos de pesadilla, porque somos verdaderos hombres y no muñecos, porque tenemos pasiones y no lecturas, y porque creemos, en fin, que la originalidad no es el resultado químico de una invención calculada, sino el producto espontáneo de una sinceridad inteligente. Id al diablo con vuestro

cubilete y vuestras pócimas. Los alquimistas son hoy un anacronismo, y todos los chiquillos malcriados emboscados detrás de la locura de Nietzche no conseguirán desviar la corriente que lleva á la humanidad hacia la justicia. Las malas pasiones no han engendrado ninguna obra imperecedera. Por otra parte, no hay aristocracia del talento. Lo que hay es aristocracia de Academia, y todos sabemos que de estas doctas asociaciones están casi siempre excluídos los que más valen. Vuestros pretendidos inventos no nos sorprenden, porque nos los sabemos de memoria. Dejadnos meditar en paz y volved á la naturaleza, que si no lo hacéis así, acabaremos por creer que sois unos majaderos...

Quien así hablara tendría evidentemente toda la razón de su parte, y, á pesar de la viveza de las expresiones, se quedaría corto... Pero evitemos los rigores, que si la razón desarma las resistencias, la agresividad las encona.

*
* *

— De manera — interrumpirá un lector impaciente — que la famosa teoría del arte social de que nos vienen hablando ustedes con tanta abundancia no es, en resumen, sino un ataque contra el difunto decadentismo.

— Los movimientos que se hacen *contra algo*

— contestaremos — no son más que efímeras rachas negativas. Nuestra juventud, hambrienta de acción, desdeña las tareas ingratas del sepulturero. Si en medio de la actividad creadora completamos la obra de los años y derribamos algunas ruinas, será porque ellas se oponen parcialmente á lo que queremos construir. Pero, desde el punto de vista literario como desde el punto de vista político, nuestro propósito no será nunca acumular escombros, sino levantar los más altos minaretes. No nos guía una hostilidad contra ninguna tendencia ó grupo. Lo que hacemos es barrer los errores pasados para que brille mejor la verdad.

El arte social no es una doctrina nueva, por varias razones :

1.ª, porque no hay nada nuevo bajo el sol;

2.ª, porque la belleza ha sido alcanzada por las generaciones que nos han precedido y, modestos herederos y continuadores como somos de esa gloria en el proceso de la evolución triunfante, no podemos caer en el erostratismo infantil de reducir el mundo á las proporciones de un guijarro para lograr cubrirlo con nuestra sombra;

3.ª, porque, en punto á literatura, después de treinta siglos de esfuerzo, sólo caben las selecciones y las rectificaciones,

y 4.ª, porque no hemos tratado de buscar lo que no se ha hecho todavía, sino de descubrir lo que se debe hacer.

Más que una flamante modalidad literaria es, pues, el arte social una reacción contra las desviaciones de los últimos tiempos, una vuelta hacia la normalidad y una tentativa para dignificar de nuevo la misión del escritor, que no debe ser un clown ó un equilibrista encargado de cosquillear la curiosidad ó de sacudir los nervios enfermos de los poderosos, sino un maestro encargado de desplegar bandera, abrir rumbo, erigirse en guía y llevar las multitudes hacia la altísima belleza que se confunde en los límites con la verdad. Porque ya hemos tenido oportunidad de decir que la verdad es belleza en acción y que las excelencias de la forma sólo alcanzan la pátina de eternidad cuando han sido puestas al servicio de una superioridad moral indiscutible. De suerte que los propósitos que nos guían (propósitos que han dado lugar á muchos comentarios é interpretaciones falsas) se pueden condensar sucintamente en pocas frases :

A. Alejar de la literatura á los enfermos y á los desequilibrados que la desprestigian y devolver al templo (que no puede ser refugio de histéricos, malhechores, desclasificados y vagos) su dignidad primera.

B. Restablecer el prestigio del escritor, dándole algo de la austeridad y del encanto profético que fué su aureola en la antigüedad.

C. Acabar con las especializaciones de los miniaturistas y suscitar en el poeta la visión vasta

que permite abarcar los conjuntos, haciendo del que escribe el unificador y el sintetizador supremo de las más diversas universalidades.

D. Fortificar los lazos que nos unen á nuestra generación y á la época en que vivimos; tratar de ser algo así como la voz de nuestro tiempo.

E. Cultivar la generosidad, la bondad, el espíritu de sacrificio y los instintos buenos, que serán en las épocas niveladoras que se anuncian la única superioridad posible.

Porque el escritor ha de ser como un ejemplar de lujo de la especie. En él deben acumularse las mejores excelencias, los arranques más puros, las delicadezas más sutiles, las más altas aspiraciones, los propósitos más universales, las indulgencias más altas. Es la síntesis del grado supremo de perfección que ha podido entrever el hombre en cada momento histórico. Es el héroe de su siglo, el personaje al propio tiempo familiar y fabuloso que representa las aspiraciones remotas de la raza y que, al abrigo de los odios y las miserias de los ejemplares incompletos que pululan en torno suyo, realiza su obra y cumple su misión con un poco de esa sencillez inconsciente de los iluminados. Ni deja de ser un hombre como los demás, ni se atribuye el menor mérito. Tiene conciencia de su valer y es superior precisamente porque no trata de establecer ninguna superioridad. Sabe que, así como el reino de Jesu-

cristo no era de esta tierra, sus consagraciones y sus recompensas no las debe alcanzar en vida. Y si es un gran sacrificado voluntario, es también un gigantesco obrero feliz que saborea el goce de su fuerza, el vértigo de su desinterés y el orgullo inconmensurable de su modestia.

A este conjunto de ideas, á esta orientación, á este estado de alma, le han dado algunos el nombre de «arte social», como pudieron darle otro nombre cualquiera. Pero el movimiento no es obra de una personalidad ni de un grupo de hombres. Como todas las cosas fuertes y durables, ha nacido anónimamente al conjuro de una necesidad colectiva. No es una receta para alcanzar inmortalidades momentáneas. No es una « actitud ». No es una práctica ocultista. Los que tengan necesidad de misterio y de maniobras de fakir, así como los que, incapaces de sinceridad interior, sólo buscan nuevas posturas artificiales, no deben venir con nosotros. No somos los pregoneros de una moda más ó menos fugaz, sino los defensores de la verdad sin adjetivos.

El movimiento intelectual en España

En el umbral del siglo XX, España se recogió un instante y meditó sobre su destino. Los últimos restos de su portentoso imperio colonial habían sido dispersados para siempre; una guerra desgraciada acababa de comprometer su prestigio ante el mundo; su industria, que vivía casi exclusivamente del monopolio impuesto á los países tributarios, había sufrido, con la pérdida de éstos, un golpe mortal; su situación interior se ensombrecía paulatinamente, el hambre golpeaba á las puertas, y de la andamiada portentosa de Carlos Quinto no quedaba más que un ejército capaz de todas las abnegaciones, pero desmoralizado por la derrota; un pueblo generoso y leal roído por indolencias y fanatismos, y un grupo tumultuoso de políticos elocuentes y bien intencionados desprovistos de orientación y devorados por la obsesión de mandar. Entonces hubo en España una sacudida brusca que recorrió el territorio y llevó á las conciencias el deseo violento de reaccionar contra los errores que habían originado tan hondos males. Fué como el supremo esfuerzo de un organismo amenazado que se niega á de-

clararse vencido y trata de devolver á sus músculos la flexibilidad y la audacia que antes tuvieron. De un extremo á otro del territorio se encendieron las iniciativas, se suscitaron corrientes y se trazaron planes de regeneración. Aparecieron diarios efímeros que se llamaron *Vida Nueva*, *Renacimiento,* etc. Se hubiera dicho que el país se conmovía para ponerse otra vez en marcha y que ante la derrota se despertaba el espíritu poderoso de la España de la Edad Media. Sin embargo, todas esas buenas disposiciones se marchitaron en poco tiempo, el ímpetu emprendedor se desvaneció y, ahogado por una organización anticuada, el país volvió á caer á pesar suyo, desde el punto de vista comercial, industrial y político, en el mismo sopor y en el mismo entorpecimiento de antes.

Pero de ese escalofrío nacional que removió tan fuertemente las voluntades y que de haber sido encauzado y dirigido por autoridades previsoras hubiera podido salvar quizá el porvenir, nació un movimiento intelectual muy vigoroso, cuyas manifestaciones vemos hoy.

Cuando descubrió que una de las causas principales de su derrota era el aislamiento en que la mantuvo su apego á la tradición, España hizo lo posible por abrir las puertas y por ponerse en contacto con la vida universal. Esta curiosidad brusca que se manifestó en todos los órdenes de la

actividad, se hizo sentir con particular energía en la literatura. El « españolismo », — que no era más que la terquedad absurda de los partidarios de la inmovilidad, empeñados en creer que el arte y el pensamiento de un país pueden desarrollarse sin intercambio y sin relación con los de los otros, — perdió en esta aventura sus últimas posiciones. Los escritores volvieron los ojos hacia las naciones que marchaban á la cabeza de la civilización y especialmente hacia Francia que tanto por sus audacias atrayentes como por su proximidad parecía la más indicada para servir de guia á esa evolución. Un torrente de savia nueva entró en el país é inundó los cerebros que antes se alimentaban con apotegmas clásicos. Las doctrinas más atrevidas y las ideas más avanzadas encontraron adeptos. En la precipitación por hallar las raíces de la novedad, se llegó hasta admitir como inmediatamente aplicable más de una conclusión prematura ó exagerada, dando así origen á un movimiento que sorprendería por su importancia si no supiéramos que el brusco despertar de la razón en las naciones que carecen de tradiciones de libertad provoca amenudo esos empujes apresurados y simplistas.

Cogida en este remolino, la literatura no pudo menos que abandonar los viejos moldes para tratar de ponerse de acuerdo con el momento histórico. La novela se modificó con el advenimiento de

Blasco Ibáñez, cuyo parentesco con Zola y con los Rosny es indiscutible. El teatro cobró con Dicenta y con Benavente una amplitud europea y un tono familiar desconocido hasta entonces. La poesía reanudó con Salvador Rueda la tradición simple y emotiva de los mejores tiempos. Y el campo de las letras dejó de pertenecer á los hombres anticuados que habían dominado hasta entonces en nombre del clasicismo más convencional.

Pero en la literatura tenía que ponerse de manifiesto la inexperiencia del conjunto que trataba de transformarse. El deseo inmoderado de la novedad llevó á algunos escritores jóvenes á imitar las excentricidades del grupo heterogéneo que en nombre de un simbolismo y de un decadentismo artificiciales había ejercido en Francia la dominación fugaz que todos recuerdan. Sin cuidarse de si la tentativa había tenido éxito ó no y sin inquirir si esas formas llamativas se llevaban aún, el tropel alborotado é impaciente se lanzó sin reflexión por el camino del de sequilibrio. El verso libre resonó en medio de la solemnidad de la poesía española. La teoría sobre el color de las vocales difundió el estupor entre las gentes sencillas. Tuvimos poetas empeñados en hacernos creer que eran satánicos, morfinómanos, etc. Pero esa novedad de desecho que ya no se llevaba en Francia desde hacía muchos años, sirvió quizá

para determinar una relativa emancipación del clasicismo.

En un país donde la pintura ha mantenido con tanto vigor la tradición profundamente humana de Velázquez, no podían tener arraigo esas superficialidades vanidosas y pasageras. Lo que importaba era romper con el estancamiento que atrofiaba la personalidad de los artistas y acabar con las prohibiciones de forma y de fondo que impedían el libre vuelo de las inteligencias. Así se realizaría, por lo menos en el orden intelectual, el resurgimiento nacido como una reacción de los reveces históricos.

*
* *

El pensamiento francés no era un recién llegado en España. Sin hablar de la influencia que desde el punto de vista político ha logrado ejercer desde 1789, — sobre la oposición, ya que no sobre el gobierno ; — basta recordar en el orden literario el movimiento naturalista y el libro notable que la señora Pardo Bazán dedicó á esa corriente, para comprender que la invasión moral lejos de ser improvisada tenía los precedentes más valiosos. Pero lo que la da un carácter particular y la convierte en punto de partida es el ímpetu incontrarrestable con que se impuso. Hasta entonces el calificativo de « afrancesado » aplicado á un es-

critor era sinónimo de anti-español. Quien había sido designado así, tenía que luchar mucho para hacer aceptar su prosa en los diarios ó en las revistas... Lo que caracteriza el instante de que venimos hablando es que las cosas cambian completamente y el « afrancesamiento » se difunde de tal modo que cesa de ser subversivo y pasa á constituir uno de los componentes de la intelectualidad nacional.

Planteadas así las cosas, examinemos los resultados obtenidos en los diversos géneros literarios.

La novela se ennoblece y evoluciona al punto de resultar la negación de lo que fué hasta fines del siglo XIX. Las dos formas que parecian inconmovibles, — la novela de costumbres hueca, sentimental, diluida en fraseología y el inverosímil folletín de aventuras, — desaparecen para dar paso á manifestaciones superiores que son la confirmación victoriosa de lo que ya habían empezado á realizar brillantemente aunque con cierta timidez de precursores el señor Perez Galdós y la señora Pardo Bazán.

Bajo la pluma de los recién venidos la novela cobra vigor y parece brotar del alma misma del pueblo. Blasco Ibáñez nos da una serie de obras intensas y realistas que reflejan las pasiones sociales del momento en grandes síntesis elocuentes como *la Bodega* y *El Intruso ;* Pío Baroja escarba en los bajos fondos de Madrid y nos revela el alma

perpleja y dolorosa de los hambrientos; Martinez Ruiz observa la vida parcimoniosa de provincia y escribe páginas deliciosas, llenas de delicadeza y de encanto; Francisco Acebal publica libros elocuentes y sobrios; Eduardo Zamacois nos da *Sobre el abismo*, que es una novela digna de ser leída con atención; Martinez Sierra refiere historias sentimentales y atrayentes; Valle Inclán cincela su prosa encantadora; Antonio Zozaya y José Nogales hacen gala en novelas, cuentos y artículos de una rara perspicacia para penetrar los pliegues del corazón; Emilio Bobadilla traza interesantes cuadros cosmopolitas; Trigo examina las sutilezas de la emoción, y otros más jóvenes estudian con entusiasmo la vida y la naturaleza dejándonos adivinar lo que hubiera sido el género en España sin el convencionalismo que en los comienzos lo momificó. Dos rasgos principales caracterizan la obra de este gran grupo moderno : la preocupación del estilo antes desmelenado y discordante y el esfuerzo para evadirse de las fórmulas grandilocuentes é imprecisas que hacian tan penosa la lectura de las novelas de antes. Este cuidado de la forma y esta tendencia á ser breve y á obtener los efectos más seguros con los recursos más simples, es la promesa mejor para el porvenir porque prepara el florecimiento de la sinceridad y la derrota definitiva de la retórica.

Los dos grandes poetas españoles de la segunda

mitad del siglo XIX, Don Gaspar Nuñez de Arce, y Don Ramón de Campoamor, á quien se va á levantar una estatua en Madrid, dejaron á los de este siglo la tarea de flexibilizar el lenguaje, rehabilitar la naturaleza y descubrir las tonalidades sutiles é imprecisas de las almas de hoy. Con Salvador Rueda, la poesía lírica adquiere una simplicidad nueva en España y se consuma una revolución feliz en los procedimientos. Juntos á él vienen Vicente Medina, que traduce asombrosamente el alma de su región y Eduardo Marquina que sabe ser delicado y emocionante. En un grupo atrevido y vigoroso siguen después Juan R. Jiménez con sus visiones diluídas y melancólicas, Andrés Gonzalez Blanco con sus estrofas llenas de fuego y de color, Pedro de Répide soñador y alucinante hasta en sus crónicas del *Liberal*, los hermanos Machado, deliciosamente modernos, Ramón Perez de Ayala, ceremonioso y personal, Francisco Villaespesa lleno de esplendor y de savia andaluza, y varios otros igualmente apreciables.

En algunos de estos últimos se nota la presión de determinados poetas sudamericanos ; porque es de advertir que la influencia francesa se hizo sentir en el Nuevo Mundo mucho antes que en España, dando lugar á una floración imprevista y á un movimiento cuya importancia tendrá que ser reconocida al fin. Pero de todos modos el grupo de

poetas españoles, cuyo valer aumenta todos los días, está realizando, una gran obra nacional al asimilarse las corrientes universales sin alejarse del alma y sin romper de lleno con la tradición artística del país. Los que prevéen orgullosamente un tiempo en que la poesia española será absorbida y pasará á ser una dependencia de la americana, más audaz y más atrayente, olvidan las diferencias de carácter y de medio que separan á la tierra de Cervantes de sus antiguas colonias. Dos organismos diferentes por su composición, sus tendencias y su estado social, no pueden llegar á coincidir nunca en una misma expresión artística.

*
* *

Hay que confesar que esta juventud que entraba á las redacciones de los periódicos gritando : «Queremos nuestro puesto, tenemos millares de cosas que decir», no encontró en los dos grandes críticos españoles Don Francisco Villegas y Don E. Gómez de Baquero dos jueces adustos é inabordables. Por el contrario, ellos fueron los que mejor acogieron desde el primer momento á los que debian descollar después. Claro está que no se lanzaron aturdidamente á quemarlo todo en aras de los recién llegados. Pero por su serenidad, por su discernimiento, y por su clarovidencia merecen el agradecimiento de los jóvenes, aunque algunos

de estos, ganados por el erostratismo de los primeros años, pretendan hoy negarlo injustamente. Don Miguel de Unamuno que vino después y que por su espiritu emancipado y malcontento adquirió gran prestigio entre la nueva juventud, pareció aceptar el movimiento y se mantuvo en contacto con él, á pesar de su aversión confesada hacia la literatura francesa. Sus declamaciones contra el parisianismo invasor, no le impidieron comprenderlo y hasta aplaudirlo en sus aplicaciones felices.

Pero la crítica teatral, filosófica, literaria, etc. no se reducia ya á estos nombres. Una falange emprendedora é inquieta se habia colado insensiblemente en las redacciones de los periódicos y se había apoderado del oido del público. Unos eran ya célebres, otros simplemente conocidos, pero todos tenían el tono seguro de los que están dispuestos á vencer. Mariano de Cávia, Alfredo Vicenti, Manuel Bueno, Antonio Palomero, Cristóbal de Castro, Ramiro de Maeztu, Luis Bonafoux, Antonio Corton, los hermanos Gonzalez Blanco, Angel Guerra, José Francés y Bernardo de Cándamo impusieron al país nuevos gustos y nuevas preferencias, marcando un progreso tan indiscutible que al comparar el estado actual con el de hace diez años, cuando Don Antonio de Valbuena imprimía al final de sus obras : « Si algo hubiere aqui contrario á la religión, téngase por no dicho », parece que se hubieran metamorfoseado las conciencias.

La misma evolución se hizo sentir en el teatro donde imperaban los dramas convencionales é inverosímiles. Joaquin Dicenta, uno de los talentos más puros y más equilibrados de España, dió con *Juan José*, drama obrero de inspiración socialista, la primera señal de la rebelión, llevando á la escena pasiones y personajes rigurosamente actuales. Jacinto Benavente, más irónico y más aristocrático, prefirió combatir los mismos prejuicios con ayuda de agradables sutilezas, pero su teatro, inspirado directamente del arte francés, es quizá por las osadías de su crítica mundana el que más terribles golpes ha asestado al espíritu tradicional del país.

Los escritores que persisten en escribir en lengua catalana á pesar de la situación que les condena á tener un público limitadísimo, han sido traducidos amenudo al español y sus obras pueden ser incluidas entre las mejores que se han escrito en el país para el teatro. Guimerá y Rusiñol son dos espíritus perspicaces y abiertos que han presentado la vida y las cosas como las veían, sin cuidarse de lo que otros hicieron en pasados siglos. Con ellos y con los hermanos Quintero que han escrito comedias sonrientes y comunicativas llenas de centelleante *esprit*, la escena española empieza á recuperar su prestigio.

*
* *

Pero para definir un movimiento no basta enumerar nombres; es necesario descubrir y precisar las coincidencias que enlazan la acción forzosamente desigual y confusa de los diversos escritores, y establecer como un término medio intelectual. Un sacudimiento de esta magnitud no se traduce nunca en obras disciplinadas y uniformes. Por eso es difícil juzgarlo. Dada la diversidad de los impetus, es inevitable parecer añadir á unos y quitar á otros para poder equilibrar el conjunto y hablar de todos con relativa justicia.

Observando á través de las floraciones no es difícil descubrir que este gran esfuerzo colectivo gira al rededor de cuatro puntos principales. Lo que primero salta á la vista es la libertad de lenguaje que lleva á los jóvenes escritores á desdeñar las fórmulas reputadas como inconmovibles para ensayar un estilo rápido y nervioso capaz de traducir los diversos matices del alma moderna. En segundo lugar, se advierte una relativa libertad filosófica, nueva en un país que sigue siendo dogmático y tradicionalista. La tercera particularidad consiste en una tendencia, tímida aún pero definida, á contar con la Naturaleza y á utilizar los maravillosos recursos que ella ofrece. En cuanto á la cuarta característica,

reside en la curiosidad ya señalada, en el prurito de buscar lo exótico y en cierta precipitación infantil que ha llevado á veces á adoptar aturdidamente formas y procedimientos que no caben dentro de la lengua, ni concuerdan con el alma del país. Bastaría citar en este orden de ideas los cuentos cortos en forma de diálogo teatral, que algunos han imitado directamente del francés, para tener una idea de los errores á que pudo dar origen esta última corriente. Pero toda evolución benéfica los trae en sí; y la literatura española se asimilará, pasado el desórden de los primeros entusiasmos, lo que en definitiva le convenga. Esta brusca irrupción de savia extraña no será nunca excesiva. Hay que remover un mundo estancado, y aunque los excitantes sean momentáneamente nocivos, todo se atenuará y se normalizará después cuando el organismo recobre su vigor.

En este sentido se puede decir que la literatura española atraviesa una época transitoria y confusa. Las tentativas son múltiples y á veces inconciliables; las audacias y las timideces se mezclan en un desorden ruidoso; todos sienten que hay que ponerse en marcha sin adivinar hacia qué rumbo; y las persistencias del mundo que se va unidas á las anticipaciones del que viene forman un conjunto oleoso y desconcertante que impide clasificar netamente la situación y marcar límites á sus consecuencias.

Por lo pronto, se puede constatar la desaparición de los dos géneros que antes estuvieron más en boga: la crítica literaria inferior basada en retruécanos y chistes fáciles y la croniquilla insustancial escrita mitad en verso mitad en prosa que antes era el mejor atractivo de los periódicos El público empieza á exigir que se le tome en serio. Las futilidades de gusto dudoso no interesan ya á nadie, y han cedido el lugar á los artículos meditados y serenos. Pero esta evolución no significa tampoco una *entrée en faveur* de la Academia. La intelectualidad española se mantiene á igual distancia de los titiriteros y de los bonzos, convencida de que la solidez no está reñida con la juventud. Los escritores que, pretextando la novedad, comenzaron á exhumar giros arcaicos y á ensayar *pastiches* de los autores del siglo XVII, tuvieron que renunciar á su loca tentativa. La literatura ha cesado de ser un deporte destinado á entretener los ocios de determinadas clases sociales, para transformarse en patrimonio del pueblo y en tesoro común de los grupos nacionales. Si se depura y se ennoblece todos los días, no es porque retroceda y se resigne á ponerse de nuevo al servicio de una *élite*, sino porque avanza á medida que sube el nivel moral de de la nación y se perfecciona el conjunto que la da vida.

Este contacto entre los intelectuales y la masa

define mejor que todos los comentarios el sentido de la evolución. El arte, antes recluido en las bibliotecas y alimentado de calcos y de recuerdos, se desentumece al calor de la multitud y de la vida actual. El talento de los escritores se evade del achatamiento que les cerca para refugiarse en el pueblo. Y el resurgimiento en cuestión resulta así como una consecuencia indirecta de la ola democrática que se hincha, porque la literatura no está tán lejos como se ha dicho de la política, dado que casi siempre es la expresión de los deseos y las aspiraciones que dominan en el conjunto social.

*
* *

A esta corriente alborotada y audaz, á este borbotar de hombres jóvenes que decían cosas nuevas, tenía que corresponder naturalmente una evolución del periodismo. Las hojas dogmáticas y las gacetas parcimoniosas se transformaron en diarios vivaces y abiertos que acogieron á los recién llegados y les dieron una tribuna. Los señores Miguel Moya, marqués de Valdeiglesias, Alfredo Vicenti, Lopez Ballesteros, Francos Rodríguez, Luca de Tena, J. Ortega Munilla, Salvador Canals, Miguel Troyano, José de Lázaro Luis Morote, Domingo Blanco y muchos más dieron á la prensa de Madrid la importancia que

hoy tiene. El ejemplo cundió y Barcelona, que es la capital comercial de España, metamorfoseó también sus periódicos bajo la dirección de los señores Exequiel Boixet, Eusebio Corominas, Rafael Guerrero, Antonio Cullaré y otros de mérito indiscutible. Entonces ocurrió lo que debía ocurrir. Las nuevas generaciones se apoderaron de esas armas, el público despertó y se hizo posible el porvenir.

*
* *

Pero este porvenir, que todos hemos contribuido á preparar y que nadie puede preveer en sus detalles, está demasiado lejos para que se le pueda definir y suficientemente cerca para que no sea posible dudar de su advenimiento. Es como una masa informe de sombra y de luz que avanza hacia la vieja España.

El momento actual es pués de transición y de espera. Las realizaciones de hoy valen sobre todo por lo que anuncian y por lo que dejan suponer. No quiere esto decir que los escritores actuales carezcan de valor real. Tengo la convicción de que muchos de ellos quedarán en la literatura nacional como cimas altísimas. Pero es innegable que, en conjunto, la *éclosion* definitiva no se ha producido aún. El apresuramiento, la desorientación y la fiebre que constatamos en torno

corresponden á la cerrazón, la ansiedad y los vientos locos con que se anuncia después de una sequía la lluvia bienhechora. Y pocas transformaciones habrán encontrado el camino más preparado y más libre que ésta. Será una de esas victorias sin batalla, que evitan los excesos y las exageraciones nacidas del entusiasmo. Porque entre una juventud desorientada, ansiosa y dispuesta á seguir cualquier rumbo con tal de tener uno al fin y un tradicionalismo literario en ruinas que apenas tiene el valor de engruñirse más y más en sus recuerdos para escapar á la luz, no puede haber ni resistencia, ni conflicto.

Lo único que podría oponerse al movimiento sería el interés transitorio de los que se empeñan en mantener á España en su inmovilidad para dominarla mejor. Porque es sabido que cuando un gran empuje de emancipación artística no es consecuencia de un cambio político, es por lo menos un síntoma que lo anuncia y una fuerza que lo prepara. Un pueblo no despierta parcialmente y la inteligencia no se abre á un solo orden de la actividad. Cuando el velo de la indiferencia se desgarra, y se reanuda la vida consciente, el horizonte aparece en toda su amplitud y no hay nada que detenga la curiosidad razonadora de los hombres... Pero engañados por su concepción y cegados por su propio atraso, los que pudieran oponerse no descubrirán las rela-

ciones que coordinan la evolución del gusto con la del estado social. El arte es para ellos un capricho independiente de la marcha de la vida. De suerte que por este lado no asoma nada que pueda impedir el advenimiento de la nueva lite ratura.

Se me dirá que estas previsiones son aventuradas y que, en una nación tan conservadora, no hay grandes probabilidades de que prospere un movimiento regenerador y saludable. Los que así razonan, olvidan que España como los ríos helados tiene bajo su superficie inmóvil una vida en actividad que escapa amenudo al observador, pero que existe. Detrás de la fachada de sepulcro hay una germinación extraoficial y ahogada. Consigamos romper la costra espesa que la separa de la luz y veremos surgir lo inesperado. De ahí que muchos artistas pongan sus mejores esperanzas en el pueblo.

Un autor dramático ilustre, Don Jacinto Benavente, decía hace poco en un notable artículo del *Heraldo de Madrid* que para rejuvenecer y vigorizar el teatro español resulta necesario fundar un Teatro del Pueblo.

El mismo empuje hacia la democracia lo notamos en Blasco Ibáñez, en Dicenta y en muchos otros. De manera que el renacimiento de las letras en España será por decirlo así la obra de una substitución de público. Al dejar de escribir para

una aristocracia tradicionalista que les impone sus prejuicios y sus limitaciones, y al ponerse en contacto con el alma vibrante y sincera de la multitud, los artistas renovarán sus sentimientos, sus recursos y hasta su vocabulario de tal suerte que no es difícil preveer el florecimiento de un arte victorioso y original digno de la grandeza histórica de España.

El General Mitre

Nacidos entre dos motines, en países en formación que arrebataba el vértigo de las discordias y de las guerras, los hombres sud-americanos de la segunda mitad del siglo XIX tuvieron naturalmente que ser multiples y ambidextros. En poblaciones que se improvisaban y surgían de pronto á la actividad y á la luz, había que improvisar también la vida. Todo estaba por hacer : la legislación, las costumbres, la intelectualidad y hasta la patria, cuyas fronteras inseguras flotaban al capricho de las invasiones y de los golpes de mano. Los que emprendieron la tarea de forjar realmente la nacionalidad y sacar del entrevero caótico de ambiciones, esperanzas y egoísmos un conjunto ordenado y durable tuvieron pues que proceder en el orden intelectual como procedían en el orden material los colonizadores resueltos que, al propio tiempo agricultores, albañiles y mecánicos, cultivaban la tierra, construían las habitaciones y ensayaban las primeras máquinas, atacando la dificultad por todos sus frentes y supliendo con inteligente fortaleza los recursos de que carecían. Generales heroicos é incontrarres-

tables en tiempos de conmoción, constitucionalistas sesudos y organizadores enérgicos en la paz, escritores y poetas en las horas íntimas, caudillos prestigiosos en las luchas de una democracia incipiente y hasta historiadores profundos y autorizados de las grandes cabalgatas triunfales de la independencia, los hombres de la generación que se extingue tuvieron una multiplicidad de aptitudes y una continuidad de acción que los inmortaliza. No contentos con dar los límites á la nacionalidad, fijar sus fundamentos, glorificar sus orígenes, abrir su orientación y suscitar su vida intelectual, legaron el ejemplo inapreciable de su laboriosidad y sus virtudes. Separados de su ideal por medio siglo de vida y una revolución en las ideas y en los procedimientos, pero solidarios en el conjunto, como usufructuarios que somos del bienestar relativo que hicieron posible y que nosotros tratamos de perfeccionar ahora, tenemos que tributarles el homenaje más vivo y la más ancha admiración, porque enamorados del progreso y precursores de la luz, fueron la chispa que prepara las iluminaciones del porvenir.

Uno de esos hombres, — quizá el prototipo de ellos, — fué el general Don Bartolomé Mitre, á quien la Argentina y toda la América del Sud han hecho los funerales más suntuosos. Decir al público español la vida y los hechos de este preclaro ciudadano sería escribir un libro y, ur-

gidos como estamos por la obligación de terminar esta nota[1] y por la emoción que nos invade ante una muerte que parece cerrar una época de la historia de nuestro país para abrir ante lo desconocido, dando paso á las generaciones recientes, no sé qué caminos de aventura ó de triunfo, la tarea resulta superior á todas las posibilidades. Respondiendo al pedido de *Cultura Española*, sólo puedo trazar en dos líneas una silueta breve.

Prudente y decidido, delicado y vigoroso, cordial y reservado, con un vasto horizonte de ensueño ante los ojos, con una voluntad firme y domada, hombre de acción entre los intelectuales, intelectual entre los hombres de acción, el general Mitre sintetizó la realidad y las aspiraciones de un momento de la vida argentina, porque consiguió transformar con su pensar y su perseverancia enérgica las aspiraciones difusas en historia, porque logró escribir la epopeya del movimiento separatista, porque tuvo alas para capitanear á las multitudes en las luchas civiles y en las guerras, y porque, precursor de nuestra intelectualidad naciente, unió á la acción el razonamiento y á pesar del gesto adusto y la espada desnuda supo también cortejar á la belleza y cultivar las artes de la paz. Decir que marcó en el barómetro de nuestros hombres públicos un grado

1. Fué escrita á raíz del suceso, para la revista *Cultura Española*, de Madrid.

altísimo de la civilización y la europezación creciente del país, sería repetir lo que hasta sus mismos adversarios confesaron. Después de los caudillos violentos y expeditivos que paseaban sus fantasías y sus cóleras por aquel mundo en formación; después de las sacudidas estériles, pertinaces é inorientadas que mantenían la inquietud en los espíritus y tenían á raya el progreso; después de los gobiernos de cuartel, empezaban á surgir hombres más preparados y más cultos. Mitre fué uno de ellos. Los tiempos habían cambiado. Ya no se trataba de someter á las multitudes sino de encaminarlas. Y el autor de la *Historia de Sanmartín*, á pesar de los errores inevitables y de las limitaciones que le imponían el país, la época y sus principios, supo salir airoso de esta prueba formidable. Luchador brillante en su primera época, presidente previsor y probo en la segunda, moderador de las pasiones en la tercera y símbolo venerado de la organización nacional en la última, el general Mitre ha conocido dentro de su país todas las facetas de la gloria, y su vida de austeridad y de modestia puede servir para desmentir en Europa la tradición desgraciada de los presidentes sud-americanos.

Mis convicciones colectivistas no me impiden reconocer los méritos altísimos del gran ciudadano que acaba de extinguirse, porque no debemos invertir el orden de los factores y pretender que el

pasado sea una deducción del porvenir. Antes bien, debemos conservar nuestra serenidad de juicio y aquilatar el valer de los hombres según las características de su tiempo y la medida en que contribuyeron á mejorar lo existente, que de esa cadena de buenas voluntades sucesivas nace el progreso ó la posibilidad de realizarlo y que sólo teniendo presente la mentalidad de la época en que cada cual se desarrolló, podemos descubrir el hilo ininterrumpido de progreso que eslabona las etapas en el viaje portentoso de la historia.

Juzgado con este criterio, Mitre será durante mucho tiempo, para las generaciones por venir, una figura prestigiosa. Sus ideales habrán desaparecido bajo otros recientes, arrebatados en el empuje reformador que todo lo transforma, pero perdurará el recuerdo de la silueta, la personalidad, el mecanismo fuerte del hombre. Su portentosa capacidad de trabajo, su incorruptible honradez, su fé casi mística en la eficacia del esfuerzo, y el entusiasmo de poeta que sabía poner en todas las cosas su talento victorioso, son cualidades muy dignas de imitación en aquellas tierras sitiadas por la despreocupación y por la apatía. Además, Mitre habrá sido en cierto modo una anticipación del hombre completo que florecerá quizá en el porvenir. Porque pasadas estas épocas de especialización en que parece que la humanidad, dominadora de las cúspides, se encara con

los detalles y trata de perfeccionar sus conquistas para afianzarlas; después de las subdivisiones innúmeras en que se ha desmigajado el espíritu colectivo para desentrañar mejor el corazón de las cosas; después del profesionalismo cada vez más limitado en que la universalidad de los conocimientos nos quiere encerrar, vendrá una edad venturosa de unificación y de síntesis en que, dueños de la naturaleza y del reino interior, seguros de la esencia y la finalidad de las verdades, los hombres llegarán á dominar el conjunto y á serlo todo á la vez, en la simplicidad de los conocimientos plenos.

Miguel Eduardo Pardo

Para la mayoría de los transeúntes que ponen en los bulevares las guirnaldas multicolores de sus risas, la muerte es una abstracción, una palabra. Pero para los que la ven de cerca, para los que asisten al desastre, para los que de visita en la casa del compañero sienten en su alma el frío de la luz que se extingue, la muerte es un gran agujero de sombra al borde del cual nos inclinamos absortos, sin saber qué pensar. Parece que una mano de hielo nos oprime, insinuándonos la fatalidad de parecidos destinos y que una interrogación monstruosa obstruye el horizonte y se apodera de todo.

Sin embargo la vida continúa rodando afuera como de costumbre. Por las aceras que el sol dora resbala la multitud sujeta á sus vaivenes y á sus remolinos bruscos. Los almacenes dispersan hasta la calle el bazar inverosímil de sus tentaciones. Los cocheros se disputan. Las mujeres sonríen desde el escaparate del balcón. Un automóvil se abre paso entre el tumulto. Y todo ese hervidero indiferente y trivial, contemplado desde la ventana del cuarto donde se hiela el cadáver, toma

no sé qué tinte fantasmagórico y sombrío.

Las gentes que evolucionan y se agotan arrebatadas en el vértigo de sus existencias febriles y diminutas, los seres ambiciosos, sensuales ó coléricos, llenos de ímpetu, de ardor ó de esperanza, que se entrechocan ó se coordinan en el arrabal populoso que parece respirar con el crepúsculo, no pueden ignorar que también se convertirán ellos mañana en un cuerpo amarillento y rígido que, extendido sobre un lecho, en una estancia vacía, aguardará el instante de ser devuelto á la tierra.

Y sin embargo, nadie parece tener presente el inevitable fin. La fiebre bulle en los corazones, el deseo de triunfar llamea en los ojos y todos siguen obedeciendo á su ansiedad, arrebatados en una carrera estéril hacia el abismo. La ciudad es un océano de pesadilla donde nunca se oye el llamado del que se ahoga. La muerte, que pudiera ser para todos la imagen más familiar, la más presente en la memoria, resulta, por una contradicción inconcebible, la más distante. El hombre la roza á cada minuto de su vivir, y, á pesar de todo, nunca parece darse cuenta de su presencia. Se diría que no pudiendo suprimirla de los hechos, la suprimimos de nuestras preocupaciones y cerramos voluntariamente los ojos ante el peligro. Además, todo tiende en la población á alejar las fúnebres perspectivas. A tal punto, que vemos á los hombres

inquietos, apenados ó ansiosos por cosas relativamente insignificantes de la existencia vulgar, y jamás encontramos uno que llore el límite impuesto por la naturaleza á su evolución, uno á quien preocupe de una manera real y constante el desenlace previsto.

Y es también porque la vida, que es una afirmación, hace difícil dentro de nuestro espíritu el nacimiento tangible de la negación de la muerte. De ésta hablamos á diario como de una convención puramente imaginativa, como de una idea abstracta sin encarnación en los hechos. Quizá es esa también una manera inconsciente de alejarla de nosotros. Porque si los hombres llegaran á hacerse una idea clara de lo que es la muerte y tuvieran sin tregua ante los ojos la visión fúnebre, y experimentaran la angustia de ver con la imaginación los próximos derrumbamientos, correrían las multitudes arremolinadas y despavoridas, abandonaríamos todos las ciudades en girones de espanto y se arrastraría la prole por las llanuras lanzando alaridos y levantando los brazos al cielo. La idea perenne de tener que morir haría más estragos que la muerte misma... Pero la imagen hosca se esfuma en el mareo de las ciudades donde el sepulcro es para todos una cosa remota que no debe abrirse nunca.

*
* *

Miguel Eduardo Pardo á quien hemos acompañado hace poco hasta un cementerio de las cercanías de París, fué quizá el escritor venezolano que estuvo más cerca de la celebridad.

Sincero, impetuoso, locuaz, Pardo era uno de los intelectuales sudamericanos más simpáticos dentro del grupo diminuto que formamos en París. Sus crónicas apasionadas, sus opiniones resueltas, habían creado á su alrededor una buena atmósfera de enemistades y de simpatías que se han unificado naturalmente ahora con una sola genuflexión de respeto.

La literatura de Pardo no era hija de una labor paciente, sino de una improvisación prodigiosa. De ahí el estilo desigual, incorrecto en muchos casos, pero cautivante siempre. Se hubiera dicho que el escritor, urgido por un presentimiento fúnebre, arrojaba en desorden y al azar todas las floraciones de su alma, para tratar de salvar cuanto fuera posible de la inundación de sombra que adivinaba en el horizonte. Pardo sabía que debía morir pronto. Y en esa convicción ahogada está el secreto dramático de sus tristezas. Porque, cuando algunas semanas antes de su muerte le hablé de la página suya que yo había elegido para mi Antología de escritores del Continente, el

incurable tuvo una mueca amarga. «No la veré», me dijo. Y, pausadamente, me estrechó la mano.

*
* *

Nada fué más triste que el desfile por las calles de París, bajo el cielo sin sol. Apenas íbamos detrás del féretro media docena de amigos : Vargas Vila, Gil Fortoul, Dominici y dos ó tres más. Cuando salimos del centro y nos lanzamos á pie por las avenidas desiertas de los arrabales, todos sentimos como una lluvia interior. En ese carro que avanzaba lentamente sobre el empedrado desigual iban las energías, las adivinaciones y las esperanzas del que vino á la Babel con el intento de imponerse. El vigor, el talento y las ambiciones de un hombre de treinta y nueve años quedaban reducidas á ese paquete de carne en putrefacción que se zarandeaba dentro de la estrecha caja negra, al paso lento y monótono de los caballos semi-dormidos. Después de brillar fugazmente, la coordinación de fuerzas que llamearon un instante en las dos sílabas de un nombre, volvían á la sombra de donde vinieron, evidenciando la empresa infructuosa. ¿ Y qué quedaba en la vida del aventurado intento que acarició el poeta ? Algunos libros en los estantes y una notoriedad dentro de su generación, en la mitad de un continente. París, que veía desfilar el séquito mez-

quino con el saludo hastiado que concede á todos los que se van, ignoraba en absoluto el nombre de aquel muerto, detrás del cual marchaban pesadamente seis hombres y una mujer desfalleciente que agonizaba en lágrimas. París no advinaba siquiera lo que fué el obscuro desconocido, desertor de otra región y de otro clima, pero parisiense por adopción y enamorado del prestigio de la gran ciudad, hasta el punto de pretender triunfar en ella. La verdad es que la muerte le había cortado la palabra cuando su voz iba á hacerse oir quizá. Pero resultaba indiscutible, que si para nosotros podía ser el muerto una realización futura, para las gentes que pasaban por la calle sólo era una fuerza ignorada...

Distraídos á pesar nuestro por ideas personales, meditábamos todos durante la marcha en la posibilidad de parecidas sorpresas, que pueden interrumpir también la acción de los afortunados y malograr á los más grandes, sorprendiéndolos en mitad de la labor, sin permitirles hacer reconocer definitivamente lo que ellos tienen conciencia de llevar adentro. Porque nada debe ser más profundamente desgarrador que sentir que la vida se nos escapa, mientras hurgamos en nuestro cofre interior, lleno de riquezas, con las cuales soñamos contribuir á remediar la miseria intelectual del mundo.

Cuando llegamos al cementerio y atravesamos

las avenidas largas y silenciosas, plantadas de árboles sobrios que parecían alinearse para vernos pasar, los cuatro hombres que conducían la caja pesada haciendo crujir la arena del camino bajo sus claveteados botines, se volvieron várias veces hacia nuestro pequeño grupo para decirnos: « Por aquí. » Tras ellos nos internamos por callejuelas estrechas hasta llegar á la gran sábana de tierra removida donde estaban cavadas las hoyas... Y allí se precipitó todo... Mientras la enlutada se alejaba, vencida, leyó Gil Fortoul su adiós entre el ruido sordo de las cuerdas que pasaban por las argollas del féretro, se hundió el cajón hasta el fondo y cayeron precipitadamente las paletadas de tierra, hasta cubrirlo.

La mañana era fría. Nos arrebujamos en los abrigos y salimos lentamente, bajo el cielo gris...

La hora que pasa

I

UN DISCURSO ACADÉMICO

Le ha cabido al señor Rostand la rara felicidad de obtener con su discurso los aplausos de la Academia y los de las Revistas independientes, reconciliando así, al menos por un instante, á esas dos fuerzas eternamente en lucha, que en la fraseología popular se apellidan « la tradición » y « el espíritu revolucionario ». También es verdad que el autor de los hermosos dramas que han sido traducidos á todas las lenguas ha hecho gala esta vez de esa delicadeza de expresión, de esa suavidad de matices y de esa agilidad elegante y sabia que permite evitar los escollos y agradar á las dos fracciones de la opinión que se disputan el predominio en el Estado. Dice el proverbio que en el fondo de todo escritor hay un político, como en el fondo de todo ser humano hay un actor. Sea lo que fuere, actor, político ó literato, el señor Rostand ha estado en su papel, porque crear una atmósfera de reconciliación

en el dintel del ensueño parece ser lo propio de los poetas.

Nada era más difícil que hacer un buen discurso sobre Henri de Bornier, escritor mediano, cuyo drama *La fille de Roland* debió buena parte del éxito á sus alusiones á la guerra franco-alemana y á las circunstancias especiales en que se estrenó. Sin embargo, Rostand ha sabido sacar del asunto el mejor partido, y ha compuesto, sobre un autor dramático de mérito discutible, uno de los mejores discursos que se han oído en la Academia. Los diarios vienen llenos de comentarios sobre lo que dijo ó dejó de decir el poeta nacional. Algunos evocan el nombre de Víctor Hugo y lo acercan al del joven autor de *Cyrano de Bergerac*, estableciendo un paralelo que se nos antoja un tanto exagerado. Pero Rostand ha nacido bajo estrella propicia y no puede asombrarse de nada Es uno de esos seres que atraviesan la juventud por un sendero de flores, sonriendo á la adversidad como á una cosa quimérica que sólo existe en los cerebros infantiles. De ese optimismo deriva, seguramente, la fresca y sana facilidad de las obras del célebre escritor francés, y hasta quizá también sus éxitos, porque nada es tan eficaz como la audacia tranquila de los que están seguros de su destino.

Por una extraña aberración, el público, que tiene una lamentable tendencia á generalizar,

quiere que todo trabajo académico sea penoso y aburrido. Rostand, después de tantos otros, ha venido á desmentir ese error. Nada más fresco y más brillante que su discurso. Sus frases claras y cristalinas, llenas de imágenes nuevas y de pensamientos profundos, tienen una asombrosa vivacidad juvenil. Parece que el poeta ha querido probar que domina también la prosa.

Pero lo que maravilla es la discreción con que ha abordado ciertos asuntos generales que apasionan al país. Pensando con cordura que entre los hombres de ayer y los de mañana hay sitio para los hombres de hoy, Rostand ha sabido mantener su equilibrio y ser la expresión del pensamiento dominante. No se declara ni conservador ni demagogo. « Tuvo, — dijo, hablando de Bornier, — el honor de alzar una vez la cabeza más alta que todas las cabezas; fué el día en que después de una representación de *La fille de Roland* fué llevado en triunfo en hombros de la multitud. » Pero estas audacias democráticas las atenúa en otros párrafos, y vuelve á entrar en la poesía. Su discurso, como su obra entera, nos muestra un hombre que vive más en su ensueño que en la vida. Y París, que es soñador y antiparlamentario, adora quizá por eso mismo al poeta que traduce las palpitaciones de su alma heroica y superficial, apasionada é inconstante, á aquel cuyos versos reflejan un poco del espíritu

de la Nación y mucho de su historia, á aquel que sabe acariciar las debilidades y las energías comunes, y hacer un acontecimiento nacional de un simple discurso académico.

II

DON QUIJOTE Y DON JUAN

Mientras M. Loubet recibía en Madrid grandes saludos entusiastas y una hospitalidad sonriente, París festejaba á su manera la *entente* feliz, exhibiendo una preferencia cariñosa por las cosas de la Península y poniendo de moda todo lo español.

Hasta ahora sólo se había discutido la influencia de la literatura francesa en España. Desde hoy podemos hablar de la influencia de la literatura española en Francia. Y este acontecimiento inesperado que ha tardado en producirse más de lo que se podía prever, constituye quizá el mejor acercamiento entre los dos pueblos.

Si ciertos héroes legendarios de nuestro tesoro nacional se han convertido desde hace tiempo en personajes universales como el manchego ilustre, el cachazudo escudero y el seductor insensato, nunca vimos que esa celebridad diese nacimiento,

como ocurre hoy, á evocaciones directas y prestigiosas que confirman brillantemente la inmortalidad de tales creaciones. Los engendros de la imaginación de Cervantes ó de Zorrilla eran admirados naturalmente en Francia al igual de los más altos monumentos de la literatura universal, pero no habían provocado hasta ahora esas reediciones y esos calcos que, aunque brillantes y grandiosos, hacen, como en *Andrómaca*, aplaudir en Racine la concepción de Eurípides.

También es verdad que sólo los personajes de la tragedia griega alcanzaron el honor inverosímil de sintetizar totalmente un tipo, hacer imposible el nacimiento de creaciones paralelas y obligar á los autores futuros á aceptar el personaje ya hecho.

Con Quijano y con Tenorio, España lo ha conseguido.

El drama de Jean Richepin que ha estrenado la Comedia Francesa no es ni con mucho una obra definitiva. Marcadas reminiscencias del *Cyrano* de Rostand y cierta lentitud penosa en el desarrollo de la acción, dan á los ocho cuadros desiguales el carácter de una adaptación discreta. Pero la figura encantadora del caballero andante domina y triunfa ante el público por su propia virtud. Y el *Don Quijote* del poeta francés obtiene el éxito que preparó á distancia nuestro manco inmortal.

M. Jean de la Hire es un escritor que, aunque muy jóven, ha alcanzado cierta celebridad. El tomo que nos ha ofrecido bajo el título de *Memorias de un Don Juan* tiene los encantos y las osadías de una obra durable. Del héroe atrayente romántico y paradójico de Zorrilla, M. de la Hire ha sacado un personaje de novela contemporánea. Pero al modernizarlo, ha respetado su carácter; y Jean de Sainte-Claire procede y diserta como lo hubiera hecho Tenorio en nuestro siglo. Egoismo, audacia, elocuencia, disimulación, sensualidad y despilfarro, tales siguen siendo los resortes principales del burlador indiferente que el escritor francés nos ha presentado otra vez, rindiendo así un tributo al personaje más popular de nuestro teatro.

Ambas obras, la novela de Cervantes convertida en drama por Richepin y el drama de Zorrilla convertido en novela por de la Hire, prueban el gran poder de expansión que duerme en el fondo de ciertas creaciones de la literatura española tradicional. España puede estar orgullosa. En blancas carabelas intelectuales partieron sus mejores conquistadores y Don Quijote y Don Juan acaban de entrar en París. Para un americano que conserva vivientes y frescos los sentimientos iniciales y el orgullo de la raza, nada puede ser más agradable que contribuir á constatarlo.

III

EN LA EMBAJADA DE ESPAÑA

En el bulevar de Courcelles, frente al parque Monceau, en uno de los lugares más deliciosos de París, se alza un palacio, de arquitectura sobria y de aspecto severo, que hace levantar los ojos á más de un transeúnte. Los jardines alegres de la antigua propiedad de Felipe de Orleáns extienden su alfombra de verdor ante esa fortaleza elegante, cuyas dos puertas macizas y altas, cerradas casi siempre, esconden las bellezas de un vestíbulo señorial. Altas ventanas, protegidas por rejas, dan al edificio una fisonomía propia. El ancho balcón saliente que lo ciñe pone á la altura de los árboles la cinta regular de su balaustrada de piedra. Se diría que la hermosa mansión es un viejo castillo, modernizado por el alma parisiense, ó un palacio parisiense ennoblecido por la armadura antigua. Una bandera que flota sobre los muros anuncia que nos hallamos ante la Embajada de España.

Desde que entramos, sentimos la solemnidad del lugar. Al pie de la gran escalera de mármol blanco, sobre la cual resalta la alfombra carmesí, nos reciben los criados correctos, cuya librea denuncia esa elegancia holgada y severa de las casas grandes.

Nos conducen al inmenso vestíbulo del primer piso, cuyos muros altísimos lucen retratos de guerreros y de antiguos personajes, que parecen considerar al que llega con cierta deferencia altiva. Por una puerta entornada vemos un vasto salón, alhajado con esplendidez. Su soledad se refleja y se prolonga en los espejos...

El criado reaparece al cabo de un instante, y nos guía por un ancho corredor hasta el despacho del marqués del Muni.

Alto, vigoroso, afable, con algo de la sonrisa irónica del parisiense, el señor de León y Castillo realiza el tipo perfecto del diplomático y del hombre de mundo. Su barba gris, sus ojos vivos, su ademán sencillo y ágil, le dan un aspecto reposado que no excluye cierta juventud interior. Nos recibe con la mano extendida, nos señala un sillón, y conversamos de España, de Francia, de América. El embajador me llena de orgullo al decirme que ha leído algunos de mis trabajos literarios. Le oigo expresar opiniones muy atinadas sobre la ciudad y sobre las gentes. Después volvemos á hablar de España. Y cuando me separo de él, lo hago con el pesar de que no sea posible prolongar la entrevista para seguir disfrutando de su conversación.

Al bajar la escalera, me detengo ante el retrato de un paladín, cuya armadura de acero resalta sobre el fondo obscuro de la pintura. Se me antoja

que es el símbolo de una Nación y de una historia... Y revolviendo ideas, salgo á la calle y me alejo, no sin pensar que bien pudiera ser interesante referir esta visita de un hispano-americano á la Embajada de la madre Patria.

IV

UN NUEVO ACADÉMICO

París se entusiasma por los académicos, como se apasiona por todo lo que lleva uniforme, denuncia esplendor, ó arrastra espada. Ciudad de amables desocupados, de encantadores bobalicones, hubiera dicho Fígaro, pero ciudad admirable entre todas por su riqueza intelectual. La emoción causada por el discurso del autor del *Aiglon* no se ha calmado aún; todavía resuena bajo las cúpulas del Instituto la palabra armoniosa del poeta nacional, y ya tenemos nuevos discursos y nuevas recepciones que harán correr ríos de tinta.

Federico Masson, el nuevo académico que ha leído ante un público predispuesto al aplauso una veintena de cuartillas bien meditadas y mejor escritas, no es precisamente un literato en el sentido un tanto frívolo y especial que se ha conve-

nido en dar á la palabra. Es un historiador, un erudito, algo así como un Menéndez y Pelayo que en vez de abarcarlo todo se hubiese enclaustrado en una celda del saber humano. Para él sólo existe Napoleón. En diez y nueve volúmenes nos ha contado sobre el primer cónsul cuanto se puede decir, y algo más. No ha dejado nada por remover, y nos ha dado el estudio más completo que se conoce sobre el monstruo de la conquista.

Ese exclusivismo ha sido naturalmente en extremo perjudicial para la obra. La obsesión de un hombre ha acabado por alterar el criterio de M. Masson, hasta el punto de hacerle olvidar las perspectivas. A fuerza de remover documentos referentes á Napoleón y de vivir, en su atmósfera, ha caído en el error en que caen los que se dejan fascinar por un punto luminoso: ha creído que todo gira al rededor de ese punto, y que de él irradia la vida universal. M. Masson no ignora seguramente que un hombre solo es el producto de una época, la resultante de una cultura social, el brazo ó el cerebro que realiza ó formula lo que ya está en el ambiente. La aprobación ó el apoyo que encuentra en torno, no es más que una consecuencia del agradecimiento ó la alegría que embarga á los que, sin la cultura indispensable para traducir directamente su anhelo, lo ven surgir en el horizonte, condensado por otro, en bene-

ficio común. Nadie puede hacer nacer un estado completamente nuevo en el alma de sus semejantes; no cabe más que traducir ó modificar el que existe. Para conmover á las multitudes, hay dos medios : lanzar ideas que rimen ó que choquen con lo que ellas ya llevan dentro. Los hombres excepcionales son simples espejismos de nuestro orgullo. Donde decimos *creador*, debemos decir *intérprete*. De ahí que sea lamentable que el académico parezca olvidar que Napoleón, colocado por la casualidad en el vértice de las tempestades de un siglo oleoso como ninguno, sólo fué un maravilloso adivino que presintió y tradujo en gestos de gloria el alma desmelenada de su tiempo.

En su discurso de recepción, M. Masson no podía hablarnos exclusivamente del Imperio. Para no romper con la tradición, se vió obligado á decir muchas ingenuidades, pero lo hizo con amable destreza y hasta en el elogio de su predecesor puso un perfume de cariñosa sinceridad. La respuesta de M. Brunetière, con sus alusiones políticas, no resultó menos interesante. Y la ceremonia hubiera alcanzado un éxito poco común, si no hubieran estado frescas todavía en la memoria de todos las frases del último discurso de Rostand. Después de aquellos heroicos párrafos invencibles que hacían brotar en las tribunas una floración de manos obstinadas en el aplauso, la prosa grave

de los señores Brunetière y Masson parecía un tanto descolorida. Además, hay una cuestión de moda. Cada época tiene su caudillo intelectual. Y Rostand es hoy por hoy en Francia el Napoleón de las letras.

V

CORTESÍAS INTERNACIONALES

La visita del Presidente de la República al Rey de Inglaterra ha levantado en los periódicos la natural polvareda de comentarios. Los pesimistas afirman que esta reconciliación de Francia con su tradicional enemiga será de fatales consecuencias para el porvenir, porque anuncia grandes pertubaciones en las alianzas y prepara nuevos problemas, que la política internacional tendrá que resolver. Los más se regocijan de la aventura, porque ella parece destinada á poner fin á la desconfianza y al encono con que las dos Naciones se venían mirando desde hace mucho tiempo. Y todos convienen en que la visita del Rey Edouardo á París y la del Presidente Loubet á Londres señalan un triunfo ruidoso de la diplomacia francesa.

También es verdad que desde hace algunos años viene haciéndose sentir en Europa una co-

rriente de apaciguamiento y de fraternidad que borra las hostilidades y tiende puentes de amistad entre las fortalezas. Será un signo de los tiempos, será un movimiento instintivo del Viejo continente, que se siente amenazado en sus intereses comerciales por el Nuevo, pero lo que parece indiscutible es que hemos entrado en una época en que todos tienen igual interés en conservar la paz.

La visita del Rey de Italia á Paris es una confirmación de esta feliz tendencia. Los dos países latinos estaban separados desde hace algún tiempo por un antagonismo tan superficial como injustificado. Poco ha sido necesario hacer para destruir las prevenciones y reunirlos de nuevo. El diario *Zeit* de Viena, dice que esta aproximación es el suceso más importante del siglo... Quizá exagera el alcance del hecho. Pero, sea lo que sea, es cosa segura que la amistad de Francia é Italia tendrá una influencia considerable sobre la política europea.

Cediendo á las solicitaciones del ambiente, las alianzas se multiplican y se entrelazan, formando una trabazón de solidaridades. Los Soberanos se saludan caballerescamente. Las fortalezas y las escuadras hacen resonar sus cañones para festejar el triunfo de la concordia. Y todo parece sonreir sobre la tierra reconciliada. Pero no es que haya muerto para siempre el instinto guerrero

y sanguinario de los hombres; no es que haya desaparecido completamente la marca del origen: es que el mismo espíritu de lucha, el mismo deseo de dominación cobra forma diferente, según las épocas. Y el de hoy se exterioriza más con la producción comercial, las tarifas aduaneras y la fiebre de exportación, que con la pujanza de las armas.

De todos modos, hay que felicitarse de esta disminución de un mal que algunos llegaron á suponer incurable. En la lenta, pero segura, evolución de las cosas hacia el perfeccionamiento, ninguna de las manifestaciones de la vida puede permanecer cuajada é invariable. Todo va tomando gradualmente el color del porvenir. El primitivo espíritu cristiano y las altas doctrinas de Jesucristo comienzan á resurgir en las conciencias. El hombre atenúa sus instintos, para dejar más lugar á la verdad y á la justicia. Y no parece imposible que nazcan, al fin, la concordia y la paz de todas estas cortesías internacionales.

Una Actriz Argentina

Una actriz argentina de talento, que vibra, emociona, sacude, hace brotar nuevas fuentes de vida y que, á pesar de los tropiezos que encuentran todos en el país en que nacieron, á pesar de la hostilidad de algunos, de la indiferencia de otros y de la invencible despreocupación de los más, logra apoderarse de un público y arrancarle la sinceridad del aplauso, es un hecho nuevo que merece ser señalado á la atención general. Hemos visto á las notabilidades dramáticas de España, Francia é Italia, hemos escuchado á los más grandes actores del mundo, pero no estamos acostumbrados á que uno de los nuestros se alce de pronto en medio del adormecimiento común y empiece á hacer arte dramático él mismo. Y no un arte subalterno é incompleto, sino un arte grande y noble, que ha triunfado ya, que ha tenido su consagración en Europa. Por eso merece la notable actriz argentina algo más que una simple nota de crónica teatral. Nuestro patriotismo, que tan á menudo se manifiesta en vanidades pueriles y culpables, puede esta vez abandonarse á sus ímpetus. Porque nada

sería tan hermoso como empezar á crear, dentro de nuestra intelectualidad naciente, el primer núcleo de un teatro que fuera nacional, sin dejar de ser universal y humano.

La actriz que ha debutado en el Victoria tiene cuanto es menester para llegar á la celebridad y competir con las mejores. Nerviosa, sensible, generosa y franca, la vemos llorar y sonreir en «Dora», como si por una extraña ilusión sollozara realmente en la escena su desconsuelo y su angustia. La naturalidad de sus gritos, el ímpetu de sus arranques, la seguridad con que aborda las situaciones y sobre todo la frescura casi infantil que emana de sus gestos vivos, dan á nuestra compatriota un encanto particular que explica la preferencia de D'Annunzio, que le confió papeles de importancia y la eligió, con la Duse, para exteriorizar algunas de sus mejores creaciones. Sin convencionalismos, sin abandonos al mal gusto de las mayorías, sin sacrificar el personage á las puerilidades de la mujer, la joven actriz pasa por la escena, como si ignorase al público, como si envuelta en una tromba de vida se abandonara á su instinto y nos hablara con el alma.

Angelina Pagano no es sólo una gran actriz para el porvenir; lo es ya, á la hora presente. Los años podrán completar y perfeccionar sus aptitudes, el estudio podrá darle mayor seguridad, pero desde hoy es una fuerza dramática viviente.

A los 19 años parece haber exprimido todo el jugo de la existencia, parece haber sondado todos los abismos de la pasión. Ha envejecido en sueños. Ha vivido con la esperanza. Y en esa amalgama de la niña y de la mujer, está quizá el mejor secreto de sus éxitos.

En América, donde en cuestiones de arte todo está por hacer aún, la aparición de Angelina Pagano tiene que ser saludada con alegría. Nada se opone á que surja un gran actor argentino, y á que, unidos ambos, representen mañana en español, en nuestro español moderno, las grandes obras dramáticas universales, y las que, hijas de una época menos utilitaria, produzca en el porvenir la futura intelectualidad del continente. Porque es seguro que así como se desarrolla el espíritu de empresa de nuestras naciones jóvenes, así como crece y se ensancha todo en torno nuestro, aumentarán también las necesidades de arte y acabaremos por llenarlas con recursos propios.

No está lejana la hora en que, cediendo al reclamo de una vida más completa y más vasta, tratemos de poner á la fiebre moderna de especulación y de industria, el penacho de ideal que es el distintivo de los grandes.

Intelectuales mejicanos[1]

. . . .

A esa hora, en una taberna alemana que tenía todo el encanto de un subsuelo de Munich, conocí á José Juan Tablada, el supremo poeta que realiza el imposible de ser parisiense sin haber salido de México. Tiene el aspecto de un escritor del barrio latino que quisiera conciliarse la buena voluntad de un Bourget conservando ciertas elegancias. Habla como un *habitué* del café Procope, con grandes saltos de exotismo y términos de endiablado *argot* que le harían pasar por *montmartrois* en el seno mismo de Montmartre. Y es un gran sincero á pesar de sus bruscas impetuosidades de apasionado. Al verle, me imaginaba un Banville de los primeros tiempos;

1. Al reunir estos estudios dispersos en un libro que es imagen de la diversidad y la inquietud de mi vida, he tenido que resignarme á no recojer más que las páginas que la casualidad ha traído á mis manos. Otros, los mejores quizá, se han perdido ó duermen en las colecciones de periódicos que es difícil consultar desde Europa. Por eso va incompleto este estudio que fué publicado en folletín por *El Tiempo* de Buenos Aires. Falta un cuadro general de la literatura mejicana y faltan las siluetas prestigiosas de Luis Urbina, Nervo, Diaz Duffóo y otros notables escritores.

al oirle, reconstituía el Mendés juvenil y locuaz que sus coetáneos, hoy viejos, nos describen; y sus ojos húmedos de sentimental, sus ojos que miran fijamente como si pidieran consejo, me traían á la memoria la angustiada sonrisa interior de Jean de Tinan, ese colosal escritor de veinticuatro años que la muerte acaba de llevarse en una gran racha de injusticia. El mejor elogio es decir la verdad: el libro que Tablada acaba de entregar á la indiferencia burguesa de México, debió publicarse en francés y en París en una edición del *Mercure* ó de la *Plume*. En la enorme ciudad no habría pasado inadvertido.

Al rededor de la mesa de marmol, entre el humo de los cigarrillos, se perfilan siluetas afables é inteligentes. Allí estreché por primera vez la mano á Jesús E. Valenzuela. Es el bohemio genial, lleno de sinceridades y de confianzas, que se deja llevar por la existencia, sin inquietudes, con la placidez de un niño en una barca que arrastra la corriente. No creo que haya existido un hombre más igual á sí mismo. Le he visto en dias de expansión y en noches de fiesta, librado á los abandonos de la amistad, y nunca he sorprendido en él esa contradicción casi inevitable entre el escritor y el hombre. Valenzuela es tan poeta en su vida privada como en sus versos. Es un manojo de ímpetus, de generosidades y de cóleras. Diputado, hombre público y director de la primera revista

literaria de México, encanta por su llaneza comunicativa. Se diría que no quiere acordarse de lo que es, para que le tratemos como si fuera lo que somos. Como escritor, como creador de hermosos versos, como crítico mordaz y catador de aptitudes, es la continuación de sí mismo. Desigual, franco, apasionado, consuma su obra como consuma su vida, sin cálculo, librándose de las inspiraciones del momento con sublimes arranques de sinceridad.

La taberna alemana, ahogada en sombra en el adiós de los crepúsculos, es un asilo tibio donde los grupos se reúnen como en casa propia, bajo la mirada vacía de un Falstaff que preside desde el fondo, empujando al camarero con un gruñido. Hay algo de arte en la ironía de esa *mise en scène* de la cerveza. Desde las paredes sonríen los retratos del propietario, con sus caras hinchadas y rollizas. Leandro Izaguirre y Julio Ruelas, dos pintores que valen, tuvieron un día de buen humor la fantasía de trazar las curvas rosadas de la fisonomía del huésped. De ahí que los muros recuerden los de los *cabarets* de Montmartre, donde cada artista ha dejado su recuerdo. En el rodar de las conversaciones, mientras las copas se llenan de licor amarillo, desfilan las caras y las almas.

Son uno, dos, tres ... cien caballeros del ensueño.

Rubén Campos, de palabra lenta y armoniosa,

de tez morena y ojos vivos, con un pequeño bigote de azabache á caballo sobre los labios, es el campeón de la frase perezosa, el que vé correr la vida con desdén, de codos sobre las mesas de mármol, sonriendo á grupos de mujeres virginales que pasan muy lejos, entre el humo. El galope de sus versos nos arrebata en un vértigo monstruoso donde se confunden las tiaras, los cetros y los sombreros puntiagudos de los papas, los reyes y las damas de honor de esa brumosa Edad Media donde se refugia su espíritu. Rubén Campos tiene para mí el encanto de la espontaneidad. Su alma está en consonancia con su corbata Lavalliére, con sus crenchas largas y con su sombrero de artista. Cuando elogia ó cuando censura, no asoma nunca esa «maldad del oficio» que casi todos esgrimen, con mayor ó menor fuerza, para mengua de su talento.

Ciro Ceballos es un escritor forjado para la lucha. Robusto de cuerpo y de espíritu, es un burilador de prosas acres, cuyas flechas venenosas hasta la inverosimilitud, se sobrellevan con trabajo. Su cara redonda y afeitada, iluminada por dos ojos irónicos, se ha inmovilizado en una expresión impasible bajo la cual burbujean las risas. En los párrafos anchos se refleja como en un espejo impecable, esa personalidad tosca, bien inclinada, llena de incredulidades agresivas. No es posible concebirle sin su sombrero de copa,

su bastón nudoso y su ancha corbata negra, anudada con descuido en forma de mariposa.

Junto á él, en un recorte de sombra, con el sombrero inclinado hacia atrás y los labios entre abiertos ante un vaso vacío, como un Pierrot de un cuento parisiense, discurre Couto Castillo, el más joven del grupo, el más inquieto, el más vicioso y el que escribe más hermosas fábulas increíbles y encantadoras, donde hay siempre el fulgor de un rayo de luna.

La noche ha inundado la ciudad. Los últimos carruajes que regresan de la Reforma, pasan en un chasquido de látigo. Y en la taberna borracha de sombra, donde los perfiles naufragan en una confusión de siluetas inquietantes, la voz aguda de Bernardo Couto Castillo — su voz ingenua de aventurero que explora las perversidades sin mancharse — sigue resonando en medio del grupo de escritores amigos que le sonríen.

. . . .

La poesía de hoy

No es cierto que en nuestro siglo febril, erizado de números, se hallen los poetas en peor situación que en otros tiempos. Eso de entonar un himno á las épocas pasadas y condenar heroicamente la indiferencia actual, va pasando ya á la historia y á los museos de arqueología. La verdad es que si los poetas no alcanzan popularidad, si no retienen la atención pública, culpa es de las meticulosidades arcaicas en que se confinan y no de la falta de preparación ó de sensibilidad de los hombres.

Es ridículo decir que todo lo queremos hoy en prosa, hasta la poesía. Por el contrario, en ningún siglo se ha notado tanta sed de ideal, tantos arranques de altruísmo, tan gran empuje hacia la generosidad y la justicia. Si los poetas se han puesto al márgen del movimiento, si viven fuera de lo que nos preocupa, si persisten en contarnos lo que no nos interesa, bien merecido se tienen el desdén con que les mira la multitud. Que se lamenten de que el público no les acompañe en sus investigaciones de anticuarios; pero que no insinúen que esa masa ha muerto para el ideal, que no declamen que son incompatibles el talento y la democracia.

Entre los libros de poesías que han aparecido en estos últimos meses, hay dos que escapan á la monotonía gris de la poesía usual. Escapan, porque traen una sinceridad y un vigor al que no nos tienen acostumbrados los *liróforos* fríos que hormiguean en las revistas semanales.

Arias tristes, de Juan R. Jiménez, es una recopilación de páginas melancólicas y otoñales que traducen sollozos interiores y amarguras inconfesadas. Un tanto enfermizas, un tanto lánguidas, pero muy naturales y muy sinceras, tienen esas poesías un encanto particular. Bueno ó malo, vigoroso ó débil, se siente palpitar en ellas un corazón, y eso es lo esencial para los lectores, hartos de ver hacer juegos malabares con las rimas. Jiménez tiene una habilidad particular para sugerir esos brumosos estados de alma que nuestro siglo de vértigo y de neurastenia multiplica entre los hombres. Sus versos sencillos y como esfumados evocan paisajes de ensueño y perspectivas de ultratumba. Con sus cualidades y sus defectos, es uno de los poetas más interesantes de su generación.

Un escritor argentino, Ricardo Rojas, ha publicado también un libro de poesías que se comenta y se discute mucho en América: *La Victoria del Hombre*. Es un himno á la naturaleza, al progreso, al porvenir. Son versos vigorosos y brillantes que blanden la rima resueltamen-

te, seguros de acertar y traducir su ensueño. En algunas páginas, como en la que señala con fino criterio Emilio Becher en un artículo de la revista *Ideas* de Buenos Aires, escalan las cimas, tienden el vuelo y adquieren la amplitud de la epopeya. Por todo el libro circula un soplo valiente de naturaleza equilibrada y audaz. Hay mucha salud y mucha robustez en esas páginas. Tiene el autor buenos músculos morales y cada línea denuncia un cerebro sano y un corazón sensible. Felizmente han pasado ya los tiempos en que para tener talento era indispensable ser malo. Se acabaron las «perversidades» y las « modernidades » decadentes. Hoy podemos salir á la calle con la sinceridad á flor de ojos, sin tener que ocultarnos para realizar las buenas acciones. De ahí que me atreva á decir, sin temor de dañar al autor, que *La victoria del hombre* es el libro de un enamorado de la justicia. A mi modo de ver, es el mejor elogio.

Jiménez con sus pesadumbres y sus neurastenias, Rojas con su vigor y su altruismo, representan dos fibras del alma contemporánea. Serán leídos con interés, porque expresan lo que sentimos todos. Ambos son hombres que sufren según su temperamento, pero que sufren de acuerdo con la época en que vivimos. Lo que el lector busca al comprar una obra es el placer de hallar en la página impresa algo de lo que él lleva en su corazón.

Todo lo que tienda á retroceder, todo lo que trate de abrir apetitos ó tendencias artificiales, está condenado á vegetar en la obscuridad. No quiere esto decir que la poesía tenga que ponerse al nivel del vulgo para interesar. Lejos estamos de aconsejar tales abdicaciones. Pero sin descender del trono, puede presidir nuestra vida de hoy. Para reinar no es indispensable tener los ojos fijos en el pasado.

El Salón Hispano-Americano

Ninguna nota más simpática y nueva en el vértigo de la vida parisiense que la pequeña exposición de bellas artes que organizaron los pintores y escultores sudamericanos, bajo los auspicios del periódico *l'Amérique latine*. Ella rompe con la leyenda del continente *rasta*, hace que sonría en medio del desdén europeo una esperanza de rehabilitación, y confirma las previsiones de los que soñamos con una América vigorosa y completa, capaz de hacer sentir su actividad en todos los géneros. Es indispensable insinuar á los civilizadores que exageran un tanto su primacía, y que en nuestras lejanas repúblicas existe, además del progreso material que todos nos reconocen, un progreso intelectual nuevo, una vida cerebral naciente, que merece, por lo menos, la atención de un saludo.

La pequeña exposición de la calle Taibout no es ciertamente un acontecimiento para el arte. Estamos en el prólogo de nuestra labor, en el comienzo de nuestro empuje preparatorio. Fuera locura exigir obras maestras. Pero, en conjunto, ese fragante ramillete de esfuerzos ju-

veniles significa una pequeña victoria que tiene que regocijarnos.

La Argentina está representada por Manuel Castilla, que expone un bello retrato y tres notables paisajes bretones, de una melancolía intensa y penetrante; por la señora de Dampt, cuyo boceto de la señorita Karin tiene color; y por la señorita Cottin, discreta.

El Brasil figura con tres artistas : Delmiro de Almeida, y las señoritas França y Forneiro. Del primero sólo hay una caricatura, en la que se advierte la influencia de Veber; de la segunda, una tela curiosa y sugerente; y de la tercera, un paisaje acariciador.

Pero el país que ostenta una representación más poderosa y homogénea, es Chile. Ante todo, nos encontramos con Juan Harris, de quien he hablado en otra circunstancia, y que es uno de los pintores más serios de Sud América. Su cuadro «Sin dote», que fué admitido en el Salón de los Campos Elíseos hace dos años, le dió cierta reputación merecida, confirmada hoy de una manera brillante. Junto á él vemos á Pedro Reszka, que se revela artista de grandes cualidades con su cabeza de estudio y un retrato en el que hay pinceladas de maestro. Los óleos y los pasteles de Manuel Tomson (*nom à retenir*, como dicen aquí), llenos de fuerza, desbordantes de juventud, evocadores de muchas cosas, com-

pletan, con los suaves crepúsculos de Marcial Plaza y los estudios de la señorita de Castro, la atrayente hegemonía de este grupo.

De Cuba nos llega un escultor, Francisco Visié, que expone tres obras interesantes.

De Méjico, tres escultores y dos pintores: Gonzalo Argüelles, insinuante; Enrique Guerra, delicado; Mariano Centurión, amable; Florencio Nava, grandilocuente; y Alfredo Ramos Martínez, lleno de melancolías y de visiones fantasmagóricas. Los cinco sostienen la reputación de que gozan entre la colonia hispano-americana.

Eugenio Damblans, uruguayo, y Roberto Lewis, de Panamá, ofrecen obras sinceras que denuncian estudio y preparación.

Con Herminio Arias y José Bebin nos da el Perú su nota nacional, un tanto diluída, pero apreciable en el conjunto. Los dos exponen telas que hacen esperar cosechas próximas.

Vicente Gil, con su paisaje del Luxemburgo; Pérez Mugica, con su Bolívar en yeso, y José Vera, con sus Trianones, forman también un núcleo simpático que mantiene el prestigio del país de Michelena.

Lo que es de lamentar es que muchos artistas sudamericanos que viven en París y que tienen talento no hayan concurrido á esta primera asamblea de los hijos del continente. Unos, porque exponen en San Luis, como García; otros, porque

están en Buenos Aires, como nuestro glorioso y valiente Irurtia ; otros en fin, por mil razones muy atendibles ; el caso es que han faltado en ese Salón hispano-americano muchos nombres que ya empiezan á tener su aureola en el campo diminuto de nuestras bellas artes. Pero es de esperar que en el próximo (porque no se trata de una tentativa aislada, sino de una institución que renovará su esfuerzo y nos dará una exposición anual), podremos ver reunidos en una cadena victoriosa á los primeros exploradores de nuestro porvenir cercano.

Es innegable que esos pueblos sentimentales y soñadores tienen que dar nacimiento, así que se equilibre la temperatura intelectual, á un gran florecimiento de voluntades creadoras.

El Arte reciente

A Luis Urbina. — Méjico.

Mi querido gran poeta,

Acabo de leer tu artículo del *Mundo Ilustrado* y lo dejo todo, — crónica, pruebas, cartas por contestar,... — para mandarte en dos líneas la felicitación más entusiasta y el más cordial apretón de manos.

Claro está que urge hacer entrar en la literatura y anexar á los tesoros de la belleza internacional las particularidades, el alma y las perspectivas de nuestros países tan ricos en savia jóven y en actitudes inéditas. Los que se han mantenido obstinadamente al márgen del movimiento que nos lleva á todos á traducir algo de la atmósfera de la region en que nacimos, no son más que tímidos impenitentes que no se aventuran á emplear materiales nuevos y prefieren seguir barajando monótonamente los naipes grasosos del decadentismo intercontinental. Pero ya estamos hartos en América de « preciosismos » vulgares y de « originalidades » de desecho. No podemos seguir siendo eternamente los incautos primitivos que el explorador deslumbra con no-

vedades arcaicas que ya no se estilan en su país. Nuestra civilización triunfante y nuestra fuerza indiscutible nos ponen al nivel de las naciones de Europa y nos hacen vibrar con el ritmo de la civilización contemporánea. Vivimos la vida universal, seguimos al día el movimiento de las ideas, . naturalmente tendemos á sacar como los demás países el fruto revelador de nuestras propias entrañas.

Esto no significa caer en el regionalismo que es una enfermedad de decadencia, ni resbalar hacia la vulgaridad que es la negación de la literatura, ni desterrar las concepciones vastas y universales, ni prohibirse los temas más diversos y más exóticos. Ya he tenido acasión de decirlo en el prólogo de mi antología de prosistas y poetas sudamericanos :

« Muchos escritores sueñan con unir al espíritu de las diversas peculiaridades modernistas algo de esa extraña y melancólica modalidad de expresión que surge del silencio de nuestras inmensas llanuras y del rodar espumoso de nuestra vida heterogénea. A mi juicio, en arte no caben naciones, sino temperamentos. Soy enemigo de las literaturas estrechamente locales, porque los hombres de hoy se saludan por encima de las fronteras y el arte es universal y eterno. Pero todos los asuntos cuadran dentro de él. Y no hay razón para que teniendo á nuestro alcance

filones inexplotados, perspectivas inexpresadas y caracteres nuevos, vamos á buscar sistemáticamente nuestros personages, nuestras pasiones y nuestros panoramas fuera del país, dejando sin voz á todo el torrente de vida y de naturaleza que bulle en torno de nosotros.»

Por eso es que te felicito de todo corazón por tu artículo brillante y por el certamen que has abierto. Esta vez has merecido doblemente el aplauso de los que luchan por crear la literatura latino-americana definitiva. Primero, porque has ofrecido una ocasión de salir á la superficie á toda la savia sana, á toda la sangre vigorosa y triunfal que bulle en el fondo de nuestras nacionalidades en formación; y segundo, porque has ofrecido una rama de laurel á los muy jóvenes, á los que serán la gloria y el porvenir de nuestra raza. Porque pasadas estas épocas de transición y de lucha en que parece que tuviéramos que volver á virilizar las letras y que destruir el artificialismo para reinstalar en su trono á la Belleza inmortal, tienen que venir otros tiempos de salud y de victoria en que el arte será al fin la expresión definitiva y humana de nuestra sensibilidad y nuestras preocupaciones.

« Los que aspiraban á un arte puro, abstracto, más allá del bien y del mal, encerrado en fórmulas secas, han comenzado el regreso; un arte humano se impone », escribía hace poco admira-

blemente Fernandez García en *El Cojo Ilustrado* de Caracas. Esta afirmación de quien antes navegara hacia otros rumbos, confirma lo que venimos diciendo. La verdadera literatura hispano-americana empieza á amanecer.

La Poesía y la Juvendud

Prólogo de « La Primavera canta », de D. Eduardo de Ory

Poesía es todo lo que rima con nuestro imposible interior. Y este libro sonriente y pequeño, que parece un saludo de la juventud á la nueva Primavera, madre é inspiradora de todos los versos y todas las ternuras del año, tiene notas sutiles y motivos emocionantes que coinciden á menudo con nuestras armonías interiores. Por eso, y no porque esté escrito en renglones aconsonantados, es un ramillete de poesías, y por eso conviene decir al autor : — Siga usted deshojando su alma latina de soñador maravillado en estrofas multicolores y sonrientes, bajo la gloria del sol.

Porque en el umbral de las vidas hay como un deslumbramiento de músicas lejanas, que parecen acompañar cortejos inverosímiles por caminos azules hacia la ciudad de piedras preciosas donde sonríe la ilusión.

Ora es un tumulto oriental de bayaderas y danzarines que cantan al compás de las cítaras en torno de las sultanas que duermen sobre elefantes cubiertos de tapices y de joyas; ora es un reguero cauteloso é interminable de absortos Pierrots que

en el silencio de la noche parecen escuchar las serenatas que modula el viento en la mandolina de la luna; ora es una cabalgata vertiginosa de corceles enfurecidos que se precipitan en tropel hacia la roja fragua del crepúsculo; ora es una escala de seda que pende de un balcón florecido de jazmines sobre un canal silencioso donde dormitan las gón a; ora es una pradera toda verde, interrumpida por boscajes obscuros, tachonados de mariposas multicolores que burbujean espiando los atrevimientos de las parejas; ora es un estandarte, rojo como una aurora, bajo cuyos pliegues se hacinan las muchedumbres amenazantes; ora es un Trianón enguirnaldado con mirtos y poblado de marquesitas empolvadas; ora es un rayo, ora es una canción; — ora es un piano que gime bajo las manos inmateriales de una novia, mientras por la ventana azul entra el perfume del jardín y se refleja en las almas el vasto temblor de las estrellas...

En todas las circunstancias merece ser traducida esa embriaguez feliz y alucinante, porque en todas es producto de la savia mejor que llevamos dentro. Y cada cual lo puede hacer sin temor; porque los que comunican á los demás sus bellas sensaciones, son como los que regalan sus riquezas á los miserables: no renuncian á ellas completamente, dado que las van á ver reflorecer en forma de felicidad sobre otras almas.

Eduardo de Ory es un gran talento joven, indisciplinado y atrayente. En sus versos asoma una originalidad innegable que me apresuro á señalar, porque me parece rara en un autor de veintidós años. Sus lecturas no le han impedido sentir personalmente las sensaciones y vivir con alma propia. De ahí que el prologuista crea justo subir á la tribuna para decir sencillamente al lector:

— Escucha la palabra de este poeta, que te hablará de mil cosas que también existen dentro de ti y acompáñale en el viaje deslumbrador que tantos quisieran volver á empezar...

La Poesía en España

Prólogo de « Trompetas de órgano » de D. Salvador Rueda

Ser poeta es percibir y traducir en ensueño la esencia y la savia de la Naturaleza y del *yo* interior. Solemne, impresionante ó evocadora, rugido de mar, galope de caballos ó temblor de estrellas, la Poesía ha de ser siempre sinceridad, generosidad, pureza, diafanidad del alma, — vibración enfermiza, si queréis, pero capaz de horadar, por la delicadeza, la grandiosidad ó el ímpetu, todas las superficialidades y abrirse camino hacia el ignoto sin salir de lo humano. Porque así como el que se limite á ver lo que se vé, hará, fatalmente, obra pequeña, quien se confine en el ideal y desdeñe las realidades, tangibles ó intangibles, que palpitan en el Universo y en el hombre, se condenará á mirajes y á juglarismos estériles. Ya sea el profeta, que interroga la Eternidad; ya el generoso, que llora el desconsuelo de los hombres; ya el fauno, que danza bajo la esplendidez del Sol; ya el vengador, que fulmina; ya el Pierrot, hecho con rayos de luna, que murmura en la sombra sus madrigales al recuerdo, el poeta debe, ante todo, ser franco, ser altruista y sentir las

palpitaciones del medio en que se desarrolla. No decimos que tenga forzosamente que dar voz á los sentimientos momentáneos y locales, ó que deba convertirse en un instrumento dócil, librado al capricho de la colectividad. En muchos casos puede oponerse á las corrientes ciudadanas ó adelantarse á ellas. Pero siempre en el límite de lo que alcanzan sus percepciones agudísimas, dentro de lo normal. Porque el poeta es, á pesar de todo, humano, y sólo recurriendo á la disimulación ó cediendo á un desequilibrio lamentable, consigue hacerse una vida de museo, interesarse por cosas extrañas, apasionarse por detalles exóticos y ponerse al margen de la especie.

El sistema de asombrar á los pobres de espíritu con rarezas, rebuscamientos y aberraciones, pudo resultar, en un momento dado, el ardid más ingenioso para llegar á la celebridad inmediata y el expediente más eficaz para disimular la carencia de vida propia. Pero esos poetas menores, que se refugiaron en las miniaturas y pasaron sus vidas, ora á la manera de los relojeros de Ginebra, que agonizan inclinados sobre resortes microscópicos, ora al modo de los orfebres japoneses, que torturan la imaginación para grabar extravagancias de bolsillo, no hicieron más que marcar ruidosamente la presencia de un intermedio de desorientación y de fatiga. Si descubrieron algunas vetas secundarias, desconocieron totalmente el

verdadero origen de las intuiciones y pasaron por el mundo como ciegos, sin sospechar los cabrilleos del Sol. Que es en la Naturaleza y en la Humanidad, donde están las raíces del infinito, y que sólo al aire libre y á la luz plena pueden florecer las grandes rosas de la belleza inmortal.

Y la mejor prueba de que sólo significaron una excentricidad, nacida del descorazonamiento y del hastío, fué la indiferencia que inspiraron á la casi totalidad del público. Bien sé que una de las distintivas de la escuela residió en el desdén afectado ante la opinión; pero de esa tendencia orgullosa no hay huellas en los orígenes, y quizá fué un grito de despecho de los que se refugiaron en la propia admiración, después de haber solicitado en vano la de los demás.

La Poesía, como el mar y como los crepúsculos, puede llegar hasta el corazón de todos los hombres. Claro está que los que, por capricho ó por insuficiencia, la reducen á una especie de numismática ó microbiología, no deben aspirar á tan altos destinos. Pero los que saben ser grandes, sin dejar de ser sutiles, los verdaderos condensadores de ensueño, las altas cumbres de la Humanidad, han alcanzado siempre un prestigio indiscutible y han grabado su nombre en la memoria de las razas. Homero, Dante, Gœthe, Shakespeare, Byron, Schiller y Hugo fueron y son admirados por inmensas muchedumbres, porque dieron forma á

las imprecisiones que palpitaban en los cerebros, porque bajaron hasta el fondo de las almas para traducirlas á la luz, porque supieron hablar de la Naturaleza como de sí mismos y porque, en fin, según la frase típica de Anatole France á propósito de Zola, se honraron siendo « un momento de la conciencia humana ». La universalidad, la amplitud y el altruísmo que derramaron por la pluma les hizo llegar hasta lo más recóndito de la sensibilidad de sus contemporáneos y desbordar por encima de su generación hasta llenar la inmortalidad, como aquellas inundaciones torrenciales de las épocas prehistóricas que ahogaban las montañas y amenazaban el orbe.

*
* *

Las vastas tierras desiguales y sembradas, en cuyas crestas oleosas se recorta de largo en largo, sobre el cielo azul, un campesino, todo gesto, que traspasa al Planeta su vigor y su soplo de vida, nos abren horizontes inconmensurables sobre la realidad y la profundidad de las cosas; y los villorrios engruñidos en los valles, á la sombra de de campanarios mezquinos, las aldeas solas y abandonadas, muertas con el repique del crepúsculo, que salpican en la región la intermitencia de sus palpitaciones, nos hacen ver en síntesis el borbollar de la vida, al rememorar, por contraste,

como velado por la bruma, el entrevero monstruoso de las ciudades donde hemos sufrido. Porque la Naturaleza no se detiene á la entrada de las capitales, y en éstas se alargan tantos desiertos, se alzan tantas montañas y se abren tantos precipicios como en la tierra virgen... Cuanto existe es, pues, para el poeta motivo de emoción : el llano y el arrabal, la verbena y el Océano. Y á veces, los detalles más pequeños proyectan en el alma una sombra tan grande como la de los más altos volcanes... Hay, por ejemplo, en las sonatas monótonas de los organillos no sé qué cosa lastimera y malvada, que entra como un filo de fatalidad en el alma de los hombres y les arrastra de nuevo mar adentro, camino de las profundidades de su pasado doloroso, para hacerles oir otra vez, en notas incompletas y sollozadas, ante panoramas de bruma, la eterna lamentación irremediable : *la vida es así*... De suerte que si todo, en la metrópoli y en el campo, se adelanta al transeúnte para ofrecerle ensueño, el poeta, que es la impresionable síntesis de todas las sensibilidades, no puede menos que reflejar en sus versos lo que podríamos llamar la respiración invisible de las cosas inanimadas.

Y en ese cuadro eterno, portentoso é inagotable, tendrán que agitar fatalmente los remolinos multicolores de la fuerza secular é invencible que se llama Pueblo.

El hombre es el singular y la minúscula del Pueblo, porque el Pueblo es un hombre de cien millones de cabezas. Sin embargo, ambos se parecen en que tienen un corazón. El del primero puede ser comparado á una brisa; el del segundo, á un huracán. El de aquél es limitado, hasta cuando late por la generosidad del *yo* que se llama amor; el de éste es infinito, hasta cuando predica el Progreso, que es el egoísmo de la especie. El uno puede ahogarse en los preludios de Heine; el otro cabe apenas en las epopeyas de Hugo. Pero ambos evolucionan como planetas paralelos que no se pierden de vista jamás. Son la Tierra y el Sol... Por eso es que en el cerebro de los grandes han sido siempre fundidos y amalgamados bajo la forma de una sola fuerza independizada que disfruta de la Naturaleza y coopera á su desarrollo. Que si el hombre es la síntesis de la Humanidad, la Humanidad es la triunfante amplificación del hombre.

El pueblo, pues, con sus incertidumbres, sus ingenuidades y su hervidero secular, y la Naturaleza con sus tesoros vivientes y grandiosos, constituyen el fondo de toda obra durable.

* * *

Salvador Rueda no ha roto con la tradición humana. Lejos de extraviarse en busca de rarezas

y aberraciones enfermizas, ha gesticulado al aire libre. Esa es su gloria.

Nada más sencillo, más fresco, más infantil y, á veces, más grandioso que los versos de éste poeta, altamente humano y superiormente familiar, que vive con su época, que es en realidad un contemporáneo y que ha sabido traducir, embellecer y precisar con tanto acierto las variaciones de los paisajes, los ímpetus de la muchedumbre y las palpitaciones del alma. Salvador Rueda es «el hombre»; es la vida misma, con todas sus contradicciones, sus entusiasmos, sus descorazonamientos y sus cóleras. Sus libros son como torrentes que arrastran trozos de cuanto existe en la selva. Entre el torbellino de sus versos burbujean en tropel todas las voces de la ciudad. El entusiasmo, el amor, la esperanza y la risa (la risa cascabeleante de la España mora, prisionera en los patios andaluces, donde los corazones brillan bajo el Sol como si estuvieran hechos de azulejos), dardean en sus estrofas llenas de sinceridad y de gracia. Sus rimas tienen algo de aquellos bebedores de Rubens, que hacen desbordar la cidra espumosa en los vasos fastuosos, bajo un dosel sostenido por adolescentes rubios. Y todas sus poesías dicen la abundancia, la riqueza y la alegría creadora de un temperamento pletórico de savia joven que derrama sin contar sus excelencias.

En las descripciones da también la medida de

su asombroso poder. Su pluma es el pincel agudo y sobrio que condensa una perspectiva en cuatro rasgos.

En una de sus obras, por ejemplo, hay una visión de la calle de Alcalá que no tiene precedentes en nuestra lengua. Aquella tromba de coches que se precipita hacia la plaza de toros, en la alegría dorada de un domingo de Madrid, por la gran vía á la moda, cuyas aceras hormigueantes parecen ríos hinchados que amenazan desbordar, es un cuadro que se graba profundamente en la memoria. Y las vendimias alegres, los amores de égloga, los recortes de terruño que se complace en evocar á cada instante le colocan á la altura de los más altos traductores de la Naturaleza. Porque hasta la misma ingenuidad infantil que asoma en determinados trozos es un encanto más. A través de ella se adivina la concepción brusca, la realización infernalmente rápida y el vértigo de palpitaciones sentimentales que arrebata al autor en el momento de escribir.

La distintiva de Salvador Rueda es la naturalidad *à outrance*. No cae jamás en el desaliño, pero entrega al lector los panecillos de su pensar, dorados y calientes. Y esa lealtad en el ensueño es lo que le ha granjeado la admiración de un público tan vasto en América y en España. Porque muertos Núñez de Arce y Campoamor, cuyas rimas — que tradujeron el sentir de otras generaciones —

podían corresponder aún, en parte, á las supervivencias que llevamos dentro, no queda en España ni en América otro que pueda aspirar á ser hoy el porta-voz de nuestra raza.

Su popularidad deriva de su sencillez y, sobre todo, de su sinceridad. Cojamos cualquiera de sus composiciones y siempre hallaremos el surco de una alma tumultuosa y maravillada que vibra á todos los vientos.

...Pero si yo quisiera decir aquí toda la admiración que me inspira la fantasía creadora y observadora de este gran poeta sincero y primaveral, el estudio dejaría de ser lo que es para convertirse en libro. Fuerza es callar muchos comentarios que pugnan por salir de la pluma.

Sin embargo, no es posible dejar de precisar un punto. Ya tuve ocasión de decir en *El Liberal* de Madrid, que « un alto deseo de paz, una fraternidad desbordante, una aureola de amor sobre las cosas rústicas, un sentimiento agudo de la Naturaleza, un arte para desentrañar la poesía que duerme en los objetos más familiares, y cierto empuje, á veces genial, para presentar en síntesis las más vastas simultaneidades, dan al autor de este libro una emoción humana y una amplitud de gestos que tienen que conmover á las muchedumbres ».

Pero la tendencia popular, lejos de disminuir la delicadeza del artista, la ha fortificado, depu-

rándola de necios preciosismos. Y esta feliz coordinación de la necesaria exquisitez con la indispensable grandiosidad, confirma lo que ya hemos repetido.Es en la Naturaleza y en el Pueblo donde hay que buscar el secreto de la inmortalidad.

* * *

Trompetas de órgano es un libro donde resuenan todas las voces, desde las más altas, como la que impera en la composición *El enigma*, hasta las más dulces, como la que llora en *A mi madre*, donde hay estrofas de cristal :

> Miles de arrugas surcan tu cuerpo santo,
> más yo que no las tienes se me figura,
> y, cual si joven fueras, elevo un canto
> á la inmortal esencia de tu hermosura.

Los adeptos de la morfina y del opio, que desprecian las afecciones naturales y, con pretexto de revolucionarismo, defienden las más absurdas transgresiones de la ley moral, ensayarán quizá una sonrisa inepta ante tan alta sencillez. Pero os sentimientos profundamente humanos no ceden ante la ironía de un monóculo. Y, como todos tenemos en realidad ó en recuerdo una madre que nos ha consolado en nuestras penas, ha llegado hasta el sacrificio por nosotros y nos ha arrullado

con la más desinteresada de las ternuras; como todos sentimos por ella, si hemos conservado una alma sana y sensible, la más profunda veneración y el más respetuoso culto, y como cualquiera que sea nuestra situación transitoria, — poderosos, esclavos, genios, mediocridades ó desvalidos, — no cesamos en ninguna circunstancia de ser hombres, esos ímpetus de ternura admirable, que son como el gesto de los más bellos abandonos, nunca dejarán de encontrar un eco en nuestros corazones.

Salvador Rueda sabe transmitirnos sus emociones de una manera prodigiosa. La composición titulada « Los claveles », nos arrebata en el vértigo de un madrigal :

Porque son arrancados de tus vergeles
y tienen vestidura regia y bizarra,
te mando ese brazado de ígneos claveles
atados con las cuerdas de una guitarra.

Cuélgalos de tus rizos como un tesoro
y trame la bandera de España un juego
hecho con tus cabellos que son de oro
y hecho con los claveles que son de fuego.

Y de tu frente ornando la rubia cima,
donde tiemblan reflejos de luz extraña,
estará la bandera clavada encima
de la más alta gloria que tiene España.

En el himno á Cartagena anotamos una estrofa:

En su puerto de agrios montes que defienden su salida,
como lengua en una boca, Cartagena está perdida,
y una serie de castillos la consigue circundar;
una serie de castillos de una trágica hermosura;
engranaje torvo y bárbaro de una inmensa dentadura,
que se asoma á lo infinito siempre abierta sobre el mar.

Pero, ¿para qué seguir citando? Ya apreciará el lector la elocuente vivacidad de estas poesías. Lo másprobable es que las saborée antes de hojear el prólogo. Porque dado el prestigio del poeta y la fascinación que ejercen sus estrofas, no es fácil suponer que quien tenga el libro en la mano sea capaz de refrenar ese deseo.

*
* *

Sin embargo, la introducción era necesaria por dos razones. Primera, porque Salvador Rueda, que es un renovador, ha sufrido ataques de los que se creen depositarios de la fórmula novísima, y segunda, porque su influencia visible sobre la poesía española y americana, ha sido negada por algunos de los favorecidos por ella. Estas injusticias han nacido en cierto modo en el nuevo mundo, y un americano debía poner las cosas en su lugar.

En realidad,el autor de «Trompetas de órgano», merece toda la admiración y reconocimiento de los que luchamos por rejuvenecer el castellano y

crear una literatura que esté de acuerdo con el siglo. Los que lo combaten en nombre de teorías modernas, dan forma á una ingratitud. ¿Quién ha enriquecido nuestro vocabulario y ha dado á la sintáxis y á la prosodia una flexibilidad nueva? ¿Quién ha devuelto la vida á la prosa y al verso, que agonizaban ceremoniosamente en los invernáculos del clasicismo? ¿Quién se atrevió á ser joven, en tiempos en que Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce lo acaparaban todo? ¿Quién fué el obrero de la renovación, « que no ha sido juzgada y confesada todavía », según la frase feliz de Darío Pérez? ¿Quien devolvió, en fin, á los escritores españoles y americanos ese amor á la Naturaleza, que es la distintiva de la literatura de hoy?... Los que anclaron hace quince años en una modalidad artificial y creen poseer aún el secreto de la última moda, podrán, cediendo á un sectarismo lamentable, reprochar á este poeta su emoción humana y su plena luz; pero, los que por venir detrás, juzgamos sin prevenciones, tenemos que agradecer á Salvador Rueda su benéfica labor y su influencia saludable. La obra podrá ser discutida fragmentariamente, pero en conjunto merece toda loa. Los que estudien dentro de algunos años el movimiento de transición que ha dado vida al estado actual, tendrán que reconocer la acción victoriosa de este poeta, que ha sido un gran chorro de agua cristalina y reconfortante en

medio de un jardín marchitado y deshecho por la manía artificiosa de los hombres.

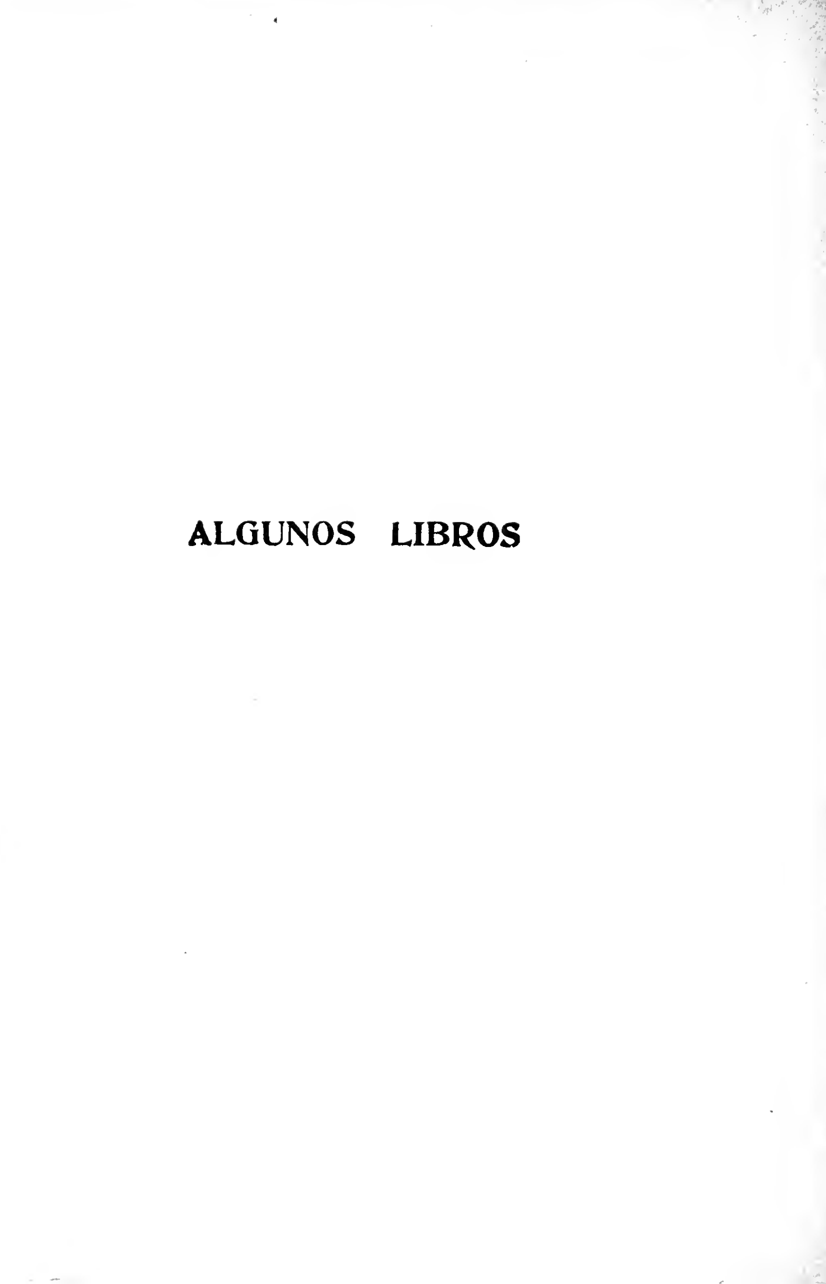
Por eso hubiera querido yo hacer de este prólogo algo así como un homenaje de nuestra generación, que en el orgullo de su hegemonía naciente no olvidaba á los gloriosos precursores. Pero la premura con que escribo, sitiado por acontecimientos que exigen una acción periodística inmediata, limita fatalmente el ímpetu desbordante de la pluma. Sin embargo, creo haber dicho en síntesis cuanto era menester, y sólo voy á añadir, antes de poner la firma, un recuerdo personal.

Cuando yo ensayaba á los quince años en Buenos-Aires mis primeros versos inseguros, Salvador Rueda era ya célebre en todos los países de habla española. Y no olvido cierto detalle que se ha grabado en la imaginación. Al azar de mis peregrinaciones de adolescente, pasé cierta vez ante una cigarrería donde se vendían periódicos ilustrados de Madrid y de Barcelona. Aún veo la tienda, que estaba instalada en la esquina de Florida y Rivadavia. Una viejecita envuelta en un mantón negro, disponía en orden los papeles sobre una mesa pequeña ó los apoyaba simétricamente contra el muro, pellizcándolos con pinzas de madera á lo largo de dos hilos paralelos. No recuerdo cómo se llamaba la revista que solicitó entre todas mi atención. Pero una gran pandereta de colores cubría la primera página, y sobre el dibujo alegre

resplandecían unos versos...¡ Salvador Rueda!...

Como lo poco que yo había leído por entonces con esa firma dominaba en mi espíritu, de más está decir que compré el periódico y me alejé por las calles hundido en la lectura, sin cuidarme de los transeúntes que tropezaban conmigo y me increpaban por mi torpeza. Pero al recordar ahora ese incidente, ocurrido en 1892, una emoción extraña me nubla los ojos. Fué en mi primera juventud, en mi niñez casi, cuando aprendí á admirar al autor de este libro. El perfume de entonces no se ha borrado al contacto de la vida. Y en el umbral de mis treinta años conservo la misma cordial veneración por el gran poeta, que quedará en la literatura de todos los tiempos como una de las campanas más puras que han repicado el triunfo de la sensibilidad.

Al constatarlo, creo pagar una deuda de cariño y de agradecimiento hacia España.



ALGUNOS LIBROS

Tres Novelas

— Háblenos usted de literatura, — me decía días pasados un lector argentino que realiza actualmente la indispensable gira por Europa, — y cuéntenos usted lo que se piensa y lo que se escribe en París, que, á pesar de cuanto murmuran algunos, nuestro público es perspicaz y sabe ver por encima de las atracciones bulevarderas.

— Bien está, señor, — repuso el cronista; — ya sé yo que el público es á menudo más inteligente que los que pretenden ilustrarle y no se me oculta, á pesar de la prolongada ausencia, que el de mi país puede figurar hoy entre los mejores. El « snobismo » reinante quiere que desdeñemos todo lo nacional y adoremos todo lo exótico; pero esa racha superficial, que sopla hasta en la Francia « chauviniste » donde el « noble faubourg » se ha convertido en una sucursal de Londres, no puede empañar ni comprometer nuestra visión serena de las cosas. Yo creo firmemente que en pocas ciudades jóvenes hay como en Buenos Aires un núcleo tan vasto y tan importante de inteligencias preparadas para comprenderlo todo. Aparte del grupo numerosísimo de escritores que

no ejercen la profesión y se limitan á juzgar, contamos con una masa enorme de aficionados y de simpatizadores que defienden sus preferencias y las imponen. Los que resuelven que entre nosotros falta el ambiente intelectual, los que afirman que no hay quien compre los libros, y los que se descorazonan y renuncian á escribir pretextando la indiferencia que los ahoga, dan forma, sin quererlo, á una injusticia censurable. De un pretendido primer fracaso personal (que es el rescate que pagamos todos al salir á la luz) ó de una pasajera falta de vigor para persistir y vencer (que es un simple accidente en la batalla) deducen que la actividad intelectual está entorpecida por no sé qué fuerzas hipotéticas y paradojales. La verdad es que en literatura, como en todo, la vida es lo que nosotros queremos que sea. Todo aquel que tiene algo que decir y lo dice, encuentra quien le escuche con interés. Los buenos libros se venden en la Argentina tanto ó más que en cualquiera otra parte. Y las pruebas abundan, desde la biblioteca de *La Nación*, hasta la colección Sempere. Preguntad á las grandes casas de Barcelona, á Sopena, á Mauci, á Espasa, á Henrich cuál es su mejor mercado y os contestarán que Buenos Aires. Tal es la fe que inspira nuestro país, que actualmente se hallan en gestación tres grandes revistas que le están destinadas particularmente: una dirigida por Gómez Carrillo y editada por So-

pena, otra creada por Martínez Sierra y administrada por el director de la sección española de la casa Garnier, D. Eduardo Barraqué, y otra lanzada por D. Enrique Deschamps y la librería Espasa de Barcelona. Son tentativas serias que responden, más que á una posibilidad, á una certidumbre. De suerte que el público de una república que empieza á ser campo propicio para grandes empresas editoriales no puede menos que seguir con interés el movimiento literario extranjero. Yo no lo he puesto nunca en duda, señor lector. Pero debo confesar que me detienen otras razones...

La ciudad toda blanca bajo la claridad difusa de la tarde de invierno parecía sollozar, como una novia burlada que aguarda á su prometido... La nieve caía implacablemente desde el amanecer. Por las aceras húmedas bordeadas de algodón pasaban los grupos errantes y friolentos de menesterosos sin asilo, envueltos en el mar obscuro de pobres gentes arrebujadas que corrían á sus ocupaciones para ganarse el pan. Todos apretaban el paso, barridos por el mismo soplo de desolación que teñía de blanco los paraguas, coronaba los sombreros de copos de espuma y parecía subrayar con tiza las siluetas. La Avenida de la Opera, vista desde la ventana del hotel á través de los vidrios empañados por la respiración, cobraba no sé qué extraño aspecto desapacible.

Era algo así como un gran brazo inerte sobre cuya mortaja hervían todas las carcomas de un cementerio. Se hubiera dicho que un vencimiento pavoroso había llegado, que la capital escondía sus riquezas ante la temperatura hostil, y que sólo quedaban en el arroyo, proclamando una injusticia bajo la impavidez del cielo, los cortejos interminables de desheredados y de parias que la tienen que devorar.

— ¿Y cuáles son esas razones? — prosiguió nuestro compatriota despertándome de mi ensueño.

— Las que se condensan en este cuadro — repuse, designándole la perspectiva melancólica y alucinante de las casas muertas, los transeúntes helados y el cielo blanco también, sobre el cual se advertía, como huella de un talón, la marca imperceptible del sol de invierno; — las que se desprenden de este ambiente moral, que en nada concuerda con el que respiramos en los libros. La literatura en boga, transformada por la mayor parte de los autores en un comercio de naipes transparentes, ni es recomendable desde el punto de vista moral, ni traduce nada que pueda tener un eco en nosotros. Somos demasiado jóvenes y demasiado robustos para complacernos en estudiar aberraciones de alcoba. M. Willy sólo nos interesa como detalle anecdótico. Nuestra savia vigorosa pide platos simples y naturales y no extractos laboriosos de pimienta y de sal. Lo que triunfa

es un capricho momentáneo, nacido de la desorientación y la fatiga de los 200.000 «snobs» que hay en toda gran metrópoli. Ni nosotros, ni Francia, tenemos nada que ver con ello. Sin embargo, es lo que brilla en los carteles y en las vitrinas de los libreros, es lo que suena en los periódicos y es lo que se agita en las conversaciones. No resulta posible hablar del arte del día sin dedicar á esos libros el mejor párrafo. Y como no conviene que el cronista se incline ante la actualidad hasta el punto de contribuir á difundir los errores que condena, he preferido no hablar del papel impreso. La racha tiene que pasar, como pasa todo lo efímero en este país inconstante, caprichoso y encantador...

— Pero la producción literaria es multiforme y compleja — insistió nuestro compatriota — ¿ por qué no nos habla usted de otros libros mejores, aunque menos ruidosos ?

— « Habent sua fata libelli », como dijo uno de los poetas latinos más obscuros — repuse, dando salida á mis recuerdos clásicos — he pensado en ello más de una vez. Pero me ha detenido el temor de parecer contemporizar con otros errores. Si condeno ciertos libros, no es porque resulten contrarios á la moral oficial, sino porque son la negación de toda moral. Y desde lejos podría parecer que al combatirlos ó relegarlos al silencio me solidarizo con determinadas preocu-

paciones sociales y me erijo en guardián de prejuicios prestigiosos. Nada es menos fácil que delimitar una actitud y circunscribir y aislar la verdad entre dos excesos. Sin embargo, todo puede ser posible; y he de realizar alguna vez ese propósito. La mala literatura no ha logrado desterrar de Francia á la belleza y al buen gusto. Entre tanta espuma lujuriosa, asoman todos los meses muchísimos libros honrados que son como el desquite del ideal. Esta semana he leído tres encantadores.

— El primero...

— El primero es la simple historia de un niño músico, hijo de un director de orquesta pobre. El hombrecito diminuto, que apenas llega á la altura del teclado del piano, se despierta gradualmente y sufre emociones que agiganta su senbilidad de soñador. Sus primeros juegos, sus ideas nacientes, sus triunfos de pianista precoz, las contrariedades dentro de su hogar y el devaneo platónico con una discípula á los 15 años, son incidentes sencillos é impresionantes que se desarrollan en una modesta ciudad alemana, pero que tienen un alcance trascendental, porque ponen á descubierto el mecanismo complicado y pueril de las almas infantiles y muestran al ser humano en el despertar maravilloso de la adolescencia. Ningún libro me ha interesado tanto. Lo he leído febrilmente, como ya no sabemos leer des-

pués de los 25; lo he deletreado sin saltar una sílaba; y creo que en todos los corazones sanos y sensibles despertará la misma emoción, porque la simplicidad y la llaneza de los sentimientos han sido llevados pocas veces á tanta altura. Es un volumen que desmiente la paradoja de los que afirman que para interesar y retener al lector, hay que darle intrigas complicadas ó argumentos escabrosos. La sinceridad de la naturaleza ha bastado para componer un conjunto cristalino y saludable que nos cautiva...

— ¿Y ese primer libro se titula?...

— «Juan Cristóbal», de Romain Rolland.

— ¿De qué trata el segundo?

— El segundo no es precisamente una novedad. Se publicó hace algunos años. Pero la traducción española ha aparecido en estos días, editada, como la de «Juan Cristóbal», por la casa Ollendorff, de París. Son cartas de un tío á su sobrina, cartas familiares ó sutiles según los temas y los casos, pero cartas educadoras y sonrientes que forman como un breviario moderno de los deberes y los gustos de una señorita. A pesar de su diversidad, componen un todo armónico y dan por resultado una de las novelas más deliciosamente femeninas que se han escrito...

— ¿Y ese segundo libro se llama...?

— «Cartas á Paquita», de Marcel Prevost.

— ¿Cuál es el último?

— El tercero y último es « Basilio y Sofía », de Paul Adam, y no resulta, ciertamente, tan casto como los dos primeros, Pero el arte de Paul Adam es un arte superior que sabe decir todas los cosas sin perder la dignidad del estilo. Claro está que esa resurrección de Bizancio tiene el color y la atmósfera que requiere el asunto... El autor ha presentado las cosas como fueron, pero sin combinar arteramente las situaciones para retener al público describiendo intimidades atrevidas. La más alta probidad intelectual ha inspirado este esfuerzo de reconstrucción, que resulta maravilloso por la nitidez de las visiones que evoca. Es una obra semejante á « Quo Vadis? », y sin duda alguna superior á ésta desde el punto de vista literario...

La nieve seguía cayendo en grandes copos que revoloteaban en la atmósfera como un enjambre de mariposas aturdidas. El temprano crepúsculo comenzaba á envolver á la ciudad en la media luz angustiosa que prepara la llegada de la noche. Eran apenas las cuatro de la tarde y ya brotaban haces de luces opacas detrás de las vitrinas veladas por el vaho. Las siluetas se confundían en un entrevero gris bajo los paraguas abiertos que ponían como un gran techo movible sobre la desolación de las aceras. Y en nuestro salón, invadido de sombra, donde por descuido ó por refinamiento de melancolía no habíamos encendido las luces,

flotaba, como una obsesión, toda blanca, vestida de gasas glaciales, la encarnación ensimismada del invierno.

— La mejor literatura — concluí, levantándome para despedirme — es la que rima con los aspectos de la ciudad ó con nuestras perspectivas interiores. Por eso debemos escribir y leer libros que traduzcan la realidad de la vida y despierten ó estimulen la actividad intelectual. Descubriendo las verdades y depurando las ideas es como aumentaremos la felicidad común. Porque la pluma no ha sido hecha para decir cosas agradables, sino para difundir principios necesarios; y la vida no debemos vivirla para ser felices, sino para realizar una obra.

Fuente de Salud

No diré que los escritores americanos tenemos en España una reputación enojosa; pero es innegable que las malas exageraciones y las peores persistencias en el error de algunos de nuestros buenos poetas, nos han confundido á todos en una leyenda de nebulosidad y de desequilibrio.

Otros delimitarán mañana, al juzgar tranquilamente nuestras obras, los méritos y las responsabilidades de cada cual, dando al artificialismo sus censuras y á la naturalidad sus lauros; otros difundirán más tarde la verdad y harán saber á los lectores, inclinados á simplificar y á acantonarse en juicios anticuados, que determinadas tendencias — convertidas hoy en *article d'exportation* — se ven desdeñadas en el Nuevo Mundo por la mayoría de la juventud desde hace mucho tiempo; otros revelarán, en fin, al público español la hermosa realidad viviente de nuestra literatura actual.

Yo sólo deseo dejar entrever el engaño, para afirmar que el pretendido desequilibrio de los autores americanos de la generación reciente no les impide aplaudir y admirar las producciones sanas y reconfortantes de los verdaderos poetas.

Si estuviéramos allá tan lejos de la sinceridad como en general se dice, no podríamos saborear con deleite las estrofas cristalinas de esa *Fuente de salud* que el autor de *Piedras preciosas* nos ofrece ahora en la plena madurez de su talento. Porque el libro de Rueda no es un haz de preciosismos y de vanos ejercicios de retórica, sino un gran brazado multicolor de flores silvestres, que se aspiran con el corazón y que sólo pueden ser apreciadas por los hombres sanos.

Un alto deseo de paz, una fraternidad desbordante, una aureola de amor sobre las cosas rústicas, un sentimiento agudo de la Naturaleza, un arte supremo para desentrañar la poesía que duerme en los objetos más familiares, y cierto empuje, á veces genial, para presentar en síntesis las más vastas simultaneidades, dan al autor de este libro una emoción humana y una amplitud de gesto que tiene que conmover á las muchedumbres. Algunos sonetos, como el titulado *La pandereta*, pueden figurar entre los más hermosos que se han escrito en lengua castellana. Y la obra es en conjunto tan fresca, tan personal, tan cautivante y tan profunda dentro de su sencillez de forma, que no resulta temerario augurarle un éxito ruidoso y definitivo.

Por eso he tratado, deseoso de romper el arco iris de artificialismo en que quiso encerrarnos la leyenda, de formular en dos líneas mi aplauso

entusiasta y mi franca admiración. Los escritores americanos de las generaciones últimas no pueden estar en decadencia antes de haberse desarrollado. Y en favor de este aserto, hablan dos pruebas. Primera : que hoy pugnan por llegar hasta las raices humanas, para ofrecer, con nuevos frutos, el vigor inagotable de la vida. Y segunda : que saben rendir homenaje á los grandes poetas vigorosos, que así como tienen la frescura, tienen la inmortalidad de la Naturaleza.

El Color y la Piedra

Angel de Estrada es un artista que trabaja en el silencio. Lejos de ceder á la manía exhibicionista de nuestras juventudes y de buscar ocasiones de amotinar la gente en torno suyo, se ha mantenido siempre en las lejanías y las alturas, semivelado por la distancia, sin sacrificar nada á la impaciencia de ser. Su actitud literaria, tranquila y reposada, le ha dado esa visión exacta de las cosas y ese golpe de vista sereno que se defiende de las exterioridades, para ahondar hasta la médula. Es un temperamento de análisis, bien templado por la lectura, ensanchado por los viajes y aguzado por la meditación.

En el fondo de mis recuerdos de hace varios años le veo todavía en París, *cachant ses yeux sous les binocles*, frío, tenaz, estudioso, hurgando en los asuntos hasta arrancarles savia, y enamorado de la simplicidad de las formas hasta purificarlas en un deseo de belleza impecable. Alguien ha dicho de él que es un *petit Barbey d'Aurevilly guéri de la violence*. La violencia es quizá la mejor cualidad entre los defectos, pero vale más sofocarla, porque en nuestra vida de

tinieblas inseguras, en la que las verdades de hoy son errores del día siguiente y en la que todo parece transformarse y evolucionar sin descanso como los paisajes que nos fingimos en las nubes, la entereza de resistir á la pasión es el principio mismo del triunfo. Estrada no es uno de esos grandes temperamentos nerviosos que pasan por la vida sacudiéndolo todo, como el viento por una selva; pero es en cambio un gran artista exacto, exquisito y sobrio, un tanto coleccionista y anticuario y un mucho sincero y delicadamente personal.

Su libro de impresiones de viaje me recuerda el libro encantador con que Santiago Rusiñol nos regaló hace algunos años después de una estancia en París, que, como la de Estrada, fué de magnificos resultados para él y para el arte. *El color y la piedra* es una obra maciza en la que se ha acumulado mucho pensamiento, mucha sensación, mucho arte franco, y en la que se transparenta un temperamento vigoroso ó dúctil según los casos, pero siempre adorador de la belleza ingenua. Hay capitulos de mucho color, como aquellos en que nos describe la feria de Montmartre, ó nos refiere el entierro de Alphonse Daudet, de quien asoma quizá algo en esas paginas, *toutes proportions gardées* naturalmente. Cuando Estrada habla de los canales de Venecia, de los naranjales de Granada,

de los museos de Florencia, ó de las ojivas de Chartres, donde flota aún el alma de Huysmanns, percibimos en él dos méritos que difícilmente se hallan bajo una misma pluma; la frialdad del critico de arte y la sensibilidad del hombre.

Es un amable dualismo que vierte resplandor de encanto sobre las paginas. La fantasía está refrenada por la realidad, la realidad adornada por la fantasía; y hacen ambas tan hermoso juego de clarobscuro, que no se puede menos que aplaudir el raro equilibrio de un temperamento que supo hacer cumbres con las flores y colocar flores en las cumbres.

Un libro de impresiones de viaje, por más personal y subjetivo que sea, tiene que luchar con el recuerdo de otros libros de viaje, como una *Andrómaca* nueva tendría que sostener la comparación con todas las *Andrómacas* que la han precedido. El asunto es el mismo; y por más que los autores difieran en la manera de ver, tendrán muchos puntos de contacto. Sin embargo, Estrada ha salvado en cierto modo el peligro y cabe felicitarle por ello, porque ha vencido así la mayor dificultad de su obra. Evitando con mucha habilidad las ocasiones en que se habría visto obligado á repetir cosas viejas, se ha refugiado en rincones casi inexplorados, ó los ha rejuvenecido á su manera, hasta darnos la sensación de algo inédito.

Al entrar á los museos para admirar á Correggio, al Veronés ó á Murillo, no es posible olvidar que sobre cada uno de ellos, más aún, sobre cada una de las obras que han creado, se han escrito centenares de volúmenes que llevan la firma de Bassari, Cavallucci, Morelli, Baldanzi, Crowe, Muntz, Burcahardt y tantos otros. Estrada lo ha tenido en cuenta. Sus comentarios sobre las telas célebres son simples conversaciones entre amigos, mientras la leña cruje en la chimenea, en una noche de invierno; frases sueltas, observaciones rápidas, contrastes puestos de relieve, — nunca un juicio. A esta sabia abstención debe su libro uno de los mejores méritos.

Solo cuando habla de Miguel Angel, podrían no estar de acuerdo con el autor muchos de los que le aplauden en otros capítulos. Estrada parece admitir que el *David* es la obra maestra de Buonaroti, contra la opinion de Dupré y otros críticos que reservan toda su admiración y todo su espanto artístico para las cuatro figuras nebulosas que adornan el sepulcro de los Medicis. Pero Miguel Angel es un artista tan complejo, tan misterioso y tan enorme, que nos fascina hasta el punto de hacernos creer que cada una de sus obras es superior á las demás, de suerte que quedamos siempre bajo la tiranía de la última que hemos estudiado. Por otra parte, las dos mane-

ras escultóricas de Miguel Angel se caracterizan en dos obras, la de su juventud con el *David*, la de su madurez en el *Sepulcro de los Medicis* y es lícito preferirle en una ú otra etapa de su evolución artística

Origène

Este libro personal y franco, lleno de hermosas descripciones y frases frescas ha sido editado por Leon Vanier, el librero de Verlaine. A pesar del hacinamiento de volúmenes y de autores, se puede asegurar que no pasará desapercibido en la capital de Francia. Tiene cierto sabor netamente americano que ha de agradar por la nota nueva y el color exótico que aventura. Y es muy justo que si en Europa se habla de *Origène*, hablemos tambien nosotros de él en América y en España. Nada puede sernos más simpático que ese atrevimiento de uno de los nuestros que se encara con París y le muestra los puños como el héroe del cuento de Zola.

La literatura francesa puede compararse á un mar que acepta las aguas de todos los ríos. Es la tentación puesta al alcance del deseo. Los ejemplos abundan. Basta interrogar las biografías callejeras para saber que Viellé Griffin y Stuart Meril vinieron de New-York, Rocdenbach de Bélgica, Cherbuliez de Suiza, Moréas de Atenas... ¿ Cómo refrenar la tentación de imitar á esos exóticos que se enamoraron del medio y se im-

provisaron parisienses por derecho de simpatía? El arte francés es á la vez el más nacional y el más internacional de todos. Admite la colaboración de los demás y conserva sus rasgos peculiares. Su organismo es tan robusto, que se asimila lo extraño sin perder su carácter; y su grandeza deriva de su habilidad para condensar y fundir todas las manifestaciones. Por eso es el arte universal por excelencia. Debido á una contradicción curiosa, es el que está más alto, y al mismo tiempo más al alcance de todos. Sin embargo, después de José-Maria de Heredia, ningún hispano americano ha conseguido alzar su tienda en París. Augusto de Armas alcanzó con sus *Rimes Bizantines*, un instante de celebridad y pudo creerse, en cierto modo, victorioso, pero la ciudad tiene reflujos inesperados. Los que vienen de tierras lejanas, atraídos por la reputación fabulosa del Klondike intelectual, se empeñan en una aventura. La gloria es un globo de jabón que flota sobre los techos de la ciudad perseguido y sitiado por millones de talentos que se atropellan. No todos pueden contar como Dumas padre en sus *Memorias* : « Mi madre me dijo que sólo quedaban ciento cincuenta francos. Dame cincuenta, le dije, y voy á París; estoy seguro de vencer... y vencí »

Origène es un cuento gallardo que contiene exactas descripciones de la vida regional y paisajes

morales muy intensos. Es la historia de un seminarista que aislado en una pequeña ciudad de Méjico donde todo habla de hastío y de muerte, se deja ganar por el misticismo y cae en una vida de sonámbulo. Todo lo que constituye la vigorosa realidad del mundo le parece una acechanza. Su alma acobardada por los dogmas afronta la vida como un sacrificio doloroso, como una cuesta empinada que es necesario subir y que sólo tiene un premio en la muerte. Toda una filosofía de esclavitud y de sometimiento gravita sobre sus espaldas. Por ciertas sensibilidades inteligentes, no sería difícil inducir que el seminarista es capaz de evadirse y alcanzar la plena percepción de la vida. Pero una fascinación extraña le retiene á pesar suyo. De ahí que al hallarse en contacto con la naturaleza experimente recogimientos y temores que son algo así como la obsesión de sus lecturas. Lo cierto es que cuando Asunción le echa los brazos al cuello para impedir su entrada en las órdenes y le ofrece sus labios mostrándole á lo lejos la visión de un porvenir y una familia, el seminarista se niega á la oportunidad de vivir que se le ofrece; y como el filósofo Orígenes, su maestro y guía, prefiere mutilarse, para no ceder á la tentación que le asedia.

La tesis es algo más que discutible y el autor lo sabe como nosotros. Nuestro siglo, edificado sobre la realidad, está á cubierto de esas fanta-

sias. Podría decirse que Felipe es un español del siglo XV olvidado por Cortez en una ciudad de Méjico. Pero tiene un noble perfil antiguo que seduce precisamente porque se aleja del tono contemporáneo. Sin ser un tipo posible, quizá marca una etapa en la evolución de un temperamento. Y no debemos reprocharle sus ideas, porque las defiende muy bien.

Si el argumento sugiere algunas críticas, la forma se encarga de hacerlas olvidar. Es una prosa al propio tiempo sencilla y apasionada que huye en pelotones de palabras y de colores. Cuando cuenta el horror de las flagelaciones en el seminario y la solemnidad de los *Misereres* que precedian la entrada al refectorio; cuando nos describe los muros salpicados de sangre, y las plegarias fervientes, tiene giros novadores y rachas vivas que se apoderan del lector y le emocionan. En los últimos capítulos del libro, cuando el seminarista instalado en la granja de un pariente, vé desarrollarse ante sus ojos un panorama de grandes llanos limitados por árboles espesos que ciñen el horizonte, el autor alcanza expresiones de color tan local y tan espontáneo que hacen pensar en Mistral. El encanto de las campiñas mejicanas tapizadas de musgo y cubiertas de tempranillas; las costumbres del cortijo, donde los peones salen á recibir á Felipe y una chicuela le ofrece manteca y flores con los ojos bajos; la agreste hermosura

de aquellas caras campesinas; los crepúsculos y el aroma peculiar de la buena tierra americana, dan al libro de Nervo un prestigio de sinceridad que ha de llamar la atención de algunos críticos.

La literatura de los latinos de América ha iniciado un movimiento de renovación, que es quizá la aurora de un triunfo. Después de un largo silencio, surgen voces desconocidas y audaces que confirman un renacimiento de las viejas letras españolas. Si *Origène* ha sido publicado en francés, por su origen y esencia es un libro netamente americano. Tiene el sabor de la tierra, lleva la firma de uno de los nuestros y merece un aplauso, no sólo por lo que intenta, sino tambien por lo que realiza.

Los que han salvado ya esa cuesta agresiva de la primera juventud que nos hace ver con encono el talento de los demás y nos convierte en fuerzas negativas obstinadas en impedir; los que han conseguido ahogar las pequeñeces del oficio, para no tener en vista más que la grandeza del fin, sabrán apreciar el libro de Nervo en lo que vale. Es una obra de creyente, porque el autor persiste en abrazarse á su fe, á pesar de la inverosimilitud visible de ciertas ideas consoladoras. Es una obra de sentimental, porque como el sentimentalismo no está en las palabras sino en los hechos, duele más la sonrisa triste que muchas lamentaciones exuberantes. Y es un buen libro.

Ídolos Rotos

En el tumulto del París cosmopolita, que inunda los cafés y los bulevares con bocanadas de bullicio y de holgura, ó en las tabernas y los *bars* del barrio latino y de Montmartre, ó á la salida de los teatros, en el desborde de la multitud que se dispersa prolongando conversaciones alegres, suele pasar una silueta conocida y nueva, de amigo ó de extraño, que comparamos mentalmente con una fotografía y no nos atrevemos á reconocer, aunque estamos seguros de haberla visto. Intentamos preguntar, pero nos detiene una duda ante la vaga exactitud de la fisonomía que evocamos. Y cuando nos queremos decidir ya es tarde, porque la silueta ha desaparecido, ahogada entre la muchedumbre. Así he visto yo en París á Diaz Rodriguez.

En algún café como *Cyrano* ó *l'Abbaye de Thelème* se ha pronunciado después su nombre quizá alguna noche, en un grupo de sud-americanos, compatriotas en la esperanza. Pero la casualidad no nos ha reunido nunca. Quizá por esto puedo hablar con más libertad de su literatura.

Ídolos Rotos es una novela americana de mu-

cho brío que tiene el mérito raro de conciliar la inevitable autobiografía que es fondo de toda obra juvenil con grandes cuadros impersonales y escenas pintorescas de la vida regional. Podría reprochársele cierta verbosidad abundante que arrebata al autor y le empuja á amplificaciones enojosas para lectores modernos enamorados de la síntesis. Pero es justo confesar que la concisión es el mérito menos fácil, y que un autor se resigna rara vez á recortar sus párrafos y ceñirlos, hasta solo concederles el lugar que les corresponde. Salta á los ojos que sería útil refrenar un tanto nuestra elocuencia latina para imponernos algo de la precisión metódica de la literatura inglesa. Pero aparte de lo que se pueda decir sobre el estilo opulento que diluye la acción y las sensaciones, el libro de Diaz Rodriguez resulta muy interesante.

No es posible hacer el juicio de una obra en cuatro líneas apresuradas ni analizar un argumento en un párrafo, pero basta decir que *Ídolos Rotos* es una novela de corte europeo y tela indígena que realiza algunas de las esperanzas con que aguardamos el advenimiento de una literatura nacional.

Hay cierto capítulo que podrá valer al autor la hostilidad y la crítica de los *jingoes* de su pais, porque no se dice la verdad impunemente, pero que es el más probo y el mejor del libro.

Describe las reuniones de *notables* en la plaza principal de la ciudad nativa y hace desfilar grupos de hombres de gobierno y de oposición, de oficina y de club faccioso, que viven encerrados en vidas pequeñas, discutiendo ambiciones á la sombra del campanario. En todo ello hay toques muy acertados, como cuando, al hablar de la educación en su país, dice lo siguiente, que podría aplicarse á otras regiones de la América del Sur: « De educación moral y física no existía ni un esbozo; y en cuanto á la educación intelectual existente, como era entendida y practicada, tenía tantos vicios y defectos que al lado de un poco de bien causaba males innúmeros. Uno de estos males era la creación de toda una clase de hombres inútiles, *déclassés*, parias y parásitos que despues de seguir la carrera del médico, del abogado ó del ingeniero, ni por secreta vocación ni aptitud, sino por la facilidad pasmosa y lamentable con que se ganan los títulos, llegan á cruzarse de brazos ante una concurrencia enorme y en un teatro ya de por sí muy exiguo. »

En el libro de Díaz Rodriguez hay cierta austeridad y cierto empuje reformador que traslucen, muy borrados todavía, pero suceptibles de precisarse, algunas de las doctrinas democráticas que se agitan actualmente en Europa. Por eso, y por su noble factura artística merece un aplauso.

Para que no falte la intriga de amor, hay

una mujer hermosa que pasa por las páginas evocando esos viejos poemas inverosímiles que todos hemos vivido alguna vez. Pero el verdadero « libro » está en la observación de las costumbres del terruño y en el espíritu generoso que sopla por entre los capítulos encorvándolos hacia ideas altruístas que el autor no confiesa, pero que palpitan en la obra, á pesar suyo quizá. El tomo robusto, acaso demasiado espeso, es digno de ser leído con atención. Los que ejercen de críticos podrán descubrir en él otros defectos ú otras cualidades. Estas líneas son la opinión de un transeúnte que no se atribuye el derecho de juzgar y apunta su parecer sin pasión, convencido de que los hombres y las obras valen por si mismos y no por la crítica favorable ó desfavoque se les hace.

Gesta

En las sociedades en formación, donde todo es embrionario y áspero todavía, hay encantadores rincones de originalidad que muy pocos han visto. El artista sabe dignificarlo todo. Y la baja concepción de las cosas que impera en algunas de nuestras costumbres sud-americanas es también una cantera de arte. Esas escenas tumultuosas de la vida nocturna en los suburbios, cobran á veces rasgos de epopeya. El ímpetu sanguinario que desencadena á unos hombres contra otros, en un ambiente moral brumoso y primitivo, tiene algo de la misteriosa efervescencia de los mundos en formación que nos describe Cuvier. Hay allí « inteligencias futuras » que pugnan por abrirse paso en las tinieblas y sucumben bajo la animalidad ó se levantan, en vuelcos desiguales de atavismo ó de presciencia. Sólo perciben lo inmediato de la vida. Están encerrados en una jaula de preocupaciones que espolean sus instintos. Falsas concepciones del honor les arrastran á sacudidas lamentables que toman el nombre de justicia en el medio nebuloso en que se producen. Y los choques son tan bruscos, las agresiones tan frecuentes y la manera de juzgarasl

tan especial, que se puede decir que se trata de seres que están en el comienzo de su evolución hacia el hombre.

En « Gesta », de Alberto Ghiraldo que es uno de los libros más conceptuosos y macizos que se han escrito en América, está muy bien precisada la mentalidad especial del « valiente » que argumenta, cuchillo en mano, por una copa ó un rizo. Dos de los cuentos, « Del suburbio » y « En la taberna », tienen un sabor de realismo tan vigoroso y tan sobrio, que pueden quedar como definitivos en el género.

El sargento Serrano, del primero, es un retrato cuyos rasgos son simples y seguros, muy lleno de vida y muy palpable. En cuanto á la « china » de la taberna, tiene todo el perfil de las criollas tradicionales. Porque nosotros tenemos también en Buenos Aires nuestros barrios bajos y nuestra chulapería, un poco más salvaje que la de Madrid, pero igualmente turbulenta y mal encaminada. El vestido de percal, el mantón y hasta el cuchillo en la liga, son de origen netamente andaluz. Y, por otra parte, la provocación sistemática, la cuchillada fácil y la susceptibilidad suprema, son comunes al « valiente » de Triana y al de la Boca, al pilluelo del Bajo y al « golfo » del campo del Moro. Sólo los verdaderos artistas saben hablar como conviene de esa vida que podríamos llamar subterránea donde todo es primitivo y basto.

Sin detenerse á fotografiar costumbres, abarcan el conjunto y extraen la médula.

En resumen, es este un precioso regalo que viene á confirmar la opinion de todos. Nuestra América se ha entregado al arte con el abandono ingenuo de una virgen; el pensamiento europeo se ha renovado bajo el sol de las Pampas; chisporrotea ya una nueva hoguera de ideal; y todo anuncia que podemos tener confianza en las propias fuerzas. Las gentes van cayendo en la verdad de que todo debe conciliarse. Podemos ser, á la vez, uno de los países más ricos del mundo y uno de los más civilizados. El hecho de que dentro del territorio nacional se haga un buen cuadro ó una novela excelente, no tendrá ninguna influencia enojosa sobre la cosecha. La vida material y la espiritual de un país no están reñidas. Antes bien, se ayudan, porque realizan el ideal del hombre robusto que tiene músculos para abrir las entrañas de la tierra y tiene ideas para fecundarla

Puntos de Vista

A Juan Pablo Echagüe.

Mi querido Echague,

De regreso de un viaje aventurero y sentimental, acabo de leer su libro sabroso, cuyas páginas concisas traducen un temperamento artístico de primer órden y una singular perspicacia. Y no creo decir mucho si afirmo que da usted en ese volumen editado en Europa una de las más altas pruebas de la cultura á que ha llegado nuestro país. Serenos, sobrios, brillantes, los capítulos están hechos para sobrevivir á la actualidad por la belleza cautivante que difunden, por las ideas generosas que remueven y por la savia original que los personaliza. Pero lo que más me encanta en ellos, — permítame esta preferencia puramente personal que en nada puede disminuir las generalidades, — es la racha libre de independencia que hace tremolar sus gallardías al sol.

Vivimos en sociedades temerosas, vacilantes y engruñidas, donde la amistad, la prudencia y la costumbre-ley mantienen y sancionan en el estancamiento los ideales y las reputaciones. Si confidencialmente, en la penumbra del café y en las

reuniones íntimas, no acatamos ni respetamos nada, en la plena luz del periódico ó del volumen muy pocos nos atrevemos á decir en alta voz, sin violencias inútiles pero sin cobardías culpables, todo nuestro pensar ingenuo sobre los hombres y sobre la vida. Parece que, prisioneros de la sombra y esclavos voluntarios de una sinrazón visible, nos obstinaremos en ahogar todas las floraciones espontáneas y en callar cuanto puede ser hondamente personal, para vestir resignadamente un uniforme de clisés que nos permite entrar y salir por todas las puertas y seguir vegetando á la sombra de las opiniones generales. Bien sé que al formular una idea contraria á las de la mayoría jugamos á veces nuestra tranquilidad y nos exponemos á la burla de los seres no-pensantes. Pero esa independencia de juicio es precisamente la única excusa de la superioridad que nos da nuestro arte de escritores. Renunciar á ella sería faltar á la vez á una obligación que contraemos al tomar la pluma, y condenarnos á una labor efímera, porque sólo queda, después de todo, lo que ageno á las preocupaciones del instante esboza el perfil seguro que acentuará el porvenir.

Puntos de Vista es una esfuerzo que marca una reacción valiente contra ciertas enfermedades de la voluntad. Las reputaciones falsas, la ideas erróneas y las paradojas triunfantes se ven desenmascaradas ahí con una dignidad de-

ferente y una cortesía enérgica que subyuga.

Yo leí esas páginas en los periódicos, á raíz de los hechos que las motivaron, y más de una vez le escribí desde aquí mis felicitaciones sinceras.

Pero ahora que las encuentro reunidas en un tomo las aprecio mejor aún porque ellas responden á una convicción central y á una especie de sistema que anuda los capítulos entre sí. Sólo es posible medir la amplitud de los ideales estéticos de usted, abarcando esa conjunción de aplicaciones parciales.

Dentro de nuestro mundo literario en formación donde hay tanta incertidumbre y tanta desorientación traducida en estancamiento, un bravo libro de crítica como el que acabo de leer no puede menos que dar un resultado fecundo. Tengo la convicción de que quedará en nuestra historia literaria como uno de los primeros documentos durables y le felicito á usted cordialmente por ello. Nuestras generaciones están trayendo á la superficie todo el oro intelectual que dormía en el fondo casi desconocido de la raza. Grandes voces *actuales*, que responden al sentir de la colectividad y del momento, empiezan á desgarrar el tul de muerte que nos envolvía. En todas las fibras de la nación se siente el hormigueo de un despertar...

¿ Cómo no han de nacer también al fin los críticos perspicaces y enérgicos que descubran la

fisonomía de nuestra literatura y clasifiquen sus componentes? Usted y tres ó cuatro escritores más señalan en la Argentina el advenimiento de una conciencia depurada y firme, dígna de la nueva era en que entramos. Por eso le envío mis aplausos más entusiastas y mis mejores votos por el triunfo definitivo, que no puede hacerse esperar. Estamos procediendo á algo así como un balance ó revisión de las riquezas intelectuales, y nuestras constataciones de hoy tienen que ser la realidad serena de mañana.

Un Libro de Lorrain

Jean Lorrain fué quizá el escritor contemporáneo que mejor conoció los secretos y las sutilezas del lenguaje. Su prosa febril nos arrebata en un vértigo de colores tan armoniosos y tan originales, que el lector vacila, sobrecogido en medio de su mareo por la sensación de hallarse al borde de un precipicio peligroso y atrayente. Porque así como el autor de *Monsieur de Phocas* es uno de los artistas de estilo más delicado y deslumbrador, es también uno de los autores que han dejado una obra más profundamente inmoral y disolvente.

En vano ensayó Lorrain una penosa evolución en los últimos años de su vida. Su espíritu atormentado le condenaba á escudriñar las podredumbres con ese diletantismo imperturbable de *blasé* que da amenudo como corriente lo que sólo existe en su imaginación. Y esta tendencia enfermiza y asfixiante, que ha contribuído poderosamente á difundir la celebridad del escritor entre cierto público contaminado y ansioso, es la que le enagena precisamente la simpatía de la nueva juventud, enamorada de salud y enemiga de perversiones y artificialismos.

No quiere esto decir que compartamos los prejuicios corrientes. Pero por lo mismo que presumimos de revolucionarios y hablamos de derribar las prohibiciones convencionales é hipócritas, tenemos que ser enemigos de las desviaciones torpes á que dió lugar el sistema que combatimos. Moral es á nuestro juicio todo lo sano, todo lo vigoroso, todo lo que está de acuerdo con la naturaleza. No cabe abrir un terreno más amplio. Dentro de él pueden desarrollarse de acuerdo con la dignidad y el respeto mutuo todas las libertades. Pero como la letra impresa cae igualmente en manos de los que están y de los que no están preparados para juzgar, no pueden ser recomendables las tendencias de cierta literatura.

Por eso conviene señalar la aparición de *Monsieur de Phocas*, que acaba de ser traducido al castellano en una edición prestigiosa destinada á circular profusamente en España y en América. La versión que ha hecho de este libro el señor Carlos de Batlle no puede ser más primorosa y más fiel. Pero al conservar todo el encanto de ese estilo vertiginoso y admirable que despierta en el lector las sensaciones más encantadoras y más sutiles, no ha podido dejar de mantener el traductor en toda su integridad el espíritu nocivo de la obra.

No ignoro que mis escrúpulos se prestan al comentario irónico de los despreocupados. Una de

las formas de la indiferencia social que nos debilita es la tolerancia con que vemos la difusión de las peores enfermedades. La misma mayoría que nos llama petroleros cuando queremos perfeccionar la vida económica, nos moteja de retrógados cuando hablamos de depurar la vida sentimental. Pero aunque al desorden de los egoísmos monetarios corresponda el desorden de los egoísmos sexuales, las nuevas generaciones no se pueden solidarizar con el error que triunfa. A riesgo de pasar por ultra-conservadoras tienen que rechazar los géneros literarios que desde el punto de vista social como desde el punto de vista artístico le parecen, á pesar de la insuperable belleza de la forma, tan nocivos como inferiores.

DISQUISICIONES SENTIMENTALES

El baile de trajes

Porque lloraba el piano y porque Suzón tenía no sé qué luz extraña en los ojos, hubo un suicida más aquella noche.

Agrupados al rededor de una maledicencia, en la agresiva voluptuosidad de las pequeñas almas, los lívidos pierrots, las colombinas rubias, los marqueses ceremoniosos, los arlequines, los monjes y las pastoras desmenuzaban en torneo de ironías las reputaciones de los ausentes. Era un rumor tenaz de donde saltaban cohetes de risas locas. Porque mientras en los salones vastos se arremolinaba la multitud arrebatada en el vértigo de los valses que multiplicaba la orquesta estruendosa, en aquella sala de reposo y de intimidad sólo ritmaba un piano difuso cuya plegaria era apenas un tul entre las indiscreciones y un ardid para atenuar la crudeza de las palabras.

— Los que conocen á Suzón, — concluyó un maldiciente senador romano que reinaba en un corro, junto á la puerta, — comprenden que no ha venido aquí con otro fin... Nuestro anfitrión, hoy rico y en plena gloria, fué un tiempo su protec-

tor afortunado... La vida les separó después... Pero hay amistades que no se olvidan... y que se desea reanudar... aunque en apariencia se haya roto con la vida tormentosa y se adore á un adolescente apasionado... Salta á la vista que ese niño imprudente no ha podido comprender ni domar nunca el alma compleja de Suzón Darmande, la discípula de alcoba del maestro Garpin?...

Un gemido sordo se dejó oir cerca del grupo y algunos creyeron ver que un gondolero de Venecia se desplomaba sobre una silla y se llevaba la mano al antifaz. Pero, ¿ puede acaso ocurrir algo serio en un baile de trajes? Sospechando una broma, los enmascarados sonrieron y reanudaron sus murmuraciones mientras el piano gemía intensamente sin hallar un eco en las almas...

*
* *

Pocos minutos más tarde, en una galería estrecha, cerca del Buffet, alguien sorprendió un diálogo vivo.

— Me enervas con tus celos, — decía una marquesita empolvada abanicándose febrilmente, — ¿si sabes que te lo he sacrificado todo, por qué insistes así?

El gondolero que la hablaba en voz baja

pareció hacer un esfuerzo para contenerse.

— Pero..., por qué has mentido, Suzón? — repitió con voz sorda.

— ¿Yo he mentido?

— Expliquémosnos : ¿no estamos en casa de Jean Garpin?

— Sí.

— ¿No nos ha traído aquí una idea tuya?

— Sí.

— ¿No has sido tú quien me ha obligado á buscar las invitaciones?

— Sí.

— ¿Por qué has cometido esa infamia? ¿Por qué me has librado á la risa de todos los que conocen tus antiguas debilidades?

— No sabes lo que dices... Esas gentes se equivocan..... Yo no he conocido nunca á Garpin.

Una mano crispada oprimió el brazo de la marquesita.

— Es inútil que alces la voz para negar. Acabo de oir hablar de ello como de algo corriente. Lo sé como todos lo saben aquí.

— Entonces, ¿por qué preguntas? No ves como me lastimas y como me desgarras con lo que dices... Suéltame ó llamo..... Suéltame.

— No y no.

— Mira que grito y se arremolinarán las máscaras y se desencadenará el escándalo... No jue-

gues con mis nervios, .. no espolées mi orgullo... Lo he dejado todo por ti; pero hay algo indomable en mi alma que no se doblará nunca... No me maltrates... Suéltame...

— Vámonos...

— No...

— ¡Vámonos...!

— ¡Repito que no!... Estoy segura de lo que soy y de lo que haré; y puedo entrar á todas partes... No me niegues tu confianza... Mi vida anterior ha sido un sueño... La verdadera, data de ti... Pero no pretendas ser un amo... Mi sensibilidad es enfermiza á fuerza de ser vibrante... Suéltame...

— Es inútil... He visto en tus ojos un reflejo fatal y tu obstinación me está diciendo á voces que algo te retiene aquí... Ó vienes conmigo y obedeces... ó...

— Ahora menos que nunca... ¿Lo oyes?

— Vámonos... La salida es por aquí... No me hagas perder la calma... Mira que no respondo de ...

— ¡Canalla!.... ¿Me empujas como á una mujerzuela...? Te odio... Suéltame... Adiós...

Y con un empuje brusco la marquesita se escapó de las manos del gondolero, atravesó los salones y se hundió en el mar de parejas que reían nerviosamente bajo el techo deslumbrador de serpentinas.

*
* *

El adolescente dejó caer el antifaz y se enjugó los ojos. Se hubiera dicho que se sentía hombre por la primera vez al contacto del dolor. Todos sus entusiasmos y todas sus ilusiones naufragaron en aquella lágrima. Al conjuro de lo que acababa de oir, adivinó la vida... Sinembargo trató de sonreir y erró al azar, hasta que se encontró de nuevo en el saloncito donde había sorprendido la confidencia.

El piano seguía diciendo en secreto sus vagas lamentaciones entrecortadas por sollozos. La pieza estaba sola. Apenas había, en un ángulo, sobre el canapé de púrpura, un pierrot borracho que roncaba....

El gondolero se dejó caer, vencido, sobre un asiento. Su diestra oprimió el puñal diminuto que pendía del cinturón. Y sus ojos grandes y absortos midieron la hoja clara y finísima que al brotar del estuche de terciopelo brilló como un rayo de luna...

Nadie asomaba por las puertas. El pianista, atraído por el desmayo de las notas, parecía abandonarse á los ensueños que evocaba, sin reparar en lo que ocurría á su alrededor. .. ¿ Quién no vacila un segundo al sondar el

infinito... ? Sin embargo, la obsesión acabó por triunfar... Y en un relámpago rojo cayó el amante burlado sobre el tapiz, echando sangre por la boca.

Fué la señal de una gran confusión... Al llamado del músico que despertó de su letargo para sacar la cabeza por encima del atril, surgió un gran entrevero de enmascarados multicolores que se interrogaron ansiosamente y se oprimieron atónitos, formando un círculo alborotado al rededor del que acababa de expirar, hasta que desgarrándolo todo, abriéndose paso con las uñas, como una fuerza ciega, apareció una mujer desmelenada que se arrojó sobre el cadáver, lo cubrió de besos, y, volviéndose á los murmuradores, les gritó :

— ¡ Asesinos !

Era la marquesita.

La Primera Galantería

Toto había regresado de Biarritz con la piel más morena y la gesticulación mas abundante. Los castillos, reductos, bastiones y fortalezas fabricados y destruidos con singular denuedo durante dos meses largos en la vasta playa caldeada por el sol, frente al mar ensortijado de espumas, no le habían hecho inaccesible á la dulce solicitación de los chochos y los *chocolats fondants*, pero habían dado á su paso una marcialidad concluyente y á su carácter un matiz de resolución y de bravura. Como lo denunciaba el traje estrecho y las piernas delgadas que aparecían entre el calzón y la media corta, sus nueve años acababan de « dar un estirón ». El niño blando que empezaba á trocarse en hombrecito razonador y vanidoso adivinaba confusamente que algo había cambiado dentro de él. La superioridad paternal con que enderezaba las travesuras de los más pequeños; el desdén aparatoso con que miraba los juguetes de antes y se refugiaba en el amor varonil de su gran caballo de madera; y hasta el tono seguro con que interpelaba á la sirvienta y le exigía nuevas explica-

ciones sobre las costumbres y el papel social de las arañas, hacían esperar la metamórfosis que se produjo al fin. Toto declaró un buen día que *Croquemitaine* era una ficción. *Croquemitaine* había servido hasta entonces para hacerle acostar á la hora indicada, para obligarle á absorber las medicinas cuando estaba enfermo y para conducirle en toda ocasión á tener juicio. Negar la existencia de *Croquemitaine* era independizarse de la niñez y abrir la puerta á nuevas costumbres. Así lo comprendieron todos, y cuando la familia regresó á la gran ciudad, Toto había conquistado el apetecido cubierto en la « mesa grande ».

Su reaparición en los Campos Elíseos causó cierta sorpresa. La serenidad y la sonrisa que supo mantener entre la gran algazara de niños vestidos de azul, de rojo y de blanco, que saltaban, corrían y se arremolinaban en torno del que gritaba más, le conciliaron la simpatía de las niñeras y de las institutrices... Fué una jornada triunfal. Toto se declaró protector de uno de sus pequeños compañeros á quien molestaban los otros, y sin dejar de reir de las peripecias del escondite, moderó el ímpetu de los audaces, dió consejos seguros, y sobrio, feliz y previsor como nunca, se hizo admirar por su buen tino hasta que estalló el incidente inesperado :

Una niña que se había recalcado un pié jugando

á *colin-maillard*, buscó una silla para sentarse un instante. La única que por allí había estaba ocupada pomposamente por un chicuelo flacucho que fingió no verla. Toto se adelantó hacia él.

— ¿ No sabes ceder tu asiento, mala cabeza? — dijo tomando al descortés por un brazo y poniéndole de pie en medio del sendero arenoso.

La escena no pudo ser mas rápida.

La niña se sentó un poco confusa y sin pedir mayores explicaciones. El chiquillo se perdió entre la algarabía de los grupos. Y Toto, se alejó silbando, con las manos en los bolsillos, sin sospechar que acababa de arriesgar su primera galantería.

Paisajes Suizos

I

EL LAGO LEMÁN

Estos paisajes suizos tienen un encanto singular. Desde nuestra ventana vemos el lago inmenso, rodeado de montañas diminutas y sonrientes, sobre las cuales resalta una floración de viviendas multicolores y pintorescas. El cielo, claro y diluído, extiende su gran tul lleno de núcleos fosforecentes sobre el paisaje intenso, que escalona sus perspectivas en ángulos bruscos, como un panorama de cartón. La atmósfera, hecha con transparencias inmateriales, pone entre las cosas su alejamiento y su penumbra, marcando con su presencia intangible los planos diferentes y estableciendo un escalafón de distancias dentro de la igualdad inconmovible de la naturaleza... Como pequeños puntos blancos, surgen las velas de las embarciones que rizan las aguas azules, en una dispersión de escolares. La brisa tiene perfume de fruta recién cortada. Los árboles describen curvas armoniosas

bajo el oro diáfano del sol. Y de codos sobre la balaustrada de una torrecilla alegre, ó de pie sobre una meseta erizada de rosales, siente el viajero que se abre dentro de su corazón una nueva Suiza moral; que sus sentimientos cambian, que sus egoísmos se diluyen, que calla al fin el diablillo familiar que nos aconseja en las ciudades, y que, purificada ante el espacio libre, su alma triunfa y se alza en armonía con la Creación.

Más ágil, más ingenuo, más en contacto con los orígenes, el hombre sacude aquí la modorra de la vida artificial en que nos agotamos, y despierta á la verdadera luz, con asombros de adolescente. Los intereses microscópicos y vanos que le fascinan se esfuman con la distancia; las preocupaciones subalternas, que juzga esenciales en los grandes centros, desaparecen ante otras antes desconocidas; y una personalidad nueva, vivaz, generosa y conciliante, se substituye á la antigua, confirmando así la fragilidad de nuestras perspectivas interiores, y dejando sospechar que las pasiones y las costumbres se nos entran á menudo hasta el corazón por el camino de los ojos.

Cuando, llegada la noche, cobra el azul del lago un matiz obscuro y solemne, (cual si salieran á la superficie todas sus profundidades), y empiezan á brotar en la montaña los puntos luminosos y dispersos que denuncian la presencia de las

pequeñas poblaciones agazapadas en las cimas, suspendidas en los flancos ó extendidas en las playas diminutas cuyo puerto infantil arbola orgulloso sus dos faroles de colores vivos, es innegable que se diluye en la atmósfera cierta placidez solemne que subyuga. Una luna grande sonríe desde el cielo, acribillado de estrellas. En el desvanecimiento de los colores y las formas, no se sabe si las nubes son montañas que bajan ó si las montañas son nubes que se elevan. Algo indeciso y profundamente emocionante parece flotar en torno del viajero, al borde del camino irregular, que ciñe las aguas como un cinturón de arena. Del silencio profundo que amenaza petrificar la vida, surge como un silbido interminable y sutil... Una embarcación microscópica atraviesa el lago á lo lejos, con el ala tendida, dejando un surco celeste bajo la claridad de la luna... Y como en el fondo de cada ser humano hay un poco de la melancolía triunfal y ensimismada de la noche, el poeta que duerme en el corazón del transeúnte se siente atraído por analogías inexplicables, que le confunden con la naturaleza y le obligan á hablar alto y á erigirse en voz de lo que le circunda.

II

LAS ROCAS DE NAYE

Del vaporcito parsimonioso donde los grupos pertrechados para atrevidas excursiones conversan aturdidamente en todos los idiomas, bajamos en tropel á la pequeña ciudad alucinadora, de casas multicolores y grandes jardines tapizados de narcisos, por cuyas calles blancas llegamos hasta el inverosímil funicular, casi perpendicular á la tierra, que va hasta los picos de color de rosa semivelados en la altura por el algodón gris de las nubes; y al instalarnos en el estrecho vagón, por las ventanillas del cual desfilan como en un cinematógrafo las rocas agrietadas, los bosquecillos de pinos y las floraciones salvajes de la naturaleza entregada á sus desbordes, sentimos que, con la brisa purísima de la montaña, nos hiere al punto un escalofrío interior ante la grandeza del espectáculo.

Describiendo inmensas curvas y enroscándose en las laderas de las colinas, avanza penosamente nuestro pequeño ferrocarril que, visto desde el lago, debe parecer una babosa rampando por una torre colosal. El panorama se ensancha, se obstruye, cobra lejanías prodigiosas ó se diluye en

gris, siguiendo los recodos del viaducto voraz que trepa sin descanso devorando cimas; pero siempre resurgen los mismos cuadros de ensueño, los mismos paisajes cautivantes, que acentúan el asombro porque á medida que ascendemos la naturaleza cobra mayor solemnidad, como á medida que nos depuramos moralmente se ensancha nuestra visión de la vida. Y en el deslumbramiento de las vastas quimeras evocadas por las moles que desfilan en torno, por el cielo impasible que parece elevarse á medida que subimos y por las diminutas poblaciones blancas que duermen en el fondo del valle como pájaros muertos, pasa una extraña fascinación que nos retiene y nos marea hasta que, llegados al término de nuestro viaje, una ráfaga de aire frío nos latiguea el rostro...

Desde la cresta triunfal que domina cuanto la circunda como la ola más alta de un mar fantástico, se abarca el escalonamiento de los promontorios obscuros que el sol crepuscular dora pálidamente en las facetas haciendo resaltar los ángulos y señalando los abismos que sólo cortan de tiempo en tiempo las águilas con su vuelo solemne y uniforme. Pequeñas nubes humilladas ambulan á nuestros pies rozando las florecillas salvajes que crecen en las grietas de los despeñaderos... El cielo, obscurecido en oriente, coloreado de azul en el cenit y atormentado en occidente por la agonía del sol que ensangrienta las cumbres, pare-

ce recoger los últimos dardos para romperlos sobre la nieve pertinaz que se ha mantenido en las arrugas de la roca á pesar de la sonrisa del estío. Y en la atmósfera ilimitada, en la soledad grave que le circunda, el excursionista no puede menos que sonreir al ver como se desvanecen las visiones que trajo de las ciudades á ras de tierra, y como se rarifican los círculos concéntricos de egoísmo que componen su medio habitual.

¿En qué piensa el viajero ensimismado que se ha detenido al borde del precipicio? Víctima de su orgullo, ¿imagina saltar de cumbre en cumbre, cual si tuviera las botas de siete leguas de nuestros cuentos infantiles ó vencido por la naturaleza, desfallece en su pequeñez y arroja su cetro de humo?... Sólo lo saben las águilas que, al huir quizá de la noche, le despiertan con su vuelo y le hacen retornar lentamente por las cuchillas y los peñascos hacia la lóbrega pequeñez de su vida.

Medallones

I

RUBIA

El perfil de esta silueta debió ser trazado de viva voz en un salón resplandeciente, entre dos valses. Fijado sobre el papel frío, apenas puede dejar sospechar el poder de una mirada y de una sonrisa interior. Pero yo soy un revolucionario, señora, y vuestra bondad, hecha quizá de abandono, tendrá que perdonarme la audacia á que me veo obligado para complaceros. Dejadme hablar de vos como si no estuviérais presente :

—... Frágil, dulce, lejana, es tanto más peligrosa cuanto más débil. Si en el fondo azul de sus ojos duerme una estrella desconocida, si parece atravesar la existencia sin rozarla y si ostenta el andar cansado de las que tiemblan ante el ensueño, es porque lleva un girón de infinito sobre las espaldas. De una delicadeza vibrante, parece estremecerse ante los suspiros que la cercan. A veces se desconoce y se equivoca sobre sí misma. En su cerebro hay

como una nube de realidad y de imposible. Pero su destino es amar. Su sensibilidad sutil le hará descubrir un porvenir en la huella de un alma. Adusta y tierna, imperiosa y dócil, su indiferencia está hecha de impresionabilidad y su reserva de franqueza. Todos la pueden admirar, pero no todos la saben comprender. Para la generalidad de los mortales es la Belleza. Para un artista es el Ideal.

II

MORENA

Dispone de dos fuerzas incontrarrestables: la sinceridad y la bondad. (Sus defectos son virtudes en medio de la vida de hoy y hay que perdonárselos.) Lleva dentro de sí un cofrecito de misterio cuyo contenido ignora ella misma y que á mi se me antoja que puede contener ternura. Es un carácter hecho para todas las lealtades. Lo que ha entrevisto de la vida le ha dado cierta melancolia insegura, cierta impenetrabilidad artificial y un pequeño dejo de desconfianza. Sin embargo sabe reir infantilmente y de una manera encantadora. Como filósofo, hay que confesar que resulta deplorable. Cuando razona su cerebro es

un jardín donde se mezclan todos los perfumes. Pero en la flexibilidad con que trata de poner de pie sus paradojas se adivina una mentalidad con resortes de lujo. Esgrime la duplicidad necesaria para vivir entre los humanos, pero su tendencia interior es la plena franqueza. Su paso es seguro. Su independencia de carácter es relativa. Su bondad es enorme... aunque no bastará para perdonarme esta silueta.

III

CREPÚSCULO

Sobre la sangre pesada del crepúsculo, las torres grises de Notre Dame se alzaban como dos brazos, implorando piedad sobre la ciudad acribillada de puntos luminosos que se alargaba á pérdida de vista, cortada en dos por el hilo glauco del Sena.

De codos en la balaustrada del puente, rozados por los transeúntes, acabamos por abandonarnos á nuestra locura.

— Diriase que Paris se desploma vencido por los remordimientos, — murmuró la voz apenas perceptible de la dulce amiga que se apoyaba en mi brazo.

La hora misteriosa llenaba nuestros corazones de cansancio inexplicable.

Los ojos azules llenos de estrellas que se miraban en los míos, la boca húmeda y caliente que me hablaba, la silueta fina y el alma frágil, confiada y victoriosamente vencida que palpitaba á mi lado, me hicieron olvidar los últimos temores.

— La ciudad no es más que una decoración, — murmuré; — ¿quieres que la abandonemos sin salir de ella?...

Y, su mano en la mia, seguros del porvenir, llevando en cada corazón una aurora, nos alejamos lentamente por las calles desiertas, persiguiendo un rayo de luna.

ÍNDICE

Aspectos de la Ciudad

Conversaciones y visitas

Ideas y Hombres

Algunos Libros

Disquisiciones sentimentales

6866-2-13. — Paris. — Imp. Hemmerlé et Cie.